
Matrimonio
por contrato en
Navidad
LaMala Vega

Copyright © 2025. LaMala Vega

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son, o bien producto de la imaginación del autor, o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, noviembre 2025.

Título Original: Matrimonio por contrato en Navidad

MATRIMONIO POR CONTRATO EN NAVIDAD

LAMALA VEGA

SINOPSIS

Claudia Vega no creía en el amor, y mucho menos en el matrimonio.
Hasta que su abuela fingió estar al borde de la muerte y le dijo que su último deseo era verla casada antes de Navidad.
¿Y qué hace una nieta desesperada con una familia imposible, una abuela dramática y un trabajo en juego?
Exacto: firmar un contrato matrimonial con un hombre que solo cree en los números.
Ethan Blake, empresario, CEO y grinch profesional, necesitaba limpiar su imagen.
Ella necesitaba una boda de pega.
El trato era sencillo: fingir durante las fiestas, sobrevivir a la abuela y huir antes del Año Nuevo.
Lo que ninguno esperaba era que el amor no entiende de cláusulas… ni de contratos.
Entre bolas de nieve, cenas familiares caóticas, una suegra con ponche de sobra y dos gemelos empeñados en arruinar la paz mundial, Matrimonio por contrato en Navidad es una comedia romántica llena de chispa, deseo y villancicos mal cantados.

Porque a veces, para encontrar al amor de tu vida, solo hace falta una firma…
y un árbol de Navidad testigo del desastre.

Capítulo 1:
El drama navideño de la abuela (y mi crisis existencial)

Claudia

La mañana empezó con una llamada. Y no una de esas normales, con saludos, "¿cómo estás, cariño?" y cosas tiernas.

No.

Fue la llamada de mi abuela, que empezó directamente con un:

—Claudia, me muero.

Así. Sin anestesia.

Me atraganté con el café y dejé caer el croissant encima del teclado.

—¿Qué? ¿Cómo que te mueres? —pregunté, ya de pie, con el corazón haciendo zambombas en el pecho.

—Bueno, todavía no, pero siento que el cuerpo ya no es el mismo —suspiró—. Me he levantado mareada y con ganas de hacer testamento.

Cerré los ojos y conté hasta tres. Uno, porque la dramatización es genética en mi familia. Dos, porque mi abuela tiene más energía que toda la plantilla de Starbucks junta. Y tres, porque su versión de "morirse" suele significar que ha visto una película romántica y necesita atención.

—Abuela, por favor… —empecé, pero ella me interrumpió.

—Claudia, escúchame. No puedo irme de este mundo sin verte casada. Sería el golpe final para este corazón viejo y cansado.

Viejo, cansado y con marcapasos de última generación, pensé.

—¿Casada? —repetí.

—Sí, hija. Es mi último deseo antes de que Santa Claus venga a buscarme —dijo, con un dramatismo digno de telenovela mexicana.

—Abuela, Santa Claus no se lleva gente, reparte regalos.

—Pues que me deje uno en forma de yerno —replicó con un tono seco que habría hecho temblar a cualquier político.

Solté un suspiro tan largo que empañé la pantalla del portátil.

—No estoy saliendo con nadie —le recordé.

—Pues búscate uno, aunque sea alquilado. Hoy en día se alquila de todo: coches, trajes… maridos.

Ahí lo supe.

Mi abuela había vuelto a ver Pretty Woman.

Intenté cambiar de tema.

—¿Y el médico qué ha dicho?

—Que estoy bien. Pero qué sabrá él. Ni me preguntó si mi nieta tiene marido. Qué desconsiderado. ¿Estará soltero? Es más o menos de tu edad. Un poco más mayor, pero eso está bien.

—Abuela, no voy a casarme. Y no vas a morirte por eso.

—Ahora mismo tengo taquicardias. Búscate un novio y cásate o no llego a año nuevo.

—Ahora me inscribo en un programa de casamientos rápidos —bromeé, pero no sé si ella se lo tomó como tal.

—Eso sería estupendo. —Colgó, así sin más.

Apoyé la cabeza en la mesa y debí darle al teclado con la frente porque la pantalla se volvió loca. Intenté arreglar el desaguisado y respiré hondo. Necesitaba sobrevivir a diciembre, a la Navidad, al trabajo… y ahora al chantaje emocional de una anciana con acceso a Facebook.

Tres horas después, la bomba explotó. Mi móvil vibró con una notificación.

"Tu abuela ha publicado una actualización: Mi nieta Claudia va a casarse. ¡Santa Claus existe!"

Ciento treinta y dos reacciones.

Veintiséis comentarios de vecinos del pueblo.

Y un mensaje privado de mi madre que decía: "¿Te importa explicarme esto?"

El pánico me subió como la espuma del champán barato.

Y, como si el universo tuviera sentido del humor, en ese momento entró Ethan Blake en la oficina.

Traje negro, corbata perfectamente anudada, mirada de "te leo la mente y te despido si no me gusta lo que pienso".

Mi jefe.

Mi pesadilla.

Y, objetivamente, el hombre más atractivo que había pisado Nueva York desde Ryan Gosling.

—Señorita Vega —dijo, cruzando la oficina como si el suelo fuera suyo (que lo era)— ¿Tiene listo el informe de la propuesta para Brigham Estates?

No. No lo tenía.

Entre el café aguado, la abuela moribunda y mi boda falsa viral, no había tenido tiempo ni de fingir productividad.

—Por supuesto, señor Blake —mentí con una sonrisa corporativa —. Estoy ultimando los detalles.

Él se detuvo frente a mi mesa, apoyó una mano en el borde y me miró con esos ojos grises que parecen juzgar hasta tu presión arterial.

—Tiene diez minutos. Quiero ver resultados, no excusas.

Y se fue. Como siempre. Dejando tras de sí un perfume caro y la sensación de que podría arruinarte la vida con un simple correo electrónico.

Diez minutos después, mientras intentaba que Canva no me odiara, mi compañera Megan se inclinó sobre mi pantalla.

—¿Te has casado? —preguntó, alucinada.

—¿Qué? ¡No!

—Pues tu abuela dice lo contrario.

Me tapé la cara con las manos.

—Voy a matarla.

—¿A tu abuela? —rio Megan.

—No. A Santa Claus.

La reunión con Ethan fue un desastre. Yo balbuceaba, él fruncía el ceño. Hasta que mencionó el contrato con Brigham Estates, la empresa ultraconservadora que podía salvarnos el trimestre.

—Necesitan una imagen estable. Gente de familia. Valores tradicionales —dijo, mirando el dossier.

—Perfecto. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo? —pregunté, torpe.

—Todo. Eres la diseñadora principal del proyecto. Sería ideal que… proyectaras lo mismo.

Abrí la boca. La cerré.

Y de repente, las palabras de mi abuela resonaron en mi cabeza.

"Búscate uno, aunque sea alquilado."

Tragué saliva.

Ethan alzó una ceja.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Tiene novio? ¿Está casada?

—¿Qué…?

—Es una empresa ultraconservadora. Creo que no tengo que explicarme.

—Es mi cuenta.

—Es mi empresa. Puedo darle el proyecto a quien quiera. —Me quedé en silencio, pensando, buscando solución—. ¿Algo que decir, señorita Vega?

Sí. Mil cosas.

Pero solo salió una.

—Tengo… novio. Sí, tengo novio.

Ethan me observó, como detector de mentiras a través de maquillaje.

—¿Ah, sí? —Levantó una ceja—. No tenía constancia.

—Porque mi vida privada es privada —me hice la digna—. De hecho… nos vamos a casar.

Su ceja se arqueó más.

—¿Casarse?

—Sí. En Navidad.

Me miró unos segundos.

Y entonces, sonrió. De ese modo lento, peligroso y divertido que me hizo pensar que acababa de firmar mi sentencia de muerte.

—Interesante. —Se levantó—. En ese caso, señorita Vega, felicidades. Por la boda y por el proyecto.

—Gracias… señor Blake.

Cuando salió, mi corazón latía como un villancico acelerado. Había mentido. Otra vez. Y lo peor: esta vez a un hombre que parecía

disfrutar detectando mis mentiras.

No lo sabía aún, pero ese sería el día en que mi abuela, mi jefe y Santa Claus se aliarían oficialmente para arruinarme la vida.

O para cambiarla para siempre.

Capítulo 2:
Mi abuela, el FBI y la mentira que se me fue de las manos

Claudia

Mi abuela me llamó a las ocho de la mañana.

Ocho.

De. La. Mañana.

Y no para saludar. Noooooo.

Ni para decir "buenos días, cariño".

Ni siquiera para comentar el tiempo en Vermont.

No.

Llamó para pedirle al FBI mis datos sentimentales.

—Necesito saber el nombre de tu prometido —dijo sin respirar siquiera.

—¿Qué nombre, abuela? ¿Qué prometido? ¿Te has tomado tus medicinas?

—Estoy haciendo las invitaciones.

Yo aún tenía la voz pegada a la almohada.

—¿Las qué?

—Las invitaciones, Claudia. No pretenderás casarte sin invitados.

Me senté de golpe.

—La pregunta es… ¿pretendes casarme sin novio? ¡Estás haciendo las invitaciones de mi boda falsa! Inventada por ti, por cierto.

—¡Falsa no! —exclamó indignada—. Realísima. La fe mueve montañas y matrimonios.

Apreté los ojos.

—Abuela, no hay boda.

—Claro que sí. Está en Facebook. ¿O me vas a decir que las redes sociales mienten?

Suspiré.

—Tú mientes, abuela.

—Yo solo magnifico la verdad —replicó con ese tono entre santa y mafiosa que siempre gana las discusiones—. Te vas a casar tarde o temprano. Yo solo acontecimientos.

—Esto no es como ir al comprar el pan antes de que abra la tienda. Das por hecho que aparecerá un hombre que merezca la pena.

—Ay, mi niña, que ha perdido la fe en el amor.

—Nunca la tuve, abuela.

En la oficina, las cosas fueron a peor.

Megan me esperaba con un café y cara de cotilla profesional.

—¿Y bien? ¿Cómo se llama el afortunado?

—No existe —bufé.

—¿Cómo que no? ¡Pero si todo el departamento ya lo sabe! Incluso Recursos Humanos te ha mandado flores.

Giré hacia mi escritorio. Un ramo gigante me esperaba con una tarjeta que decía: "Felicidades por el compromiso, Vega. —El equipo".

Perfecto.

Ahora mi mentira tenía envoltorio floral.

Intenté concentrarme, pero la vida tenía otros planes.

Y se llamaban Ethan Blake.

—Señorita Vega —su voz sonó detrás de mí, grave y templada como un café caro—. Necesito hablar con usted.

Me giré.

Ahí estaba: traje oscuro, barba de varios días, esa mandíbula que podría cortar cristal.

Y esa mirada que te desarma aunque jures que no lo hará.

—¿Sobre el proyecto? —pregunté, inocente.

—Sobre su boda.

Mi alma abandonó el cuerpo.

—¿Mi qué?

—Su boda. —Cruzó los brazos—. He recibido una llamada del señor Brigham esta mañana. Está encantado con la noticia. Dice que aprecia que su equipo esté formado por gente con "valores familiares sólidos".

Tragué saliva.

—¿Y qué… qué le dijo usted?

—Que sería un placer conocer a su prometido durante la cena de presentación del contrato.

…Silencio.

Un silencio de esos que duelen más que una bofetada.

—¿Cuándo es la cena? —pregunté con voz débil.

—Este viernes.

Viernes.

Hoy era martes.

Tenía tres días para inventarme un marido.

Pasé el resto del día mirando la pantalla sin ver nada.

Mi cerebro hacía listas:

Decir la verdad (descartado: Ethan no soporta los errores).

Fingir enfermedad contagiosa.

Sobornar a un actor.

Exiliarme voluntariamente en Groenlandia.

Pero ninguna opción parecía viable.

Hasta que oí la puerta de la oficina de Ethan cerrarse y lo vi salir, ajustándose la corbata, impecable como siempre.

Y de pronto, la locura se me cruzó por la mente.

Una idea tan absurda que solo podía ser mía.

Al día siguiente, lo esperé con un café (error número uno) y una sonrisa que no me creía ni yo (error número dos).

—Señor Blake, ¿puedo hablar con usted un momento?

Me miró con una mezcla de curiosidad y sospecha.

—Depende. Si va a renunciar, adelante. Si es para otra excusa, no tengo tiempo.

Inspiré.

—No es una excusa. Es una propuesta.

Eso captó su atención.

—¿Una propuesta?

Asentí.

—Sí.

—¿De trabajo?

—De… matrimonio.

El silencio fue tan intenso que escuché cómo se caía un bolígrafo en el cubículo de al lado.

Él arqueó una ceja, muy despacio.

—¿Acaba de pedirme que me case con usted?

—Fingido —aclaré rápido, levantando las manos—. Fingido. Sería temporal. Un acuerdo. Un… contrato.

Se acercó un paso.

Solo uno.

—¿Pero usted no está prometida?

—Era mentira. Usted no lo sabe, pero mi abuela está al borde de la muerte y quiere verme casada —soy igual de negligente que ella — y quiero que esa cuenta sea mía. Todo se unió y yo me lie. Cásese conmigo. O prométase. Lo que mejor le venga. Seguro que a usted también le conviene. Los medios lo dejarán tranquilo inventándose amantes y… se olvidarán de su último escándalo.

—¿Está intentando sobornarme para que finja ser su marido?

—No. Solo… beneficiarnos mutuamente. Usted necesita limpiar su imagen después de ese artículo —me atreví a repetir, bajando la voz —, y yo necesito un acompañante para la cena del viernes. Ambos ganamos.

Él no respondió. Solo me observó con esa media sonrisa que me ponía nerviosa.

Hasta que finalmente, habló:

—Está completamente loca.

—Lo sé.

—Y desesperada.

—Eso también.

—Y aun así… —su sonrisa se ensanchó, peligrosa—, me gusta cómo piensa.

No estaba segura de si acababa de aceptar o de reírse de mí, pero ya era tarde para retractarme.

Ethan Blake, mi jefe, el hombre que jamás sonreía, acababa de convertirse en mi posible marido de alquiler.

La abuela estaría orgullosa.

Yo… probablemente iba a perder el trabajo.

O el corazón.

Quién sabe.

Capítulo 3:
Cláusulas, café y una tensión sexual no incluida en el contrato

Claudia

Las ideas absurdas suenan mucho menos absurdas en tu cabeza que en voz alta.

Sobre todo cuando las pronuncias delante de tu jefe multimillonario, guapo, estresante y con pinta de saber exactamente cómo arruinarte la vida… o mejorarla.

Ethan Blake me miraba como si estuviera analizando el proyecto más arriesgado de su carrera.

Y probablemente lo era.

—Déjeme ver si entiendo esto bien —dijo, entrelazando los dedos sobre la mesa—. Usted quiere que yo finja ser su marido para impresionar a una empresa conservadora. Porque… en realidad ni siquiera tiene novio.

Asentí.

—Y, a cambio, yo mejoro mi reputación pública.

Otro asentimiento.

—Y todo esto porque su abuela quiere verla casada antes de Navidad.

Asentí una tercera vez, más débil.

—Perfecto. Y ahora, Vega… explíqueme por qué no debería llamar a mi abogado.

—Porque va a divertirse mucho —solté, sin pensar.

Sus labios se curvaron apenas.

—Divertirme no está en mi descripción laboral.

—Bueno, tampoco fingir matrimonios, y aquí estamos.

Lo vi contener una risa. O eso quise creer.

Ethan era de esos hombres que rara vez pierden el control. Ni con el tráfico, ni con el estrés, ni con una empleada lunática.

Pero esa mañana algo en su mirada era distinto. Más curioso. Más peligroso.

—Está bien —dijo al fin—. Juguemos. Pero con condiciones.

—¿Condiciones? —pregunté.

—Reglas, Vega. Y no pienso negociar.

Sacó una libreta. Literalmente. Una libreta negra, de cuero.

"Las cláusulas del contrato matrimonial", escribió en la primera página.

Oh, no. El CEO se estaba tomando en serio la locura.

—Primera regla —dijo, sin levantar la vista—: Nada de enamorarse.

Casi me atraganto.

—Tranquilo, señor Blake, no soy suicida.

—Segunda regla: Nada de contacto físico innecesario.

—¿Innecesario según quién?

—Innecesario.

—Perfecto —repliqué—. Entonces los abrazos, los besos y las caricias serán absolutamente innecesarios.

Él levantó la mirada. Una ceja arqueada, media sonrisa, una chispa en los ojos.

Maldita sea. No sabía si quería matarme o besarme.

—Tercera regla —continuó, ignorándome—: No se miente sobre nada personal. Si le pregunto algo, quiero la verdad.

—Yo también.

—De acuerdo.

—Esto es peligroso.

—Lo es.

—¿Y puedo añadir yo una? —pregunté, cruzando los brazos.

—Sorpréndame.

—Nada de darme órdenes fuera del trabajo.

Se inclinó hacia delante.

—¿Ni siquiera si me apetece?

—Ni siquiera —respondí con dureza.

El aire se tensó.

La distancia entre nosotros era mínima.

Podía oler su perfume, caro y discreto.

Esa mezcla de madera, invierno y pecado que parecía hecha para él.

—¿Y bien? —pregunté, intentando romper el silencio—. ¿Trato hecho?

Ethan me sostuvo la mirada unos segundos más.

Luego cerró la libreta y dijo:

—Trato hecho.

Extendió la mano.

Supe que debía estrechársela, pero había algo en su gesto que me dejó sin respiración.

Era formal. Pero también… no sé. Íntimo.

—Por contrato —dije, intentando sonar firme.

—Por contrato —repitió él, con esa voz grave que hacía que cualquier palabra sonara a promesa.

Nuestras manos se tocaron. Un simple apretón. Y, sin embargo, algo cambió.

A la media hora ya habíamos definido los términos.

O al menos los que podían definirse.

—Durante el mes de diciembre fingiremos estar casados —resumí, tomando notas.

—Exacto. Y pasaremos la Navidad en Vermont, con su familia, para reforzar la "historia".

—Y usted asistirá conmigo a la cena del viernes con Brigham Estates.

—Y usted actuará como una esposa perfecta. Sobre todo delante de los medios.

—¿Perfecta? —arqueé una ceja—. ¿Qué significa "perfecta" en su diccionario machista de CEO arrogante?

—Que no me contradiga delante de inversores —dijo, sin pestañear.

—¿Y si tengo razón?

—No la tendrá.

—Maravilloso, ya me siento en el siglo XIX.

Él sonrió.

—Tiene carácter, Vega.

—Tiene ego, Blake.

—Combinación peligrosa.

Nos miramos un segundo más. Largo. Denso.

De esos silencios en los que podrías escribir un capítulo entero.

—Una última cláusula —rompió el momento.

—¿Otra más?

—Si en algún momento uno de los dos rompe las reglas… el otro puede imponer una "sanción".

—¿Sanción? ¿Como una multa?

—Iremos viéndolo.

No pregunté. No quería saberlo. Y, al mismo tiempo, sí.

Cuando salí de su despacho, el corazón me latía a toda velocidad.

Había firmado, sin tinta ni abogado, el acuerdo más peligroso de mi vida. Y lo peor no era que fuera con mi jefe. Lo peor era que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ni idea de si quería que todo saliera mal… o terriblemente bien.

Capítulo 4:
Carretera, nieve y un CEO con GPS sentimental roto

Claudia

Hay decisiones que cambian tu vida. Y luego está subirse a un coche durante seis horas con tu jefe fingido-prometido que tiene cara de

pecado, ego de CEO y cero sentido del humor.

Spoiler: fue una mala idea.

—Creí que tendría chófer —Intenté sonar educada.

—No confío en nadie al volante. —No apartó la vista de la carretera.

—Qué sorpresa —murmuré—. Tampoco parece confiar en la humanidad en general.

Me lanzó una mirada de reojo.

—¿Siempre habla tanto?

—Solo cuando estoy nerviosa.

—¿Y por qué está nerviosa?

—Porque vamos a pasar la Navidad juntos fingiendo que estamos prometidos, nos casamos el día de Navidad y todo esto ante mi familia, que… no es muy normal, por cierto, y mientras mi abuela cree que está en un capítulo de Love Actually.

—¿Qué significa que tu familia no es muy normal?

Me callé, mejor que lo comprobara él, o no, pero ya estaba hecho. Mejor que llegar a Vermont y no que diera la vuelta en la próxima rotonda. Empezó a sonar una canción y lo dejó pasar. Lo agradecí y miré la nieve que empezaba a caer con suavidad.

Siguió conduciendo como es él: serio, concentrado, impasible.

Yo, en cambio, no podía dejar de mirarlo. Ese perfil perfecto, la sombra de barba, los dedos fuertes al volante. Era como un catálogo de "errores voluntarios".

—Debería abrocharse el cinturón correctamente —dijo sin mirarme.

—¿Y eso es una forma elegante de decir que me está mirando el pecho?

Se aclaró la garganta.

—Solo me preocupa su seguridad.

—Claro —asentí—. Y yo soy la Virgen María.

Vi cómo se le tensaba la mandíbula. Me encantaba provocarle. Había algo adictivo en verlo perder un poco el control.

—¿Qué piensa su familia de todo esto? —preguntó, cambiando de tema.

—Que soy una mujer exitosa y perfectamente equilibrada.

—Traducción: no lo saben.

—Traducción exacta: mi abuela cree que Santa Claus me mandó un marido por Amazon Prime.

Él rio. Sí, rio. Un sonido bajo, breve, casi imperceptible, pero ahí estaba.

—No sabía que sabía hacer eso —le dije, sorprendida.

—¿El qué?

—Reír.

—Lo hago cuando se lo ganan.

—¿Y qué he hecho yo para merecerlo?

—Mentirme con estilo.

No supe si tomarlo como un cumplido o una amenaza.

—No te he mentido. ¿Cómo no van a saberlo? Nos casamos en Navidad. Si envió invitaciones cuando no tenía ni novio, imagina con la fecha de la boda puesta. Habrá invitado a Trump.

A mitad del camino paramos en una gasolinera.

Mientras yo buscaba chocolate para mí y café para él, Ethan revisaba el coche como si estuviera a punto de pilotar un avión.

Cuando regresé, le extendí un vaso de café y una chocolatina.

—Paz temporal —dije.

—¿Chocolate?

—La única arma que puede salvar un matrimonio, aunque sea falso.

Él aceptó el vaso.

Nuestros dedos se rozaron.

Solo un segundo.

Pero lo suficiente para que el aire se llenara de electricidad.

—Esto no estaba en el contrato —murmuró él.

—Lo sé —sonreí—. Las mejores cosas nunca lo están.

De vuelta a la carretera, la nieve se volvió más intensa. El cielo gris, el parabrisas empañado, la música de fondo… Todo tenía ese aire de película romántica que niegas estar viviendo, pero el universo insiste en rodar igual.

Ethan se giró hacia mí, sin dejar de conducir.

—¿Y si tu abuela sospecha que es un matrimonio falso?

—No lo hará.

—¿Por qué tanta seguridad?

—Porque me adora. Y porque piensa que nadie fingiría casarse conmigo sin enamorarse de verdad.

Él sonrió de lado.

—Podría empezar a darle la razón.

Se me escapó una risa nerviosa.

—¿Eso ha sido un cumplido o un intento de manipulación CEO?

—Un cumplido. Pero puedo incluir la manipulación si lo prefiere.

Silencio otra vez. Uno de esos que huelen a peligro. A deseo. A algo que estaba empezando a arder y ninguno sabía cómo apagar.

Llegamos a Vermont de noche. La nieve cubría las casas como un manto perfecto. Luces cálidas, olor a leña, y la casa de mi abuela al fondo, rodeada de guirnaldas y caos.

—Bienvenido al campo de batalla —anuncié.

Ethan aparcó el coche, miró la fachada llena de luces parpadeantes y suspiró.

—¿Su abuela es decoradora de centros comerciales?

—Solo tiene exceso de tiempo y un Pinterest peligroso.

Antes de que pudiera añadir nada, la puerta se abrió y mi abuela apareció envuelta en un abrigo con renos bordados y un gorro que parecía un crimen estético.

—¡Claudiaaa! —gritó—. ¡Y tú debes ser mi nieto político!

Ethan apenas tuvo tiempo de parpadear antes de ser aplastado por un abrazo.

Yo me mordí el labio para no reírme.

El CEO impasible, el hombre de las cláusulas y los trajes caros, atrapado entre los brazos de una abuela de ochenta años.

—Encantado de conocerla, señora —balbuceó.

—Nada de "señora". Llámame abuela. O ángel de la guarda, como prefieras.

Y justo ahí, mientras mi abuela lo abrazaba y le metía una galleta en la mano, supe que el contrato había dejado de ser solo un juego.

Porque si algo podía doblegar a Ethan Blake…

mi abuela en Navidad.

Capítulo 5:
La casa del caos (o cómo sobrevivir a la familia Vega)

Ethan

No suelo perder el control. Ni en la oficina, ni en los negocios, ni en la vida. Pero en cuanto crucé el umbral de la casa de la abuela de Claudia Vega, entendí que mis protocolos de supervivencia estaban a punto de quedar obsoletos.

El olor a canela y pino me golpeó como un puñetazo dulce. Había luces por todas partes. Guirnaldas en las lámparas. Calcetines con nombres bordados hasta en el perchero. Y un perro (¿era un perro o un oso disfrazado de reno?) que me ladraba a la altura de la rodilla.

—Bienvenido al infierno navideño —murmuró Claudia a mi lado, con esa sonrisa suya que parece un reto.

Yo asentí, sin saber si debía sonreír o pedir un exorcismo.

La abuela, todavía aferrada a mi brazo, me arrastró hasta el salón.

Allí, cuatro generaciones de Vegas me observaban con la expectación de quien ve llegar a Papá Noel con un contrato prenupcial.

—Familia —anunció la matriarca—, este es Ethan, el futuro marido de Claudia.

Silencio absoluto.

Hasta que una voz aguda rompió el aire.

—¿Y por qué parece tan aburrido?

Dos niños idénticos (gemelos, unos ocho años, con energía nuclear en vena) me miraban con las manos llenas de purpurina y la sonrisa del mal.

—Soy Liam, y este es Lucas —dijo uno—. Vamos a tirarte bolas de nieve mañana.

—No creo que eso sea necesario —dije, intentando sonar amable.

—No te preocupes —añadió el otro—, siempre perdemos.

—No, tú pierdes —le corrigió su hermano.

Y empezaron a pegarse delante de mí.

Claudia me susurró al oído:

—Los llamamos "los gremlins". No los alimentes después de medianoche.

—Niños, basta —intervino una mujer rubia con moño perfecto, sujetando una copa de vino como si fuera su única fuente de cordura—. Soy Bea, la hermana mayor. No los escuches, llevan tres Navidades seguidas intentando quemar el árbol.

—Por accidente —protestó uno de los gemelos.

—Con gasolina —replicó Bea, con una sonrisa tan controlada que daba miedo.

A su lado estaba su marido, un tipo con gafas, camisa abotonada hasta el cuello y una obsesión claramente preocupante.

—Soy Mario —dijo, estrechándome la mano—. ¿Te interesan las criptomonedas?

Ahí supe que estaba perdido.

—Eh… no especialmente.

—Deberías. Esta Navidad es el momento ideal para invertir. He montado un servidor en el sótano. ¿Quieres verlo?

Antes de que pudiera contestar, Bea le lanzó una mirada que podría congelar el infierno.

—Mario, el sótano está prohibido para las visitas.

—Pero es educativo.

—También peligroso. Y no pienso perder otro router por tus experimentos.

Claudia se inclinó hacia mí y susurró:

—Te dije que era un circo.

Entonces aparecieron sus padres.

Su madre, una mujer de sonrisa amplia y delantal con renos, se acercó a abrazarme con la determinación de quien no acepta un no por respuesta.

—¡Por fin! Claudia, no puedo creer que hayas mantenido esto en secreto. —Me dio dos besos, perfume y cariño a partes iguales—. Soy Rosa, encantada, hijo.

Hijo.

La palabra me desarmó más que cualquier reunión de accionistas.

Su padre, Mathew, llegó detrás, con un jersey de renos y un vaso de whisky en la mano.

—¿Así que tú eres el que ha conquistado a mi hija? —preguntó, sin rodeos.

—Eh… supongo que sí.

—Buena suerte. Nadie en esta casa lo ha conseguido todavía.

Claudia rodó los ojos.

—Papá…

—¿Qué? Solo digo la verdad. Ni tu madre me hace caso desde el 2003.

Todos rieron. Yo no. No sabía si aquello era un chiste o una advertencia.

La cena fue una experiencia sensorial. El perro ladrando, los gemelos peleando por el control del mando, la abuela cantando villancicos a grito pelado, el cuñado hablándome de "minar" algo que no eran piedras…

Y Claudia, al otro lado de la mesa, riendo como si todo eso fuera normal.

Había algo en ella esa noche. Algo más relajado. Más luminoso.

Y, joder, más peligroso.

—No me mires así —me dijo cuando nuestras miradas se cruzaron.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras pensando en algo que no tiene nada que ver con la sopa.

La abuela carraspeó desde el otro extremo de la mesa.

—Por cierto —anunció—, he preparado la habitación nupcial.

Claudia casi se atraganta. Yo solté el tenedor.

—¿La habitación qué? —pregunté.

—La nupcial, querido. No querrás dormir lejos de tu prometida ¿verdad? No vais a engañarnos. Ya nadie espera a la noche de bodas. Vosotros os habéis acostado. Me explico, ¿no?

Los gemelos silbaron.

Bea sonrió con malicia.

Y Claudia me miró con una mezcla de pánico y resignación.

—Por favor, dime que esto no significa…

—Significa exactamente lo que crees —dijo la abuela, levantándose con una energía que desafiaba la física.

Se marchó cantando All I Want for Christmas Is You, mientras todos los demás reían.

Esa noche, mientras subíamos las escaleras hacia la famosa habitación nupcial, Claudia murmuró:

—Te lo advertí.

—¿De que tu familia está loca o de que Santa Claus me odia?

—De las dos cosas.

Me sorprendí sonriendo sin saber por qué. Porque quizá, solo quizá, esa locura tenía algo de hogar. Y eso, para un hombre que vivía entre mármol y silencio… era mucho más peligroso que cualquier contrato.

Capítulo 6:
Una habitación, dos camas (demasiado juntas) y cero autocontrol

Ethan

A veces me pregunto en qué momento exacto tomé la curva equivocada en mi vida. Probablemente en el instante en que acepté fingir un matrimonio con Claudia Vega.

Aunque, para ser justos, "fingir" ya no parecía la palabra adecuada.

La abuela nos llevó hasta la habitación con una sonrisa sospechosamente satisfecha.

—Aquí dormiréis —dijo, abriendo la puerta con un gesto teatral.

Claudia y yo nos asomamos al mismo tiempo.

Dos camas.

Separadas por… veinte centímetros.

—Son gemelas —informó la abuela, muy ufana—. Como los niños.

—Perfecto —respondió Claudia, sin ningún entusiasmo.

—Y nada de cambiar de cama a media noche —añadió la anciana, señalándonos con el dedo—. Que os conozco.

Antes de que pudiera replicar, la abuela ya se había marchado, dejándonos con las maletas, el silencio y un aroma a canela y travesura flotando en el aire.

—No digas nada —murmuró Claudia, cerrando la puerta.

—No iba a hacerlo —mentí.

—Perfecto.

—Aunque debo admitir que tu abuela tiene una imaginación arquitectónica fascinante.

Claudia bufó y dejó la maleta sobre la cama más cercana a la ventana.

—Tú a la derecha. Yo a la izquierda. Sin contacto visual ni físico.

—No recuerdo haber firmado una cláusula sobre eso.

—Sí que lo hiciste. Y si no, pues… considérela añadida.

Me quité la chaqueta, aflojé la corbata y noté cómo sus ojos me seguían un segundo antes de apartarse.

—¿Qué miras? —pregunté, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Nada. Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cómo me he metido en esto.

Dejé la corbata sobre la silla y me senté en el borde de la cama.

Ella estaba de espaldas, deshaciendo la maleta, intentando mantener las distancias.

Pero la habitación era pequeña.

Demasiado pequeña para tantas mentiras.

—Tu familia parece encantadora —dije.

—¿Encantadora? Si los conocieras más de diez minutos, usarías otra palabra.

—He estado con ellos ahí abajo dos horas.

—Y el veredicto es…

—Intensos.

—Esa me gusta más.

Me miró por encima del hombro y sonrió.

Una sonrisa leve, cansada… y preciosa.

—No te creas que esto me divierte —añadió—. En tres días tengo una boda que ni siquiera sé cómo explicar.

—Podrías cancelarla.

—¿Y romperle el corazón a mi abuela? Imposible.

—Entonces supongo que nos casaremos.

—Por contrato —me recordó.

—Claro. Por contrato.

La calefacción hacía ruido. Afuera, la nieve golpeaba los cristales como si alguien tocara suavemente para entrar.

Dentro, solo quedaba el silencio.

Ese tipo de silencio que se estira, que aprieta, que hace que cualquier movimiento parezca un desafío.

Claudia se sentó en su cama.

—¿No te resulta raro?

—Todo en esta casa me resulta raro.

—No, me refiero a esto. —Señaló el espacio entre nuestras camas —. Fingir.

—Llevo años fingiendo, Vega. En reuniones, en portadas, en relaciones que nunca existieron. Fingir se me da bien.

Sus ojos se suavizaron.

—Entonces eres peor que yo.

—Eso ya lo sabías.

Sonrió. Un segundo. Y luego bajó la mirada.

Nos acostamos sin más palabras. Ella con pijama de algodón gris y moño deshecho. Yo, en camiseta.

Luces apagadas. Respiraciones que se confundían. Durante un rato solo se escuchó la tormenta afuera. Y el sonido de su respiración, tranquila, casi hipnótica. Cerré los ojos, convencido de que podría dormir. Hasta que su voz rompió la oscuridad.

—Ethan…

—¿Sí?

—¿Y si esto sale mal?

—Todo lo que vale la pena tiene riesgo.

—No, lo digo en serio. ¿Y si alguien lo descubre?

—Entonces improvisaremos.

Un silencio.

Y luego, apenas un susurro:

—No eres tan malo como pareces.

—Ni tú tan inocente —le respondí.

Sentí cómo sonreía.

Lo supe. No necesitaba verla.

Minutos después, cuando ya creía que se había dormido, escuché un leve movimiento.

Me giré.

Ella estaba ahí, entre la penumbra y el reflejo de las luces del árbol que se colaban por la ventana.

—Hace frío —susurró.

—Entonces deberías acercarte —dije sin pensar.

No lo hizo. Pero tampoco se alejó.

Y, por algún motivo, ese casi fue peor.

Porque en esa distancia mínima, entre dos camas gemelas y una mentira demasiado creíble, comprendí que había dejado de ser un juego.

Y que, si no tenía cuidado, la próxima cláusula que rompería sería la de no enamorarme.

Capítulo 7:
Muérdago, caos y un beso que no estaba en el contrato

Claudia

Desperté con el sonido de alguien desafinando Last Christmas a pleno pulmón. Tardé unos segundos en orientarme, hasta que recordé dónde estaba: la casa de mi abuela, la Navidad, el contrato, el jefe… el desastre. Me incorporé con el corazón aún acelerado por el susto y miré hacia la cama de al lado.

Ethan seguía dormido. Tenía un brazo apoyado sobre el pecho y el rostro sereno. Era la primera vez que lo veía sin el traje, sin el gesto de mando, sin esa coraza de acero que lo mantenía a salvo del

mundo. Por un instante, y solo por un instante, me pareció un hombre normal. Uno que duerme mal y sueña mejor.

Intenté no pensar demasiado en lo atractivo que se veía así, con el pelo ligeramente desordenado y la sombra de barba. Eso no formaba parte del contrato. Ni de ningún plan. Pero había algo inquietante en ver a un hombre tan acostumbrado al control rendido al descanso, tan vulnerable en apariencia, y aun así igual de irresistible.

Me levanté despacio, me vestí lo más rápido que pude y bajé a la cocina dispuesta a enfrentarme al circo navideño. El olor a café recién hecho me recibió junto con un coro caótico de voces, risas y ladridos. La abuela fritaba churros mientras mi madre tarareaba villancicos a destiempo. Los gemelos corrían en pijama cubiertos de harina y mi cuñado, Mathew, trataba de convencer a mi padre de invertir en una criptomoneda que había inventado él mismo: el ClausCoin.

—Papá, no lo escuches, por favor —le pedí, sirviéndome café con la taza aún medio dormida.

—Hija, puede ser un buen negocio —replicó con su tono optimista habitual.

—O una catástrofe —intervino mi hermana Bea, sin apartar la vista del móvil—. Mathew, prometiste no hablar de eso hasta después de Navidad.

Mi cuñado resopló, muy ofendido, mientras revisaba su portátil.

—La blockchain no entiende de vacaciones, cariño.

Y ahí estaba mi familia. Desbordante, impredecible, agotadora… y de alguna forma, adorable.

Cuando Ethan apareció en la puerta, el ruido se detuvo unos segundos, como si alguien hubiera pulsado pausa. Llevaba un jersey gris oscuro, vaqueros y el cabello ligeramente despeinado. En sus manos sostenía una taza de café que debía de haberse servido en silencio, porque nadie lo había notado. Tenía ese aire de tipo que no pertenece del todo al lugar, y al mismo tiempo, que hace que el lugar se detenga para mirarlo.

Mi abuela fue la primera en reaccionar.

—¡Ahí está mi futuro nieto político! —exclamó, emocionada, como si acabara de entrar un cantante famoso. Le hizo hueco en la mesa y le puso un plato delante antes de que él pudiera protestar.

—Siéntate, hijo, que te he preparado chocolate caliente.

Ethan intentó negarse, pero enseguida se vio atrapado en una trampa de cariño y cucharas. Mi madre le servía churros, mi padre le ofrecía una copa de anís "para entrar en ambiente" y los gemelos lo observaban con fascinación, como si fuera un nuevo juguete navideño.

—¿Tú sabes disparar? —preguntó uno de ellos, con la boca llena.

—¿Disparar? —Ethan arqueó una ceja, confundido.

—Es que estamos entrenando para defender el árbol de Navidad.

—Con una catapulta —añadió el otro, lleno de orgullo.

—Una catapulta casera —intervino Bea, sin levantar la vista del móvil—. No preguntes, de verdad.

El pobre Ethan me buscó con la mirada, implorando auxilio. Yo me limité a encogerme de hombros.

—Te presento a mi familia —le susurré, divertida—. No hay cláusula que te prepare para esto.

El desayuno fue un desbarajuste organizado. Entre tortitas, carcajadas y teorías de inversión, vi algo que no esperaba: Ethan se relajó. No del todo, claro, pero lo suficiente como para reírse de los chistes de mi padre y ayudar a la abuela a alcanzar una bandeja de polvorones. Incluso contestó con paciencia las preguntas infinitas de los gemelos, que querían saber cuántos coches tenía, si conocía a futbolistas famosos o si en su empresa dejaban dormir la siesta.

Yo lo miraba, intentando no parecerlo. Había en él una forma extraña de estar presente sin imponerse, una calma que contrastaba con el bullicio de mi casa. Y me di cuenta de que su silencio no era frialdad, sino contención. Que detrás del traje y la mirada calculada, había alguien que observaba antes de hablar. Y cuando lo hacía, lo hacía bien.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, él sonrió. Una sonrisa breve, casi discreta, pero real. Lo suficiente para que mi corazón hiciera un pequeño salto que fingí no notar.

Después del desayuno, todos nos movimos al salón. Los gemelos habían "decorado" el árbol con espaguetis y pompones, la abuela decía que era arte contemporáneo y Mario intentaba colgar un dron entre las ramas para grabar "momentos familiares históricos". Yo ya había asumido que sobrevivir a esas fiestas era un mérito digno de medalla.

La abuela, que no pierde el tiempo, insistió en hacernos una foto "de pareja feliz" bajo el arco que separaba el salón del pasillo. Y allí fuimos, obedientes, o más bien resignados. Ethan a mi lado, yo intentando recordar cómo se respiraba.

Fue entonces cuando ella alzó un dedo hacia arriba, con el brillo travieso que anuncia una catástrofe.

—¡Un momento! —exclamó con dramatismo—. ¡Muérdago!

El silencio cayó como una nevada. Todos miraron hacia arriba.

Y sí, ahí estaba, un ramillete de muérdago colgando del arco, justo encima de nuestras cabezas.

Mi madre sonreía con emoción contenida.

Bea ya tenía el móvil preparado en modo vídeo.

Los gemelos empezaron a cantar:

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!

Yo me quedé quieta, incapaz de moverme.

—No tenemos por qué hacerlo —le susurré, sin atreverme a mirarlo.

—Creo que sí —dijo él, con una calma que me desconcertó.

Y antes de que pudiera protestar, se inclinó ligeramente, me rozó la mejilla con la mano y me besó.

No fue un beso rápido ni torpe. Fue un beso medido, seguro, lento al principio, como si solo pretendiera cumplir con la tradición. Pero el contacto duró un segundo más de lo necesario, y ese segundo cambió todo.

Sus labios estaban cálidos, suaves, y el sabor del chocolate aún estaba ahí, mezclado con el de algo más difícil de definir. La respiración se me detuvo. La mente también. Solo quedaba esa sensación de vértigo y deseo que no tenía nada de fingido.

Él me besaba con cuidado, con una suavidad que contrastaba con todo lo que creía saber de él. Yo respondí antes de poder pensarlo,

dejándome llevar por la curiosidad, por la chispa, por el simple hecho de que en ese momento no había contratos ni cláusulas ni testigos, aunque estuvieran todos mirando.

Cuando se separó, lo hizo despacio, y sus ojos quedaron tan cerca que por un segundo pensé que volvería a hacerlo. Pero no lo hizo.

El hechizo se rompió con un aplauso general. La abuela gritó un "¡Así se hace, yerno mío!" que hizo temblar los adornos del árbol. Bea no dejaba de hacer fotos. Y los gemelos aplaudían al grito de:

—¡Repetición! ¡Queremos repetición!

Yo, con la cara encendida y el corazón al galope, solo pude fingir una sonrisa mientras intentaba recuperar la voz.

—Es por el muérdago —murmuré, más para mí que para nadie.

—Claro —respondió Ethan, muy serio, aunque la comisura de su boca lo traicionó.

Todos siguieron riendo y hablando, pero el resto del día se me hizo distinto.

Él y yo evitamos mirarnos demasiado rato, como si el aire entre nosotros se hubiera llenado de algo que ninguno de los dos sabía manejar.

Y mientras la abuela servía turrón y los niños colgaban serpentinas del perro, supe que ese beso no había sido un error.

Había sido el principio de algo.

Y lo peor (o lo mejor) era que no tenía la menor idea de cómo detenerlo.

Capítulo 8:
Aire fresco, un vecino llamado Carl y el beso que todavía ardía

Ethan

Salí de la casa con la sensación de que el oxígeno se había agotado entre villancicos y risas. O eso me dije, cuando en realidad… ese beso se había llevado todo el aire respirable de la tierra al completo. Necesitaba respirar. O silencio. O ambas cosas.

Dentro, la abuela estaba enseñando a los gemelos a bailar una coreografía de All I Want for Christmas Is You, Bea grababa un vídeo para TikTok y Mathew había anunciado su intención de instalar luces inteligentes "sin cables" (lo cual, a juzgar por los gritos, estaba saliendo mal).

El aire fuera era puro y frío, como un cubo de agua helada después de una sauna. El jardín olía a madera, nieve y pino. Había un silencio extraño, casi sagrado, solo roto por el crujido de la nieve bajo mis zapatos y el eco lejano de una risa infantil.

Respiré hondo. No era el caos de la oficina ni el orden pulcro de mi apartamento en Manhattan, pero… había algo en esa imperfección que resultaba peligrosamente acogedor.

Oí la puerta detrás de mí.

—¿Estás huyendo? —preguntó Claudia.

Giré la cabeza. Venía abrochándose el abrigo con las manos aún temblorosas por el frío. Tenía el pelo un poco despeinado, las mejillas encendidas y ese brillo en los ojos que mezcla vergüenza y orgullo.

—Estoy respirando —le respondí.

—¿Y eso era una indirecta sobre mi familia o sobre mí?

—Sobre tu abuela, principalmente. Pero podríamos ampliar la lista.

Ella rio y se acercó a mí, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo. Caminamos juntos hacia la verja del jardín, sin decir nada más. A veces el silencio con Claudia era más interesante que cualquier conversación.

El cielo estaba gris, cubierto de nubes que parecían algodón viejo. Las luces del porche parpadeaban con un brillo anaranjado que daba al paisaje un aire de postal navideña.

No sabía si era el frío o la compañía, pero todo parecía… más real.

—Lo del muérdago ha sido un golpe bajo —dije, rompiendo el silencio.

—Podría haberte avisado —reconoció—, pero creo que habría sido peor.

—¿Peor que besarme delante de toda tu familia?

—Peor que fingir que no te gustó.

Giré la cabeza para mirarla.

Sonreía, satisfecha.

Demasiado.

—Estás muy segura de ti misma.

—Y tú muy malo disimulando.

No respondí. En parte porque no sabía qué decir, en parte porque tenía razón.

Ese beso había sido un error profesional y un acierto personal.

Y me aterraba admitirlo.

Seguimos caminando por el sendero que bordeaba la casa, los dos en silencio. Solo se oían nuestros pasos sobre la nieve. A veces nuestras manos se rozaban sin querer, y cada vez que ocurría, una chispa recorría el aire entre nosotros.

Yo no era un hombre de supersticiones, pero juraría que el maldito muérdago seguía flotando sobre nosotros, invisible.

—Nunca había visto algo así —dije, intentando distraerme—. Tu familia, quiero decir.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende. Si me preguntas como hombre, es adorable. Si me preguntas como CEO, es un riesgo a valorar.

—Ambas cosas son ciertas. —Se rio—. Son así desde siempre. Me refiero a que no ha sido un virus. El caos es su idioma nativo.

La miré de reojo.

—Y tú, ¿cómo encajas en todo eso?

—No encajo. Por eso me fui a Nueva York.

—Y sin embargo, has vuelto.

—Por ella —dijo, refiriéndose a su abuela—. Y porque a veces uno necesita regresar a donde empezó para entender por qué se fue.

Su voz sonó diferente. Más baja, más honesta.

Durante un momento, olvidé que estábamos fingiendo.

De pronto, una voz nos sobresaltó.

—¡Claudiaaaa! ¡Claudia Vega!

Ella cerró los ojos y murmuró algo que no repetiré por respeto al espíritu navideño.

—Dios mío, no puede ser…

De entre los árboles surgió un hombre alto, desgarbado, con un abrigo verde que le quedaba pequeño y un gorro con orejas de reno.

Caminaba hacia nosotros con la seguridad de quien se siente protagonista de una película.

—¡Vecina! —gritó, agitando una botella de vino—. ¡La abuela me dijo que estabas aquí!

—Hola, Carl… —Claudia sonrió, tensa, como quien recibe a un fantasma.

—¿Qué tal? ¡Te veo radiante! —El hombre me miró entonces—. ¿Y tú debes ser el afortunado, el novio misterioso, el magnate arquitecto de Manhattan!

Tragué saliva.

—Supongo que sí. Ethan Blake —extendí la mano.

Carl la apretó como si quisiera comprobar si era real.

—¡He leído sobre ti! Y la abuela me llamó anoche.

—¿La abuela te llamó? —repitió Claudia, horrorizada.

—¡Por supuesto! Dijo que guardara el veinticinco libre, que habría boda y ponche, y que nadie con corazón podía faltar.

—Fantástico —murmuré.

—Y además —continuó él, ajeno a todo—, me ofrecí para cantar.

—¿Cantar? —pregunté, dudando de mis oídos.

—Sí. Tengo una banda de versiones de los ochenta. Nos llamamos Carl & The Silent Nights. Ensayamos en mi garaje.

Claudia se llevó una mano a la frente.

—No hacía falta, Carl.

—Por favor, no me lo agradezcas. ¡Es un honor! La abuela me dijo que sería la boda del año.

—La abuela dice muchas cosas —intentó replicar ella.

—Y casi todas se cumplen —añadió él, con solemnidad.

Carl se inclinó hacia mí con conspiración de borracho simpático.

—Tú tranquilo, amigo. Te cubro. Sé cómo funcionan estas cosas. Yo también estuve prometido una vez. Aunque fue un compromiso de tres días con mi profesora de yoga.

No supe qué contestar. Claudia, tampoco.

Carl sonrió satisfecho, como si acabara de solucionar algo.

—Bueno, no os molesto más. ¡Ah, y llevo el regalo de boda! Una fondue eléctrica. Para las noches románticas. No me deis las gracias, ya veréis.

Nos dejó allí, congelados, con la misma naturalidad con la que se va quien ha hecho una obra de caridad.

Cuando desapareció tras el seto, Claudia exhaló despacio.

—Y ese —dijo con resignación— es Carl. Vecino, cotilla, entrometido y fan de mi abuela.

—Encantador.

—No sabes cuánto. El año pasado se disfrazó de elfo y ayudó a repartir las cartas del buzón de Papá Noel… pero se las quedó todas para leerlas.

—Un ejemplo de civismo.

—Una pesadilla con piernas.

Seguimos caminando entre risas, sin prisa, con las manos rozándose a ratos y el aire helado despejando la cabeza.

Ella caminaba delante, y yo no podía dejar de mirarla. Tenía esa forma de moverse como si no quisiera destacar y, sin embargo, todo en ella captaba la atención: el pelo oscuro sobre el abrigo claro, la forma en que se tocaba el cuello cuando se ponía nerviosa, la facilidad con la que convertía un desastre en una escena divertida.

—¿Sigues pensando que esto es una locura? —preguntó sin mirarme.

—Totalmente —respondí.

—Bien. Me preocupa la gente cuerda.

Se giró entonces y me sonrió. Y aunque la distancia entre nosotros seguía siendo la misma, sentí que el aire se había encogido.

—Aunque… —añadí, acercándome apenas un paso—, hay locuras que merecen la pena.

Su sonrisa se desdibujó un instante.

El viento le despeinó un mechón de pelo y, sin pensarlo, lo aparté de su cara. No sé quién se sorprendió más, si ella o yo.

Sus ojos se alzaron hacia los míos.

—Ethan…

—Sí.

—Nos están mirando.

Me giré.

En la ventana del salón, dos gemelos, una abuela y un perro nos observaban con más interés que si estuvieran viendo una final de fútbol.

—Maravilloso —murmuré.

—Te acostumbrarás —respondió ella, sonriendo.

La voz de la abuela retumbó desde la puerta:

—¡Venid ya, que el ponche se enfría! ¡Y quiero ensayar el primer baile de la boda!

Claudia cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Si sobrevives a esto —dijo, bajando la voz—, te daré el divorcio gratis.

—Eso suena casi tentador.

Ella empezó a caminar de nuevo hacia la casa, sin darse cuenta de que yo seguía mirándola.

No era la nieve, ni el muérdago, ni la familia.

Era ella.

Y por primera vez en mucho tiempo, el miedo que sentía no era a perder el control…

sino a descubrir que empezaba a gustarme no tenerlo.

Capítulo 9:
Ensayo general (con ponche, celos y un ex que aparece cuando no debe)

Claudia

Si algo he aprendido en esta casa es que la palabra "ensayo" significa "fiesta con excusa". La abuela anunció a grito pelado que empezaríamos a las ocho, que habría ponche "suave" (mentira), villancicos y un paseo por "nuestros bailes de juventud" (amenaza). A las ocho y cinco, los gemelos ya habían convertido el salón en una pista de patinaje con calcetines, Mathew intentaba domar una guirnalda inteligente que parpadeaba con vida propia y mi madre sacaba bandejas como si esperáramos a la orquesta sinfónica de Boston.

Ethan entró detrás de mí con esa calma que siempre le cuelga del traje, aunque hoy llevaba jersey y vaqueros. Parece que el hombre nació con modo "silencio elegante" activado. La abuela lo vio y le puso en la mano una copa de ponche antes de que pudiera respirar.

—Solo un sorbito —murmuró, obediente.

—Dos —rectificó la abuela, empujándole la copa hacia la boca—. Esta receta arregla matrimonios inexistentes.

—¿Cuántos has arreglado? —pregunté.

—Más que años tengo —replicó, orgullosa.

Y entonces la puerta se abrió con un golpe de aire frío y entradas de teatro.

—¿Se baila aquí o qué? —preguntó una voz que me trajo de golpe olor a gimnasio de instituto, a colonia barata y al invierno del último curso.

Nate Reed. Mi novio de los diecisiete. Mismo hoyuelo, mismo descaro, el pelo más corto, los hombros más anchos. Un jersey azul que parecía escogido por el departamento de "Madres que creen en el destino".

—¡Naaaate! —La abuela cruzó el salón como un misil—. Ya era hora. Pensé que te me habías escondido.

—Jamás me escondería de usted, abuela —dijo él, dándole un abrazo que hizo aplaudir a mi madre y resoplar a Bea.

—¿La abuela? —susurró Ethan a mi lado, apenas moviendo los labios.

—La abuela de todos —aclaré.

Nate me vio, y en su cara apareció esa sonrisa que fue mi ruina en segundo de bachillerato.

—Clau —dijo, como si el tiempo se hubiera tomado vacaciones—. Estás… igual.

—Mentiroso —respondí, riéndome. Estaba distinta. Y él también. Pero los recuerdos son así: editan, embellecen, nos dejan guapos.

—¿Y este es…? —Nate miró a Ethan como quien inspecciona un coche de lujo.

—Ethan Blake —contestó Ethan, ofreciéndole la mano con educación de embajador.

—Nate Reed —repuso él, apretando un punto más de lo necesario —. El novio del instituto.

—Encantado —dijo Ethan, con una sonrisa que podía servir para cortar cristal—. El novio actual.

—Encantadísimos todos —intervino la abuela, palmeando—. A ver, niños, silencio. Ensayo del primer baile. Claudia y Ethan, al centro. Nate, te necesito como apoyo técnico.

—¿Apoyo técnico? —preguntó él, divertido.

—Sujeta la cámara y graba. Si algo sale mal, lo repetimos —sentenció.

Los gemelos encendieron la bola de espejos (¿cuándo habían traído una bola de espejos?), Mathew apagó la luz "para que el algoritmo de la guirnalda coja calor" y mi madre puso una lista de reproducción titulada "Amores clásicos y garantizados". Comenzó Unchained Melody. La abuela tiene sentido del humor.

Ethan me ofreció la mano. La tomé. Su palma estaba tibia; la mía, en huelga de normalidad. Dio un paso, dos, marcando el compás con una precisión que no me esperaba de alguien que probablemente programa la agenda con márgenes de quince minutos.

—Bailas bien —murmuré.

—Hago muchas cosas bien —contestó, sin subirse demasiado el ego, aunque lo traía de fábrica.

—¿Por ejemplo?

—No tropezar cuando me miras —dijo, manteniéndome la mirada tan serio que tuve que apartarla primero.

—Recuerdo esto —intervino Nate desde el móvil, grabándonos—. Tu primer baile en la graduación. Te pisé tres veces.

—Cuatro —corregí.

—Yo no la pisaré —dijo Ethan con naturalidad.

—Qué bien, un reto —Nate sonrió, sin perder el tono amable.

El salón entero contuvo una risa. No era un enfrentamiento, exactamente. Era algo peor: educación impecable ardiendo por dentro.

Seguimos girando. La abuela daba instrucciones como si fuera directora de Broadway.

—Más cerca, Ethan, que no sois primos. Eso es. La mano a la espalda baja; no, más baja. Que se note que aquí hay amor y no catequesis.

—Abuela —dije, ahogada en vergüenza y risa.

—Calla y disfruta. ¿Para qué pagas Netflix si la vida te da esto?

La música subió, la bola de espejos multiplicó la nieve en las paredes y, por un momento, se me olvidó dónde empezaba el teatro y dónde se colaba la verdad. Ethan movía los dedos en la base de mi espalda como si conociera ese mapa desde siempre. Su perfume era madera y algo limpio, y mi cabeza decidió desconectarse para no hacer preguntas peligrosas.

—¿Todo bien? —susurró, ladeando la boca en una sonrisa que solo yo pude ver.

—Cállate y baila —le contesté.

—Eso estaba en la cláusula nueva —dijo, divertido.

—No, pero lo firmarías.

Nate carraspeó, acercándose lo justo para que lo oyéramos.

—Puedo relevarte cuando te canses, bro.

—No me canso —respondió Ethan, sin mirarlo.

—Por si acaso —insistió Nate.

—Yo te aviso —dije, diplomática.

La canción terminó y todos aplaudieron como si hubiéramos reinventado el romance. La abuela se limpió una lágrima teatral; los gemelos pedían reguetón; Mathew gritaba que la guirnalda había aprendido a latir. Normalidad en mi casa.

—Ahora el vals rápido —anunció mi madre, dándole al play de un swing imposible.

—¿Desde cuándo existe el vals rápido? —pregunté.

—Desde hoy —dijo la abuela—. ¡Cambio de parejas! Nate, baila con Claudia para recordar viejos tiempos. Ethan, con Bea. Quiero comparar.

—¿Comparar? —repitió Ethan.

—Para asegurarme de que mi nieta no se casa con un palo de escoba —contestó, benigna.

Antes de que pudiera protestar, Nate ya me había tomado la mano con esa familiaridad antigua que no sabe de contratos. Giramos dos compases y, sí, la memoria hace milagros, pero no corrige pies. Me sonrió como si el gimnasio del instituto estuviera de nuevo iluminado con luces de navidad.

—Has cambiado —dijo.

—Y tú bailas igual —respondí, evitando mirar a Ethan.

—Puedo volver a aprender —susurró Nate.

—Algunas cosas no se aprenden —repliqué, y me sorprendió que no sonara cruel.

Al otro lado del salón, Ethan bailaba con Bea. No tenía la gracia de un bailarín, pero sí la exactitud de quien hace bien hasta lo que no le interesa. Y aun así, cada vez que giraba, me buscaba. No era posesividad; era una especie de alarma silenciosa. La reconocí porque hacía el mismo ruido que mi pecho.

La abuela aplaudió, feliz con su experimento.

—Veredicto: no hay escoba. Hay madera buena, de la cara. Seguimos.

Carl eligió ese momento para entrar con un micrófono inalámbrico que nadie le había dado.

—¡Damas y caballeros! —proclamó—. Ensayo de banda en tres, dos… Carl & The Silent Nights presentan su nueva versión de Can’t Help Falling in Love.

—Por encima de mi cadáver —dijo Bea, pero Carl ya había empezado, desafinando con dignidad. Los gemelos se sumaron con panderetas. Mi padre con un triángulo. Mathew intentó sincronizar la guirnalda al ritmo; casi provoca un apagón.

—Descansen —murmuró Ethan a mi espalda, apareciendo para cambiar de pareja sin pedir permiso. Su mano buscó la mía con seguridad. Agradecí que me rescatara de la nostalgia y del karaoke.

—¿Celoso? —pregunté, inclinándome lo justo para que solo me oyera.

—Solo competitivo —contestó, ladeando la sonrisa.

—Ajá.

—Y sí —añadió, mirándome a los ojos mientras nos deslizábamos entre vecinos, primos y luces—, un poco celoso también.

La confesión cayó tan suave como la música. Me atravesó sin hacer ruido, pero dejó un brillo que no pude disimular. Al fondo, Nate guardó el móvil y fingió no mirar. Carl moduló mal una nota y casi nos rompió el momento. La abuela suspiró como si el universo por fin le diera la razón.

—Última prueba —anunció ella, palmeando—. El beso de la ceremonia. Quiero asegurarme de que no hacéis el ridículo. Al fin y al cabo, es mi reputación lo que está en juego.

—¿Tu reputación? —me escandalicé.

—Yo he organizado esta boda con mis propias manos y tres grupos de WhatsApp. Si el beso sale flojo, reviento —sentenció.

Todos empezaron a corear, por supuesto. "¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!". El eco de ayer, repetido, amplificado, inevitable.

Sentí la tensión subir por la espalda como un ascensor que no obedece botones. Miré a Ethan. No hizo ningún gesto grandilocuente; no necesitaba. Solo inclinó la cabeza, rozó mi mejilla con el dorso de los dedos, y se acercó con esa calma que apaga cualquier ruido. El salón desapareció, como si alguien hubiera bajado un dimmer invisible.

—Solo es un ensayo —dije, con voz más débil de lo que pretendía.

—Sí —susurró—. Y también es verdad.

Me besó. Fue distinto al del muérdago, menos sorpresa, más decisión. Empezó suave y, cuando mi mano lo sujetó por la nuca para acercarlo un poco más (no me juzgues, abuela), respondió con una firmeza que me dejó las piernas inservibles. Fue un beso limpio, sin arrogancia, sin prisa, pero con ese mensaje que no se escribe: te veo.

Los aplausos llegaron igual que la primera vez. Carl gritó "¡sold out!" al micrófono, los gemelos pidieron "repetición en cámara lenta", y mi madre, emocionada, dijo algo sobre nietos que no pienso reproducir. Nate se mantuvo recto, con una sonrisa digna, y me odió un poco menos de lo que yo me temía. O quizá más. No lo sé.

Cuando nos separamos, la abuela dio por cerrado el ensayo con un gesto de directora premiada.

—Perfecto. Ya puedo dormir.

—Yo no —susurré, y Ethan tuvo la cortesía de no preguntar por qué.

La música cambió a algo rápido; los niños invadieron la pista; Mathew juró que la guirnalda había desarrollado sentimientos. Me aparté un segundo hacia la cocina para buscar aire y agua. Nate apareció en el umbral con dos vasos.

—Para ti —dijo, tendiéndome uno—. No vengo a pelear. Vengo a recordar.

—¿Recordar qué?

—Que antes de irte del pueblo, dijiste que querías a alguien que te mirara como si fueras su decisión favorita.

Me atraganté con el agua. Él sonrió, sin rencor.

—Parece que lo has encontrado —añadió, mirando de reojo hacia el salón, donde Ethan escuchaba algo que le contaba mi padre, con paciencia de santo y postura de hombre que se queda.

No supe qué contestar. Porque la palabra "encontrado" asusta cuando no sabes todavía si la estás diciendo de verdad o solo la estás probando, como un abrigo en un escaparate.

—Me alegro por ti, Clau —dijo Nate, sincero de una manera que me desarmó—. Y no te preocupes; yo también me autoinvité a la boda, pero prometo no robar el ramo.

—La abuela te invitó antes de que existiera la boda —le respondí, riéndome.

—Ah, sí. Eso hizo —confirmó, levantando el vaso—. A nosotros siempre nos gustó adelantarnos.

Volvimos al salón. La abuela bailaba con Carl, los gemelos con el perro, Bea con el dron (literal). Ethan me encontró con la mirada al primer segundo. Me acercó una copa nueva de ponche y la sonrisa más peligrosa de toda la noche.

—¿Todo bien?

—Todos bailando. Y el ensayo aprobado.

—Bien —asintió—. Quiero repetirlo mañana. Sin público.

—¿El baile?

—El beso —corrigió, con la tranquilidad de quien ya ha tomado su decisión.

Y si el ensayo era para dormir tranquilos, ese comentario fue para no dormir nada.

Capítulo 10:
El arte de disimular celos (y fracasar en el intento)

Ethan

Desperté con dolor de cuello, resaca de ponche, la polla hinchada y una idea fija: la abuela Vega debía ser investigada por la CIA.

Nadie con ese aspecto angelical debería tener tanto poder de manipulación.

La casa aún olía a canela, leña y locura. En algún punto del pasillo, un altavoz reproducía villancicos a todo volumen. Bajé las escaleras intentando no pisar un juguete de los gemelos ni una guirnalda que, a esas alturas, parecía tener vida propia.

Encontré a Claudia en la cocina, de espaldas, removiendo algo en una olla. Llevaba un jersey gris enorme y el pelo recogido en un moño desordenado. Sin maquillaje, sin tacones, sin nada más que ella. Y aun así, más peligrosa que nunca.

—Buenos días. —Me apoyé en el marco de la puerta.

—Depende de cómo los mires —respondió sin girarse—. La abuela ha programado el día completo.

—¿Incluye descanso para el trauma de anoche?

—No. Ensayo de decoración, almuerzo con familia, villancicos comunitarios en la plaza y visita del alcalde.

—Perfecto. —Me serví café—. En qué momento acepté este contrato…

Ella rio, suave, sin mirarme.

—Cuando te prometí que no te aburrirías.

Tenía razón. No me aburría. Solo me moría de celos.

El infierno empezó media hora después, cuando Nate entró en la cocina como si fuera el propietario del terreno.

—¡Buenos días, vecinos! —saludó, radiante, con una caja enorme entre los brazos—. Traigo panecillos caseros y el secreto de la felicidad.

—¿Y ese cuál es? —preguntó la abuela, apareciendo de la nada como siempre.

—Compartir desayuno con gente que amas.

Todos suspiraron.

Yo busqué con la mirada el cuchillo de untar mantequilla y evalué si sería delito solo imaginar su uso.

—Ethan, ¿quieres probar uno? —preguntó Claudia, sin mala intención.

—No, gracias. Estoy a dieta de pan y competidores —contesté.

Ella me fulminó con los ojos. Nate, encantado, se sentó frente a mí.

—Así que tú eres el famoso Ethan Blake —dijo, como si fuera un entrevistador y no una molestia—. El de los rascacielos.

—Y tú el de los panecillos.

—Cada uno brilla a su manera, ¿eh?

La abuela aplaudió, emocionada.

—¡Qué encanto de muchachos! Podríais ser amigos.

No respondí. La única amistad que se me ocurría requería distancia continental.

A media mañana, el desastre organizado familiar se trasladó al salón.

Mathew estaba intentando sincronizar las luces del árbol con una app. Los gemelos lanzaban bolas de nieve dentro de casa. Bea discutía por teléfono con su jefa, y la abuela supervisaba todo con un bastón que usaba para señalar en vez de caminar.

Y, por supuesto, Nate estaba ahí.

Cargando cajas, colgando adornos, riéndose con Claudia.

Había decidido —al parecer— convertirse en su sombra.

Yo observaba desde el sofá, intentando parecer indiferente mientras fingía revisar correos.

Cada vez que ella reía con él, una parte de mí quería programar su despido… aunque ni siquiera trabajaba para mí.

—Deberías ayudar —dijo Claudia, acercándose con una caja de bolas de colores.

—Estoy ayudando moralmente.

—Pues tus niveles de moral están por los suelos.

—Estoy supervisando la eficiencia del proceso.

—No estás en una junta de accionistas, Ethan.

—Exacto. Por eso no tengo poder de veto sobre este… —miré a Nate, que estaba colgando un adorno torcido— … desastre decorativo.

Ella sonrió, divertida, y colocó una bola dorada justo donde él la había puesto, pero mejor.

—¿Celoso? —preguntó, sin alzar la voz.

—No. —Mentira. Gigante, descarada, sin pudor.

—Podrías serlo un poco. Te haría más humano.

—No necesito ser más humano, necesito silencio.

—Oh, cariño, eso no existe en esta casa —intervino la abuela, pasando entre nosotros con una bandeja de galletas—. Y tú, Ethan, deja de mirar así a Nate, que parece que lo quieras cocinar.

Todos rieron. Yo no.

Por la tarde, salimos todos al pueblo para ver el encendido oficial de luces.

El evento era modesto pero encantador: un árbol enorme en la plaza, música en vivo y olor a chocolate caliente. Los vecinos saludaban a Claudia con cariño; ella parecía parte de ese paisaje de luces, nieve y sonrisas.

Y allí, en medio de todo, estaba yo. El forastero. El CEO con cara de póker. Y el tipo que, sin querer, no podía dejar de mirar cómo Nate la abrazaba para la foto del grupo.

Carl apareció, por supuesto, con su micrófono inalámbrico (de nuevo) y un gorro nuevo con cascabeles.

—¡Ethan! —me llamó—. ¿Listo para la competencia?

—¿Qué competencia?

—¡El concurso de parejas navideñas! La abuela te ha inscrito.

—¿Qué?

—"Claudia y su futuro esposo", textual —añadió Carl, mostrando el formulario.

Miré a Claudia. Ella puso cara de no fui yo, lo juro.

—¿Qué hay que hacer? —pregunté con resignación.

—Prueba de coordinación: envolver un regalo juntos, con una sola mano cada uno.

Perfecto. Mi dignidad, oficialmente perdida.

Nos pusieron frente a todos, un rollo de papel y una caja vacía.

Nate, claro, observaba desde el público con sonrisa satisfecha.

Claudia intentó mantener el tipo.

—Vamos, señor Blake, demuestre su talento ejecutivo.

—Envolviendo regalos. Maravilloso uso de mi maestría.

—Concéntrese.

—Lo intento, pero me distrae el público.

—Te distrae él —indicó, sin apartar la vista de Nate.

No sé si fue por los nervios, pero terminé con la cinta adhesiva pegada a su cabello.

—¡Ay! —protestó.

—No te muevas.

—¿Qué haces?

—Intentando salvar mi reputación.

La caja quedó envuelta en algo que parecía un campo de batalla. Carl gritó "¡Bravo, pareja número tres!" y la abuela nos aplaudió como si hubiéramos ganado un Óscar.

No ganamos, claro.

Pero cuando ella me miró, riéndose con esa risa limpia, decidí que ganar era secundario.

Ya de noche, mientras regresábamos a casa, el silencio en el coche era tibio, cómodo.

Nate iba en el asiento trasero, hablando con Bea sobre los planes de mañana.

Yo conducía, Claudia a mi lado.

—Ha sido divertido —dijo ella.

—Depende de tu definición de "divertido".

—No seas gruñón, Grinch.

—No soy gruñón. Solo no tengo tolerancia a los aspirantes a héroe del instituto.

Ella sonrió.

—¿Admites que estás celoso?

—Admito que odio las fondue eléctricas.

Su risa llenó el coche.

Y pensé que quizá la locura navideña no era una condena, sino una trampa perfectamente diseñada para atraparme.

Y lo peor de todo era que ya no quería escapar.

Capítulo 11:
Insomnio, tentación y bolas de nieve

Ethan

Esa noche comprendí dos cosas:

Uno, que la abuela Vega no conocía el concepto de cena ligera.

Dos, que dormir en la misma habitación que Claudia Vega era una forma de tortura moderna.

La casa estaba en silencio. Un silencio que solo existe en los pueblos. Yo no. Ni ella, por lo que oí.

Había apagado la luz hacía media hora, pero cada movimiento al otro lado del cuarto —el roce de las sábanas, un suspiro, el crujido leve del colchón— me mantenía alerta, tenso, completamente despierto.

El aire estaba cargado de electricidad. No de esa que se ve, sino de la que se siente en la piel.

—¿Estás despierto? —susurró su voz.

Tenía que mentir. Tenía que decir que no, que dormía, que todo estaba bajo control.

Pero abrí los ojos.

—Sí.

Silencio.

Y entonces una risa baja, esa que usa cuando sabe que está ganando.

—No puedo dormir —musitó.

—Yo tampoco.

—Será el ponche.

—Seguro que el ponche.

Giró la cabeza hacia mí. Pude ver el reflejo de la luna en sus ojos, la curva suave de su boca, ese mechón rebelde que se escapaba de su moño.

Estaba preciosa.

Y peligrosamente cerca.

—Mañana tenemos otra jornada intensa —murmuré, más para recordármelo a mí mismo que a ella.

—Lo sé.

—Y deberías descansar.

—¿Tú vas a hacerlo?

—Estoy intentándolo.

—Parece que no te funciona.

—Porque alguien no para de hablar.

Ella sonrió en la oscuridad.

—No soy yo el que suspira cada tres minutos.

Me giré hacia ella. Las camas estaban demasiado juntas. Podía sentir el calor de su cuerpo, el perfume leve de su piel.

Por un momento, olvidé las reglas, el contrato, el sentido común.

—Claudia…

—¿Sí?

—Nada.

Nada, porque si decía algo, lo siguiente sería tocarla.

Y si la tocaba, no habría vuelta atrás.

Pero ella dio un paso que yo no esperé.

Se incorporó, apoyando un codo en la cama, con el rostro apenas a un palmo del mío.

—Dilo —susurró.

—No hay nada que decir.

—Entonces no digas nada.

Su respiración rozó mi boca.

El corazón me latía tan fuerte que juraría que ella podía oírlo.

Solo un movimiento más, un centímetro, y… Pum.

Un golpe seco en la ventana.

Ambos nos sobresaltamos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—No lo sé.

Otro golpe. Más fuerte.

Pum. Pum. Pum.

Salté de la cama, encendí la luz y crucé la habitación.

Afuera, la nieve caía tranquila.

Y, de pronto, otra bola golpeó el cristal.

—¿Qué demonios…? —abrí la ventana y una bola de nieve perfectamente esférica me dio de lleno en la cara.

—¡Impacto directo! —gritó una voz desde el jardín.

Me quedé helado, literalmente.

Claudia se tapó la boca para no reírse.

—¡Los gremlins! —gritó, ahogada de risa.

A través del reflejo vi a los gemelos, parapetados detrás de una especie de catapulta hecha con un cubo y dos palos.

—¡Batalla de medianoche! —chilló uno.

—¡Defiende el fuerte, tío Ethan! —añadió el otro.

—¡Voy a defender vuestro castigo, eso sí! —Me limpié la cara.

Claudia no podía respirar de la risa.

Se sujetaba el vientre, doblada, con lágrimas en los ojos.

—No te rías —intenté mantener la dignidad—. Esto es una violación del alto el fuego.

—Estás empapado.

—Gracias por notarlo.

—Te queda bien la nieve —añadió, divertida.

—Me queda bien la paciencia. —Me quité la camiseta y la tiré a un rincón—. Aunque se agota.

Ella seguía riendo. Yo también, contra mi voluntad. Aunque se le cortó un poco la risa cuando me vio medio desnudo. Lo hice a conciencia, un poco, sí.

Y en ese momento, mientras la abuela gritaba desde el pasillo "¡¿Quién demonios está bombardeando mi jardín a las doce de la noche?!", pensé que no había vivido una noche más surrealista.

Tampoco una más peligrosa para mi autocontrol.

Cuando por fin los gemelos fueron devueltos a sus camas, y la paz regresó, Claudia seguía riéndose cada vez que me miraba.

—Deberías ponerte otra camiseta. Vas a resfriarte.

—Hace calor. La calefacción de esta casa está programada por la NASA.

—Entonces descansa.

—Lo intentaré.

Volvimos a meternos en nuestras camas.

Esta vez, el silencio era distinto. Cálido. Cargado de esa complicidad que nace de compartir lo ridículo.

Ella apagó la luz.

—Buenas noches, Ethan.

—Buenas noches, terrorista de la risa.

Y aunque no pasó nada más, sentí que algo sí había cambiado.

Porque cuando por fin cerré los ojos, el frío de la nieve ya no estaba en mi piel…

Sino en el hueco que me quedaba entre lo que quería y lo que aún no debía tener.

Capítulo 12:
Mercados, celos y chocolate caliente (con extra de problemas)

Claudia

El café sabía a poco y el sueño a nada. La casa entera amaneció envuelta en el rumor de una guerra civil doméstica: la abuela buscando sus gafas, los gemelos jurando que no habían salido al jardín ("¡las huellas eran de un reno!"), y mi madre discutiendo con Mathew sobre si la guirnalda del árbol necesitaba un reinicio espiritual o un enchufe nuevo.

Yo solo quería silencio. Y quizás un hechizo que borrara la imagen de Ethan con el rostro lleno de nieve y el pecho desnudo, con unos abdominales y oblicuos de un dios griego.

Cada vez que lo recordaba, me reía sola. Y me ponía cachonda. Sí. Cada vez que me reía, lo veía mirarme con esa media sonrisa que decía: sabes perfectamente lo que estás haciendo conmigo.

Y lo sabía.

El problema era que él también.

—Hoy tenemos mercado —anunció la abuela, entrando en la cocina con una determinación bélica—. Todos vienen.

—¿Incluso los que necesitan terapia tras el bombardeo nocturno? —pregunté.

—Especialmente esos —dijo ella, sirviendo café en tazas con renos —. Nada cura los traumas como el comercio local y el chocolate caliente.

Ethan bajó un minuto después, impecable como si la noche anterior no hubiera ocurrido.

Jersey azul oscuro, bufanda gris, ese aire de soy el hombre más compuesto del mundo y no tengo pensamientos inapropiados… pero sus ojos decían otra cosa.

Los míos también.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —contesté, intentando sonar neutral.

—¿Cómo va la recuperación?

—De qué.

—Del ataque armado.

—No todos los soldados llevan uniforme.

—Ni todos los generales admiten la derrota —replicó, sirviéndose café con una calma que me puso de los nervios.

Mathew, ajeno a todo, entró con el móvil en la mano.

—Acabo de ver que Nate ha publicado una foto con la abuela en su Instagram.

—¿Qué? —pregunté.

—Sí. Puso: ensayando el amor verdadero. Con tres corazones.

Ethan casi escupe el café.

—¿Perdón?

—Tranquilo, Blake —dijo la abuela, acariciando su hombro—. Solo es un buen muchacho. Nostálgico. Y fuerte. Tiene unos bíceps que…

—Abuela —la interrumpí, horrorizada—. Por favor.

—Solo digo que podrías aprender algo de él —añadió con malicia.

Ethan levantó una ceja.

—Estoy tomando notas, señora.

El mercado navideño de Vermont era un festival de colores, luces y villancicos a todo volumen. Los puestos vendían de todo: galletas de jengibre, adornos hechos a mano, bufandas que parecían tejidas por abuelas con superpoderes.

Y allí, como era de esperar, Nate.

Sonriente, con chaqueta de cuero, un gorro rojo ridículo y una caja de dulces que ofrecía a todo ser viviente.

—¡Clau! —saludó al verme—. ¡Pensé que no venías!

No tuve tiempo de responder antes de que la abuela lo abrazara como si volviera de la guerra.

—Mi chico favorito —dijo, ignorando olímpicamente a Ethan.

—El único —susurró Ethan a mi lado.

—¿Cómo estás? —preguntó Nate, con esa sonrisa de anuncio que siempre me había desarmado a los diecisiete y que ahora solo me daba pereza.

—Bien, gracias.

—Perfecto —respondió—. Porque te he guardado un chocolate caliente.

Levantó un vaso humeante y me lo tendió.

Ethan dio un paso al frente.

—No, gracias. Ya tiene uno. —Y me pasó el que llevaba en la mano.

—No sabía que tenías gustos tan dulces, Blake —replicó Nate.

—Depende de quién los pruebe —respondió Ethan.

La abuela soltó un "¡Oh, oh, oh!" digno de Papá Noel y se alejó discretamente, disfrutando de la tensión como quien ve su serie favorita.

Pasamos la mañana entre puestos. Yo intentaba mantener la paz; los dos hombres, el orgullo.

Nate compraba cosas absurdas: un gorro con luces, una bufanda con renos, un adorno que decía Love Wins.

Ethan, en cambio, observaba, callaba y, cuando Nate me ofreció probar una galleta en forma de corazón, simplemente se adelantó y pagó toda la bandeja.

—No hace falta —murmuré.

—Considera que estoy invirtiendo en silencio —contestó.

Intenté no reírme. Fracasé.

—¿Y si compramos algo para la abuela? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—Ya tiene suficiente con el ex de su nieta.

—No seas cruel.

—Solo realista. Ese tipo está en modo cuento de Navidad: la segunda oportunidad.

—¿Y tú en qué modo estás?

—Supervivencia. Con tendencia a homicidio pasivo.

Apreté los labios para no sonreír.

Y entonces Carl apareció, como si el universo necesitara más fuego.

—¡Mis novios favoritos! —gritó, micrófono en mano.

—No somos tus novios, Carl —aseguré.

—Bueno, pero el pueblo entero sí cree que sois la pareja del año —respondió, alegre—. De hecho, os he inscrito en el concurso de Parejas Navideñas Perfectas.

—Otra vez no —murmuró Ethan.

—Es tradición. Solo tenéis que subir al escenario y responder una pregunta sobre vuestro amor.

—¿Nuestro qué? —preguntó él, con una expresión tan tensa que hasta el muñeco de nieve de al lado se sintió incómodo.

—Vamos, lo tenéis fácil —añadió Carl—. Además, Nate también participa.

—Maravilloso —susurró Ethan.

Carl subió al escenario improvisado, rodeado de luces y guirnaldas.

El público se agolpó.

—Primera pareja: Nate y… ¿quién es tu pareja, guapo? —preguntó Carl.

—No tengo —contestó él, sonriente—. Pero puedo bailar con la abuela.

La abuela aplaudió encantada.

Ethan cerró los ojos un segundo.

—Voy a cometer un delito —balbuceó.

—Ni se te ocurra —le advertí.

—No prometo nada.

Cuando llegó nuestro turno, Carl nos hizo la pregunta del millón:

—¿Cuál fue el momento exacto en que supisteis que estabais enamorados?

Silencio.

Ethan me miró.

Yo lo miré.

Y, durante un segundo, todo el ruido del mercado se borró.

—Cuando dejó de ser parte del plan —dijo él, sin apartar la vista de mí.

El público aplaudió.

Carl gritó "¡Eso es amor navideño del bueno!" y la abuela lloró en la primera fila.

Yo seguía sin poder respirar. Porque sabía que era mentira. Pero sonó tan verdad que dolió.

De regreso a casa, el coche iba lleno de bolsas, risas ajenas y silencio entre nosotros.

Nate hablaba con mi madre, la abuela cantaba, Carl iba detrás con los gemelos, y Ethan miraba por la ventanilla, serio, con la mandíbula tensa.

Cuando llegamos, todos entraron corriendo para preparar la cena.

Él se quedó atrás, apoyado en el coche, mirando las luces del porche.

—¿Qué pasa? —le pregunté.
—Nada.
—Mientes fatal.
—Solo pensaba… —hizo una pausa—. No sé en qué momento empecé a odiar a ese tipo tanto.
Sonreí.
—En el momento en que te diste cuenta de que no eras inmune.
—¿A ese chico con sonrisa perfecta y orejas de reno?
—No. A mí.
No lo negó.
Y aunque no dijo una palabra más, su mirada lo confesó todo.

Capítulo 13:
Juegos, trampas y verdades peligrosas

Claudia

Si hay algo que he aprendido esta semana, es que en esta casa el concepto de noche tranquila no existe.

Yo pensaba que, después del mercado, todos querrían descansar. Que quizá la abuela se quedaría dormida viendo Love Actually y los gemelos se rendirían al cansancio.
Error.
A las diez y media, el salón estaba iluminado como un plató de televisión y la abuela gritaba:
—¡Todos al sofá, empieza el juego de las parejas felices!
El título ya me daba miedo.
Ethan, a mi lado, parecía preparado para una junta de accionistas, no para una noche de histeria colectiva.
—No me digas que te has vestido para esto —le susurré.
—No. Pero tenía la esperanza de que fuera una pesadilla.
—Lamento informarte de que es real.

Carl apareció, cómo no, con su inseparable micrófono inalámbrico.
—¡Damas y caballeros, bienvenidos a Navidad con amor! —anunció —. En directo desde Vermont, patrocinado por el chocolate caliente de la abuela.
—¿Patrocinado? —preguntó Ethan.
—Ella lo dice siempre —aclaró Bea, sin apartar la vista de su copa de vino—. Cree que todo mejora con marketing.
—Empezaremos con una ronda sencilla —continuó Carl—. Cada pareja debe responder tres preguntas para demostrar cuánto se conoce.
Ethan y yo intercambiamos una mirada silenciosa.
A nuestro lado estaban Bea y Mathew (que parecían una comedia romántica en crisis tecnológica), mis padres, los gemelos y su perro disfrazado de reno, y, por supuesto, Nate, que se había sentado demasiado cerca de la abuela como para ser casualidad.
—Primera pareja: Claudia y su flamante prometido, el señor Blake —anunció Carl, apuntándonos con el micrófono.
—Me siento concursante de un reality —musitó Blake a mi lado.
—Lo somos. No te olvides —apostillé.
—Sé jugar a todo. —Se irguió con elegancia.
—Dispare.
—¿Cuál es el postre favorito de Claudia?
—Tiramisú —respondió él sin dudar.
Todos lo miraron, sorprendidos.
—¿Cómo lo sabías? —pregunté, medio en broma, medio en pánico.
—Lo pediste tres veces esta semana en el restaurante del pueblo. Y, además, cuando lo probaste dijiste "esto debería ser legal".
El salón estalló en carcajadas.
La abuela gritó: "¡Y lo será, en mi boda!". ¿Mi abuela deseaba casarse?
Yo quería morirme.
Carl levantó la mano, teatral.
—Correcto. Dos puntos para los recién comprometidos.
—Siguiente pregunta —continuó—. ¿Qué hace que Claudia pierda la paciencia?

Ethan se giró lentamente hacia mí, con esa sonrisa peligrosa que usaba cuando planeaba decir algo imperdonable.
—Los hombres que creen que pueden impresionarla.
—Eso no es cierto —repliqué.
—¿Ah, no? —arqueó una ceja—. ¿Y Nate?
—¡Eh! —protestó el aludido desde el sillón—. Estoy aquí, ¿sabéis?
El salón entero reía. Yo me mordí el labio, intentando no hacerlo también.
—Última pregunta —dijo Carl, emocionado—. ¿Qué fue lo primero que pensaste cuando viste a Claudia por primera vez?
Ethan tardó unos segundos en responder.
No era una pausa teatral, ni un silencio incómodo. Era algo más profundo.
—Que estaba en problemas —zanjó en voz baja, sin ironía.
La abuela suspiró.
Bea sonrió con ternura.
Yo sentí algo parecido a un terremoto en el pecho.
—Vale, eso fue cursi pero adorable —dijo Carl, secándose una lágrima falsa—. ¡Siguiente pareja!
Las siguientes rondas fueron una sucesión de desastres.
Bea y Mathew discutieron en directo sobre quién olvidó pagar la factura del gas, mis padres se besaron frente a todos ("por tradición", dijeron), y los gemelos declararon que su pareja ideal era el perro.
Cuando llegó el turno final, Carl sacó un sombrero lleno de papeles.
—Ronda de preguntas comprometidas. Solo para valientes.
—Mejor no —dijo Ethan.
—No puedes pasar —replicó la abuela—. Estás bajo mi techo y mis reglas.
Carl sacó una tarjeta y la leyó con voz de locutor:
—"Si pudieras cambiar algo de tu pareja, ¿qué sería?"
Ethan y yo nos miramos.
—¿Quieres empezar tú? —pregunté.
—No. Quiero sobrevivir.
—Muy bien. Pues yo diría… —me tomé unos segundos—, su capacidad para provocarme ganas de tirarle algo a la cabeza cada

vez que sonríe.
El salón estalló en carcajadas. Ethan, impasible, asintió.
—Lo tomaré como un cumplido.
—No lo era.
—Claro que sí. Siempre lo son.
Carl aplaudió.
—¡Qué química! ¡Qué amor! Esto es puro espíritu navideño.
La segunda pregunta fue peor.
—"¿Cuál es el recuerdo más bonito que compartís?"
Ethan me miró de lado.
—La nieve.
—¿La nieve? —pregunté, desconcertada.
—Sí. La de anoche. Aunque acabara en mi cara.
Todos rieron. Yo también. Pero el modo en que lo dijo —calmado, con ese brillo en los ojos que se cuela cuando uno dice la verdad disfrazada de broma— me dejó sin aire.
—Vale, última —Carl, disfrutaba demasiado—. "¿Qué te gustaría que ocurriera esta Navidad?"
Silencio.
Ethan apoyó los codos sobre las rodillas, pensativo.
—Que la abuela deje de organizar eventos.
—Eso no va a pasar —dijo ella desde su trono de cojines.
—Entonces… —hizo una pausa—. Que todo esto dure un poco más de lo planeado.
No me miró. Pero no hacía falta.
Más tarde, cuando la abuela se declaró oficialmente ganadora del juego ("¡porque sin mí no habría pareja que valga!"), todos empezaron a dispersarse.
Nate se ofreció a ayudar con los platos.
Carl propuso grabar un videoclip familiar.
Y yo solo quería escapar.
Fui a la cocina, necesitando un respiro.
Ethan llegó un minuto después, en silencio, con una copa de vino en la mano.
—¿Te has divertido? —preguntó.
—No sé si esa es la palabra.

—Yo tampoco.
—Has estado muy… convincente.
—Lo intento.
Nos quedamos un rato así, frente a frente, sin ruido, sin fingir.
La risa de los demás llegaba amortiguada desde el salón.
Él se acercó un poco.
—¿Sabes cuál habría sido mi respuesta verdadera? —susurró.
—¿A cuál de todas?
—A lo que me gustaría que ocurriera esta Navidad.
Tragué saliva.
—¿Y qué sería?
—Que dejaras de pensar en lo que fingimos.
Y sin esperar respuesta, dejó la copa sobre la encimera y salió del cuarto.
Me quedé allí, temblando.
Porque no sabía si lo que acababa de decir era una advertencia… o una promesa.

Capítulo 14:
Nieve, confesiones y el peor momento para un reno inflable

Ethan

Salir al porche era ya mi versión de terapia. El aire era tan frío que cortaba la piel, pero al menos no hablaba, no preguntaba y no organizaba juegos de pareja.

La casa, detrás, seguía vibrando con el ruido de risas, villancicos y el micrófono maldito de Carl. Si la abuela hubiera tenido una bola de discoteca, habría convertido el salón en un club.

Me senté en el escalón de madera, con el abrigo abierto y la copa de vino en la mano, mirando la nieve caer. No suelo quedarme mucho rato quieto, pero allí, bajo ese cielo gris-azul y ese silencio blanco, sentí algo parecido a la calma.

O casi.

Porque, por supuesto, la calma duró tres minutos.

Justo hasta que escuché pasos detrás de mí.

—¿Otra vez escapando? —preguntó Claudia.

Giré la cabeza. Venía con una manta sobre los hombros y una taza de chocolate caliente, el pelo despeinado y esa mirada de quien ha visto demasiado desconcierto como para juzgarte por necesitar un respiro.

—No estoy escapando. Estoy meditando —contesté.

—Ah, claro. La versión CEO del "me estoy escondiendo".

—Exactamente.

—¿Puedo unirme a la meditación o necesito un permiso previo del departamento de Recursos Humanos?

Se sentó a mi lado sin esperar respuesta.

La nieve seguía cayendo. Su respiración salía en nubecitas blancas que me daban ganas de atraparlas.

—Ha sido un día largo —aseguró.

—Una eternidad.

—Y la abuela ya está planeando el karaoke de mañana.

—¿Karaoke? —pregunté, alarmado.

—Sí. Carl tiene preparado el repertorio.

—Voy a mudarme al bosque.

Ella rio. Y, como siempre, esa risa me desarmó.

Nos quedamos un rato en silencio.

Yo intentaba no mirarla. Ella intentaba no darse cuenta de que la estaba mirando igual.

—¿Sabes qué creo? —dijo de repente.

—Me da miedo preguntar.

—Que finges muy bien que no te importa.

—¿Qué cosa?

—Todo esto. —Señaló la casa, las luces, la locura—. Pero te está gustando.

La miré, fingiendo indiferencia.

—Me gusta observar especies desconocidas en su hábitat natural.

—Oh, sí, claro —rodó los ojos—. Por eso ayer jugabas con los gemelos a "la catapulta humana".

—No lo llamaría jugar. Fue defensa personal.

—Y hoy compraste todas las galletas del mercado para que Nate no me ofreciera ni una.

—Estrategia comercial.

—Ajá. ¿Y mañana qué harás? ¿Amenazar al alcalde?

No pude evitar sonreír.

—Depende de si intenta bailar contigo.

Ella se echó hacia atrás, riendo, y por un instante todo se detuvo. El viento, el frío, el ruido de dentro.

Solo quedábamos nosotros dos, sentados bajo la nieve, con esa tensión absurda que crecía cada vez que se me ocurría respirar.

Y entonces, claro, el universo decidió intervenir.

Primero se oyó un clic.

Después, un zumbido.

Y luego… PFFF

Algo enorme y rojo se infló a nuestra izquierda.

Nos giramos al mismo tiempo.

Era un reno inflable tamaño Godzilla, pegado al jardín, que Carl —bendito sea— había conectado al enchufe equivocado.

El reno empezó a moverse lentamente, mecánico, con una sonrisa siniestra y luces intermitentes en los cuernos.

En el pecho llevaba un cartel que decía:

"Feliz boda, Claudia y Ethan. Te queremos, abuela."

Claudia se llevó las manos a la cara.

—No. No, no, no…

—¿Eso… lleva nuestros nombres?

—Lleva nuestros nombres.

—Y parece… que nos está mirando.

—Porque se mueve.

—Está girando la cabeza.

—¡Por favor, dime que eso no es animatrónico!

Intenté desconectarlo, pero la cosa tenía vida propia.

El reno empezó a cantar All I Want for Christmas Is You con voz metálica.

Las luces de la casa parpadearon.

Y, por supuesto, la puerta se abrió.

La abuela salió envuelta en una bata de flores.

—¿A que ha quedado precioso? —gritó, orgullosa—. Carl y yo lo hemos preparado para vuestra boda.

—Nos va a matar —murmuré.

—De amor —corrigió ella.

Claudia se hundió en la manta.

Yo estaba seguro de que, si no moría electrocutado por el reno asesino, lo haría de vergüenza.

—Abuela, es gigante.

—El amor también lo es, hija.

Carl asomó la cabeza desde el porche, con su micrófono.

—¿Os gusta la versión musical o prefieren el modo "romántico estático"?

—Apágalo, Carl —dijo Claudia entre dientes.

—No puedo. Está enchufado a la guirnalda inteligente de Mathew.

—Perfecto —murmuré—. Entonces moriremos todos juntos.

Al final conseguimos desconectar el reno (a golpes y con ayuda del perro).

Claudia reía tanto que se le caían las lágrimas.

Yo no sabía si reír o pedir el divorcio anticipado.

—Esto es una locura —me limpié las manos.

—Una locura maravillosa —contestó ella, aun riéndose—. Admítelo, te está gustando.

La miré. El pelo se le había soltado, tenía las mejillas rojas del frío y esa sonrisa que hace que todo parezca menos terrible.

Y sí.

Me estaba gustando.

Más de lo que debía.

—Si lo cuento en la oficina no me lo creen —murmuré.

—No lo cuentes. Nadie cuerdo entendería lo que pasa aquí.

Nos quedamos de pie, frente al reno apagado y la nieve cayendo.

Ella levantó la mirada hacia mí.

—Gracias por no huir todavía.

—¿Todavía?

—Bueno, mañana hay karaoke.

—Entonces… quizá huya pasado mañana.

Ella rio otra vez. Y ese sonido, entre la nieve y el silencio, valía más que cualquier tregua.

—Pasado mañana es la boda.

—La boda. Ah, sí, por esto estamos aquí.

—Por eso estamos aquí… —Nos acercamos unos centímetros y… el reno volvió a inflarse por arte de magia.

Cuando volvimos a entrar, la abuela ya dormía en el sillón, con el perro en el regazo y una sonrisa de satisfacción.

Carl roncaba abrazado al micrófono.

Claudia y yo nos miramos, agotados, congelados, felices.

—¿Crees que algún día tendremos una noche normal? —preguntó.

—No. Pero al menos serán divertidas.

Y sí, pensé mientras subíamos las escaleras, si el amor empieza en el caos… el nuestro estaba condenado a ser épico.

Capítulo 15:
Gremlins, suspiros y una guerra de nieve en pijama

Claudia

Lo admito: a esas alturas ya no dormía bien.

Ni por el frío. Ni por la abuela. Ni por el reno inflable que Carl seguía encendiendo de madrugada porque "la versión nocturna tiene más alma".

No dormía bien porque la tensión entre Ethan y yo se había vuelto algo físico, algo que podía respirarse, tocarse… o intentar ignorar hasta que explotara.

Y esa noche estuvo a punto de explotar.

Subimos a la habitación en silencio, sin calma alguna.

La casa entera estaba dormida, envuelta en ese rumor de calefacción vieja y copos de nieve.

Ethan se quitó la chaqueta, aflojó el cuello del jersey y me miró de reojo.

—¿Crees que el reno volverá a despertar? —preguntó.

—Si Carl respira, es posible.

—Tendremos que sacrificarlo.

—¿A Carl o al reno?

—A los dos, por si acaso.

Reí.

Él también, aunque lo disimuló muy mal.

Nos quedamos frente a frente, a medio metro de distancia.

El tipo de distancia que se siente más peligrosa que cualquier contacto.

Podía oír su respiración. Ver cómo la mirada le bajaba, subía, volvía a mis ojos y se detenía.

—Claudia —dijo mi nombre en voz baja, casi un suspiro.

—¿Sí?

—Nada. —Sonrió, tenso.

Se dio la vuelta para apagar la luz, pero tropezó con la alfombra y yo lo agarré por reflejo.

Y ahí estábamos, medio abrazados, riéndonos en voz baja como dos adolescentes atrapados.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Creo que la alfombra me odia.

—No eres su tipo.

Me miró. Yo lo miré.

El silencio volvió, espeso, denso, lleno de todo lo que ninguno se atrevía a decir.

—Vas a congelarte —murmuré, sin saber por qué.

—Estoy bien —respondió, pero su voz era otra, más baja, más lenta.

Un paso más cerca. Un segundo más de insensatez.

Su mano rozó la mía, apenas, pero bastó para que me quedara sin aire. Y, sin encontrarle explicación, dio un paso hacia atrás.

—¿Sabes? Cada noche en la casa Vega tiene un patrón predecible: Cenas copiosas. Abuela feliz. Caos absoluto. Cero descanso. Un ex del instituto. Un vecino inusual. Empiezo a pensar que tu familia está en nómina de Netflix.

—No les des ideas, podrían vender los derechos.

—Sería rentable.

—Y peligroso.

Se sentó al borde de la cama. Llevaba el autocontrol como quien lleva una corbata invisible.

—¿Qué? —pregunté, nerviosa.

—Nada. —Sonrió apenas—. Intento recordar cómo se respiraba antes de entrar en esta casa.

—Mala suerte. Aquí nadie respira normal.

Él rio. Y, de repente, el silencio se hizo más íntimo.

Las camas estaban demasiado juntas, la luz demasiado tenue, el mundo demasiado quieto.

Podía sentir el calor de su cuerpo incluso sin tocarlo.

Y eso era, sin duda, un problema.

—Ethan…

—Mmm.

—No te acerques.

—No me he movido.

—Pero estás pensando en hacerlo.

—Puede ser.

Tragué saliva.

—Pues haz lo de antes. Da un paso atrás.

—¿Por qué?

—Porque… porque hay reglas.

—Las hiciste tú.

—Entre los dos. Y tú las firmaste.

—Y ahora quiero renegociarlas. —Su voz bajó una octava.

Yo respiré más despacio.

Un paso, un gesto, y estábamos a medio segundo del desastre perfecto. O del beso que no debía ocurrir. Y entonces, como si el universo se negara a dejar que algo bonito floreciera en paz…

ZzzzzzzZZZZZZZZZZ…

Un ruido extraño, mecánico, vibrante, invadió la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó Ethan.

—No lo sé. Suena a enjambre.

—¿Tienes abejas domésticas?

—No que yo sepa.

El zumbido se acercó.

Hasta que una sombra pasó frente a la ventana.

Una sombra con luces rojas y verdes.

—Dime que eso no es lo que creo que es —susurró él.

—Depende. ¿Qué crees que es?

—Un dron.

—Entonces sí. Es exactamente lo que crees.

Me acerqué a la ventana y vi, efectivamente, un dron dando vueltas en espiral frente a la casa.

Y al lado, en el jardín, los gemelos con auriculares y una linterna.

—¡Funciona! ¡Funciona! —gritaba uno.

—¡Activa el modo visión nocturna! —ordenaba el otro.

—Nos están vigilando —informó Ethan.

El dron se elevó, dio una vuelta y…

¡PFFFF!

Una nube de brillo, confeti y polvo dorado entró directamente por nuestra ventana abierta, que la había abierto él. Para vigilar también.

Una lluvia de purpurina que nos cubrió a los dos de pies a cabeza.

Ethan parpadeó, incrédulo.

Yo intenté no reírme.

Fracaso total.

—No —dijo, muy serio—. No te rías.

—Lo intento, te lo juro.

—No lo parece.

—Es que brillas —dije entre carcajadas—. Brillas literalmente.

—Estupendo. —Se miró las manos—. Soy un adorno humano.

—Un adorno muy caro.

—Un adorno enfadado.

Abajo, se oyeron gritos triunfales:

—¡Objetivo cubierto de purpurina confirmado! ¡Navidad nivel experto!

Ethan se acercó a la ventana.

—¡Mathew! ¡Liam! ¡Lucas! —rugió—. ¡Os quedan diez segundos para desaparecer del mapa!

—¡Retirada estratégica! —gritó uno.

—¡Misión cumplida! —añadió el otro.

El dron descendió en picado y se estrelló contra el porche, dejando un reguero brillante como si un unicornio hubiera explotado allí.

Ethan se pasó la mano por el pelo.

—Voy a necesitar terapia.

—Y champú con disolvente —añadí.

Nos miramos y, sin poder evitarlo, los dos empezamos a reírnos. De esa risa que te quita el aire y te deja flojo, sincera, contagiosa.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo, aun sonriendo—. Que ahora entiendo por qué te gusta tanto esta locura.

—¿Ah, sí?

—Sí. Nadie sobrevive aquí sin rendirse un poco.

Su voz sonó suave, con ese tono entre rendición y deseo que ya me conocía.

Dio un paso hacia mí. Yo no me moví.

Ambos cubiertos de purpurina, riendo, brillando bajo la luz tenue.

Si me hubiera besado en ese momento, habría sido perfecto.

Pero el destino, otra vez, tenía otros planes.

La puerta se abrió de golpe.

—¡SORPRESA! —gritó la abuela, asomando con una cámara en la mano—. ¡Os he pillado! ¡Portada para las invitaciones!

Nos quedamos congelados.

Ella parpadeó.

—¿Qué es todo esto?

—Purpurina —dije.

—¿Purpurina? —repitió.

—Decorativa. Experimental.

Ethan levantó un dedo.

—Ha sido el dron.

—Ah, estupendo —dijo la abuela, sonriente—. Entonces la foto será temática: El amor brilla.

Y clic.

Flash.

Inmortalizados.

Cuando por fin cerró la puerta, Ethan exhaló.

—Voy a mudarme a otro continente.

—Estás brillante, no te servirá de camuflaje.

—Te recuerdo que eres cómplice.

—Y tú que estás sonriendo.

—No estoy… —se detuvo, suspiró—. Está bien, sí. Pero es que esto es absurdo.

—La vida en Vermont lo es.

Nos quedamos así, riendo, brillando, exhaustos.

Y aunque no nos tocamos, hubo un segundo —solo uno— en que ambos supimos que estábamos perdidos.

A la mañana siguiente, toda la casa amaneció cubierta de purpurina.

El perro.

Las cortinas.

El café.

Incluso el reno inflable.

Y la abuela, al pasar por el pasillo, murmuró feliz:

—Vaya, por fin algo de glamour en esta familia.

Yo me reí sola.

Y desde el otro lado del pasillo, cubierto de brillo y paciencia, Ethan también.

Capítulo 16:
Karaoke, drama y un dueto que nadie vio venir

Claudia

Si alguien me hubiese dicho hace una semana que mi vida acabaría convertida en un festival de luces, purpurina y micrófonos, me habría reído en su cara.

Pero allí estaba yo, en el salón de la abuela, con un ponche sospechosamente fuerte en la mano y Carl afinando la guitarra como si fuera Bon Jovi.

—¡Bienvenidos al primer Karaoke de amor navideño! —gritó Carl, sujetando el micrófono con más entusiasmo del que merecía el

momento—. Organizado por nuestra queridísima anfitriona, la señora Vega, que ya ha pedido reservar el primer turno.

La abuela hizo una reverencia y subió al "escenario" improvisado —una alfombra y dos focos de Ikea— con su bata de flores y un gorro de Papá Noel.

—Esta va dedicada a todos los que todavía creen en el amor —dijo, mirando a Ethan y a mí.

—Esto huele a trampa —murmuró él.

—A trampa, a canela y a desastre —añadí.

La abuela empezó a cantar All I Want for Christmas Is You con una energía que haría llorar a Mariah Carey.

El perro ladraba, los gemelos aplaudían fuera de ritmo, y Mathew grababa la escena para "archivos históricos".

Yo bebí un sorbo de ponche.

Ethan me lo quitó.

—Esto parece gasolina.

—Y sabe igual.

—Voy a necesitarlo si me obligan a cantar.

Después de la actuación estelar de la abuela, llegó el turno de Bea y Mathew, que destrozaron Last Christmas pero ganaron aplausos por actitud.

Luego Nate subió al escenario con una guitarra, sonrisa de anuncio y mirada directa a mí.

—Esta canción —dijo, con voz de película— es para alguien que siempre será parte de mis Navidades.

Ethan se tensó.

Yo quise evaporarme.

Nate empezó a cantar Perfect de Ed Sheeran.

Y hay que admitirlo: no lo hacía mal.

El problema era el público.

La abuela llorando.

Carl con la linterna del móvil encendida.

Y Ethan con la mandíbula tan apretada que juraría que el diente le hacía ruido.

—¿Estás bien? —le susurré.

—Sí. Solo estoy calculando las probabilidades de que se le rompa una cuerda en la cara.

—Ethan.

—Lo siento. Me sale solo.

Cuando Nate terminó, los aplausos fueron exagerados.

La abuela lo abrazó.

—¡Qué romanticismo! ¡Qué sentimiento! ¡Qué voz!

—Gracias —dijo él—. Pero aún falta el gran número de la noche.

Lo miré, desconfiando.

—¿Qué gran número?

—El dueto —intervino Carl, entusiasmado—. ¡Ethan y Claudia, al escenario!

—No. —Ethan y yo lo dijimos al unísono.

—Sí —replicó la abuela, con autoridad de general—. Ya os he elegido canción.

—No pienso…

—Claro que sí. —Carl pulsó un botón y la música empezó:

"Baby, It's Cold Outside."

Perfecto.

Un clásico con subtexto.

—Esto es una emboscada —susurró Ethan mientras subíamos al escenario.

—Sí, y no tenemos salida.

—Entonces que sea digna.

La música arrancó. Yo canté la primera línea, algo desafinada por los nervios. Ethan me miraba con media sonrisa, fingiendo indiferencia.

Cuando le tocó su parte, lo hizo con voz grave, contenida, como si cada palabra fuera una provocación calculada.

—I really can't stay…

—Baby, it's cold outside…

El público coreaba, Carl grababa, la abuela lloraba (otra vez).

Y nosotros… empezamos a olvidarnos de que era una broma.

En algún momento entre la segunda estrofa y el estribillo, algo cambió.

Dejó de ser un juego.

La distancia se acortó.

Ethan me miraba como si la letra fuera verdad, y no parte del espectáculo.

Yo también.

—My mother will start to worry…

—Beautiful, what's your hurry?

La voz se me quebró un poco, y él lo notó. Sonrió, con ese gesto que desarma. Y de pronto, estábamos demasiado cerca. El público gritó, pero ya no los oía. Solo sentía el calor de su mano, la tensión suspendida, el aire a punto de romperse. Y justo entonces, algo cayó del techo.

¡PLOF!

Una lluvia de espuma artificial cubrió el escenario. Carl había activado la máquina de nieve demasiado pronto. El salón se llenó de espuma, luces y caos absoluto.

Los gemelos gritaban de emoción.

La abuela bailaba bajo la nevada.

Y Nate, en un intento de ayudar, tropezó con el cable de sonido y tumbó el árbol de Navidad.

Ethan y yo nos miramos, empapados en espuma, con luces de colores parpadeando detrás. Y empezamos a reírnos. De verdad. De esa risa limpia, imposible de contener.

—Creo que esto resume bastante bien tu familia —dijo, riendo.

—¿Caos absoluto?

—Caos encantador.

El público nos aplaudía, Carl gritaba "¡final feliz!", y la abuela gritó desde el sofá:

—¡Y esto, niños, es el amor verdadero!

Más tarde, cuando todos se fueron a dormir y el salón parecía una escena de guerra navideña, Ethan y yo nos quedamos recogiendo los restos del desastre.

—Creo que sobrevivimos —dijo.

—Y salimos con dignidad.

—No. Pero con espuma.

Se detuvo, mirándome, con el cabello todavía brillante por la nevada artificial.

—He cantado en público, me han tirado purpurina, me ha atacado un reno inflable y me han hecho bailar bajo nieve falsa.

—Bienvenido a mi familia.

—Y aun así —añadió, en voz baja—, no quiero irme.

No supe qué decir.

Así que solo sonreí.

—Tranquilo, mañana tenemos el bingo romántico.

—¿Bingo romántico?

—Cortesía de la abuela.

—Genial —suspiró—. Ya no necesito terapia.

Pero seguía sonriendo. Y yo también. Porque, aunque el mundo se desmoronara a base de karaoke, espuma y locura, había algo en aquella casa que empezaba a sentirse peligrosamente parecido a la felicidad.

Capítulo 17:
Miradas cruzadas y un error bajo las luces del jardín

Claudia

A veces las cenas familiares son un deporte de riesgo. En la mía, una disciplina olímpica. La abuela había transformado el comedor en

un altar navideño: mantel rojo, velas, un centro de mesa con ramas de pino y bolas doradas, y tanta comida que habríamos podido alimentar a toda Vermont. Los gemelos habían colocado tarjetas con nombres para que "nadie discutiera por los asientos", lo cual era adorable, salvo porque eso significaba que yo estaba justo entre Ethan y Nate.

El destino, o la abuela, o ambos.

Porque estoy segura de que ella lo planeó.

—Brindemos —dijo, alzando la copa antes incluso de que nos sentáramos—, por los reencuentros y las segundas oportunidades.

Ethan levantó la suya sin apartar los ojos del plato.

Nate sonrió y me miró con ese brillo nostálgico que, en cualquier otro momento, habría resultado tierno. Ahora solo me parecía incómodo.

La conversación fue, al principio, inofensiva. Bea y Mathew discutían por los adornos del árbol, Carl contaba su versión heroica del karaoke y los gemelos intentaban convencer a todos de que el perro sabía hacer trucos.

Pero bastó que la abuela sacara el primer plato para que la situación se volviera combustible.

—Nate, cariño, cuéntanos a qué te dedicas ahora —pidió ella, con tono de entrevistadora de sobremesa.

Él sonrió, encantador. Ethan se tensó a mi lado.

—Trabajo en el colegio del pueblo. Educación física, pero también ayudo con proyectos deportivos. Intento que los niños salgan del móvil y vuelvan al balón.

—Qué bonito —dijo mi madre.

—Y muy necesario —añadió mi padre.

—Sobre todo con este frío —comentó la abuela—. Aunque, claro, tú siempre fuiste de los que se quitan la camiseta por cualquier excusa.

Todos rieron.

Ethan no.

Se limitó a clavar el cuchillo en el pavo con la precisión de un neurocirujano.

—¿Y tú, Ethan? —preguntó Carl, que no tiene instinto de supervivencia—. ¿Sigues construyendo rascacielos?

—Cuando puedo —respondió él, sin levantar la vista.

—Debe de ser emocionante.

—No especialmente. Son solo edificios.

—Pero grandes, ¿no? —insistió Carl, que al parecer había decidido morir esa noche.

—Muy grandes —respondió Ethan, y le cortó el paso a la conversación con una sonrisa tan fría que hizo bajar la temperatura de la habitación tres grados.

Nate, en cambio, parecía disfrutar del silencio.

—¿Sabes qué echo de menos? —dijo, mirándome—. Aquellas tardes en el embarcadero, cuando te sentabas a leer y fingías que no te dabas cuenta de que te observaba.

—No fingía —intenté mantener el tono ligero—. Simplemente te ignoraba.

—Lo recuerdo —contestó él, riéndose.

—Qué romántico —ironizó Bea.

La abuela, encantada con el drama, añadió:

—Siempre me parecisteis tan guapos juntos.

Ethan dejó los cubiertos con un ruido seco.

No fue un golpe.

Fue… control contenido.

Y ese control suyo, tan exacto, tan pulido, dolía más que una escena de celos abierta.

—A veces el pasado es solo eso, abuela —intenté cerrar el tema.

—Ay, hija, el amor no entiende de tiempos —respondió ella, emocionada.

Ethan levantó la copa y bebió. Lento. Con una calma que no engañaba a nadie.

Después de los postres, vino el desastre.

Carl propuso brindar "por los amores que vuelven" (gracias, Carl), los gemelos corrieron alrededor de la mesa con bengalas (gracias, fuego), y la abuela se quedó dormida en el sofá, con el perro en brazos, como todos los días.

El resto fue una dispersión progresiva: Bea y Mathew se retiraron a discutir en voz baja, mis padres a fregar cantando villancicos, y Nate me siguió cuando salí al jardín.

El aire estaba helado, pero se sentía limpio después del bullicio.

Las luces del porche lanzaban reflejos dorados sobre la nieve.

Durante unos segundos, me olvidé de todo.

Hasta que oí su voz.

—No has cambiado tanto, ¿sabes?

Me giré.

Él traía dos copas de vino.

Sonreía de ese modo amable, seguro, que en otra vida me habría bastado.

En esta, solo me generaba nostalgia y una pizca de incomodidad.

—No deberías estar aquí —acepté la copa para no parecer grosera.

—El jardín es grande. Podemos compartirlo.

—No me refería al lugar. —Río, suave.

—Siempre fuiste directa. Me gustaba eso. —Bebió un sorbo—. He pensado mucho en ti, Clau. En cómo te fuiste sin despedirte.

—Fue hace diez años.

—Sí, pero hay cosas que no caducan.

—Sí que lo hacen —respondí, más rápido de lo que pretendía.

Y lo miré con claridad por primera vez.

Ya no era el chico que conocí.

Yo tampoco era la misma.

—Nate —traté de sonar amable—. No hagas esto.

—Solo quiero cerrar un círculo.

—No hay círculo que cerrar.

Él sonrió, triste.

—Tal vez solo necesito comprobar que sigues siendo real.

Y, antes de que pudiera moverme, se inclinó y me besó. Fue un beso breve, torpe, casi de despedida. No tuvo el fuego del deseo ni la ternura de los recuerdos. Fue más bien un punto final escrito con un gesto equivocado.

Yo lo aparté despacio, sin enfado.

—No deberías haber hecho eso.

—Lo sé. Pero necesitaba hacerlo.

Y justo en ese momento, lo vi.

A unos metros, entre el reflejo de las luces y la nieve, estaba Ethan.

Quieto.

De pie.

Con la mirada clavada en nosotros.

No sé cuánto tiempo llevaba ahí.

Un segundo.

Un minuto.

Una eternidad.

El aire se volvió más frío.

Los latidos más ruidosos.

No dijo nada, y eso fue lo peor.

Porque cuando un hombre como Ethan calla, el silencio pesa más que cualquier palabra.

—Ethan… —empecé, dando un paso hacia él.

Nada.

Ni un gesto.

Solo una mirada seca, contenida, con esa mezcla de incredulidad y orgullo herido que duele porque sabes que no lo merece, pero tampoco puedes evitarlo.

Dejó la copa sobre la barandilla.

Con calma.

Demasiada calma.

Y se dio la vuelta.

No hubo portazo.

Solo el sonido sordo de la puerta cerrándose con un clic tan suave que dolió.

Nate bajó la mirada, incómodo.

—No era mi intención complicarte la vida.

—Pues lo has conseguido igual.

Suspiró.

—Él te quiere.

—No digas eso.

—No hace falta decirlo. Se le nota hasta cuando no te mira.

Miré hacia la casa, donde las luces seguían encendidas y, a través de las cortinas, se veía el reflejo del árbol de Navidad.

Todo parecía igual.

Y, sin embargo, algo había cambiado.

—Buenas noches, Nate —dije, sin mirarlo.

Me quedé sola un momento más, bajo el cielo blanco, intentando procesar lo que acababa de pasar.

No lloré.

No hacía falta.

Solo sentí ese vacío que aparece cuando te das cuenta de que, incluso sin hacer nada malo, puedes romper algo que no sabías que te importaba tanto.

La nieve empezó a caer con más fuerza.

Me cubrió los hombros, el cabello, las manos.

Fría.

Silenciosa.

Como si intentara borrar la escena.

Pero hay cosas que ni siquiera la nieve puede tapar.

Porque aquel beso no significó nada.

Y, sin embargo, lo cambió todo.

Capítulo 18:
Noche de nieve, orgullo y rendición

Ethan

La vi. No porque quisiera, sino porque el universo, en su infinita ironía, decidió que debía estar justo ahí, en el momento exacto en que Nate Reed inclinaba la cabeza hacia ella bajo las luces del jardín. Vi cómo él la besaba, cómo ella no lo apartaba de inmediato, y cómo todo mi sentido común se congelaba de golpe. Fue un beso torpe, breve, inofensivo incluso, pero suficiente para desatar un incendio en mi pecho. Uno de esos que no sabes si apagar o dejar arder por puro orgullo.

Ella me vio enseguida. Dio un paso, el gesto lleno de sorpresa y algo parecido al miedo.

—Ethan... —murmuró, apenas audible.

No la escuché. No quería. No porque no me importara, sino porque me importaba demasiado. Entré en la casa sin decir una palabra. El calor me golpeó en la cara, pero dentro hacía el mismo frío que en el jardín. Pasé junto al árbol, esquivé al perro, cogí el abrigo del perchero y las llaves, y salí por la puerta de la cocina. Sin mirar atrás. Si la hubiera mirado, me habría quedado.

La nieve me recibió con un silencio tan perfecto que dolía. Caminé sin rumbo, con las manos hundidas en los bolsillos y el pensamiento clavado en la escena de hace un minuto. No tenía derecho a enfadarme. No éramos una pareja, ni siquiera una mentira romántica creíble. Éramos un contrato, un trato de conveniencia con cláusulas y plazos definidos. Y, aun así, me dolía. La lógica decía que no, el corazón no firmó ese acuerdo. Por eso estaba caminando bajo una nevada, hablando solo, y odiando con todas mis fuerzas a un tipo que probablemente ni recordaba mi nombre. En algún punto del paseo me crucé con otro reno inflable. Se llevaba en el pueblo. Este decía que el amor en Navidad se multiplica.

—Sí, claro —murmuré—. Excepto el sentido común.

Volví a la casa cuando ya no sentía los dedos. Las luces estaban apagadas, todos dormían. Subí las escaleras en silencio, intentando no hacer ruido, y abrí la puerta de la habitación con cuidado. Ella estaba despierta. Sentada en la cama, con la manta sobre los hombros, el pelo suelto y los ojos fijos en la ventana. Se giró al oírme y su voz sonó cansada, suave, como si llevara horas ensayando la frase.

—Has tardado.

—He salido a respirar.

—Sin abrigo.

—El orgullo calienta más que la lana. —Respiré—. Pero sí lo llevaba. Lo he dejado abajo.

Frunció los labios y dejó escapar un suspiro.

—Déjame explicarte.

—No hace falta. Lo vi.

—No fue lo que parecía.

—Ah, estupendo. Entonces fue peor.

Se levantó con un movimiento rápido, molesta, el orgullo en la misma temperatura que el mío.

—No fue un beso, Ethan. Fue… un cierre.

—Qué término tan elegante. Lo usaré en el próximo contrato.

—No te atrevas a burlarte.

—No me burlo, Claudia. Solo intento entender la estrategia de relaciones públicas.

—No tienes por qué estar enfadado.

—No lo estoy.

—Te tiembla la mandíbula.

—Es frío.

—Estamos dentro.

—Entonces será culpa tuya.

—¿Mi culpa? —alzó la voz, incrédula.

—Sí, porque firmé un contrato contigo pensando que podría mantener las distancias.

—Y podías.

—Podía. Hasta hoy.

Nos quedamos callados. Podía oír su respiración, rápida, irregular.

—Mañana es Nochebuena —dijo al fin, cruzándose de brazos—. Y pasado, Navidad. Nuestra boda falsa.

—Lo sé.

—Se celebrará tal y como firmamos.

—Perfecto.

—Y después volveremos a Nueva York.

—Ideal.

—Mantendremos la farsa el tiempo que haga falta.

—Por supuesto.

—Y cada uno hará su vida.

—Genial.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

—Eso es lo que acordamos.

—No te he preguntado eso.

—No importa lo que quiera.

—Sí importa.

—¿Y tú qué quieres, Ethan? —preguntó, alzando la voz lo justo—. ¿Seguir fingiendo que no te importa o admitir que te asusta sentir algo?

No la miré.

—Me asusta haber perdido el control.

—Nunca lo tuviste —dijo, y lo peor fue que tenía razón.

Dio un paso hacia mí, tan cerca que pude oler su perfume, ese aroma a algo cálido y dulce que siempre me desarma.

—No puedes mirarme así y pedirme que mantenga las distancias.

—Y tú no puedes besarme así y pretender que no signifique nada.

—No fue solo un beso.

—Entonces haz que lo sea.

Y lo hice. No pensé, no calculé. La tomé por la cintura y la besé como quien se rinde después de una guerra que ya no quiere ganar. Ella respondió igual, con rabia, con alivio, con ganas. No fue un beso medido ni elegante, fue real. La empujé contra la pared, y ella rio entre suspiros.

—Eres insoportable.

—Y tú peligrosa.

—Perfecta combinación.

La tensión se desbordó. No fue un movimiento consciente, fue instinto. Ella me buscó el cuello, yo la espalda. Cada roce era una disculpa y una provocación al mismo tiempo. Entre el caos, se nos escapó la risa, porque así somos: incapaces de hacer nada sin ironía.

Cuando por fin el silencio volvió, el bueno, el de después, ella descansaba con la cabeza sobre mi hombro y una media sonrisa que me rompía y me salvaba al mismo tiempo. Yo miraba el techo, sin poder dormir. Mañana sería Nochebuena, pasado Navidad, y después volveríamos a Nueva York, a la rutina, al contrato. Fingiríamos que nada de esto había pasado, que todo seguía igual. Pero ya no había nada igual. Porque lo que empezó como un acuerdo se había

convertido en algo que no cabía en ninguna cláusula. Y por primera vez en años, supe que estaba perdido. Voluntariamente perdido.

Capítulo 19:
Nochebuena, mercado y una confesión bajo la nieve

Claudia

Desperté con el sonido de la cafetera y un silencio extraño. El tipo de silencio que no debería existir en una casa llena de Vega, pero que anunciaba problemas o resacas morales. Me giré y lo vi, sentado al borde de la cama, sin camiseta, con el móvil en la mano y esa expresión de concentración que parece una excusa para no mirarme.

El recuerdo de la noche anterior me golpeó como un flashback incómodo y perfecto. El beso, la discusión, el desastre emocional que vino antes… y después.

—Buenos días —dije, con voz ronca.

—Buenos días. —No levantó la vista del móvil—. Ha nevado toda la noche.

—Qué romántico. —Me estiré, envuelta en la manta—. ¿Qué tal dormiste?

—Regular. El colchón cruje más que la conciencia.

—A mí me duele todo.

—Normal. —Se giró, y su mirada se suavizó apenas—. Ayer fue… mucho.

Asentí. Ayer fue demasiado de todo: palabras, orgullo, piel. Todo mezclado.

Llamaron a la puerta antes de que pudiera responder. La voz de la abuela, alegre como una alarma de villancico, retumbó por la casa.

—¡Arriba los tortolitos! ¡Es Nochebuena y necesito refuerzos!

Nos miramos con esa complicidad que se da entre dos personas que no pueden explicar lo que pasó y tampoco quieren negarlo.

La cocina olía a tortitas, chocolate y locura organizada. Los gemelos corrían en pijama, el perro ladraba con entusiasmo, y la abuela repartía órdenes con la autoridad de un general soviético en versión navideña.

—Necesito que alguien vaya al pueblo —anunció, batiendo huevos —. Se me ha acabado el azúcar glas, la nata y, por algún motivo inexplicable, el sentido común.

—Yo puedo ir —ofrecí.

—No, tú no vas sola —replicó, sin levantar la vista—. Que te acompañe tu marido.

—No es mi marido todavía.

—Pues que te acompañe igual. Es Navidad, no la ONU.

Ethan apareció en ese momento, perfectamente vestido, bufanda gris, aire de ejecutivo infiltrado en una película de Netflix.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que te vas con Claudia al pueblo —contestó la abuela, dándole una lista kilométrica—. Y si ves a Nate, le dices que venga esta noche al ensayo general de la boda.

—¿Cómo? —preguntamos a la vez.

—Ensayo general. Con brindis, música y ponche. Lo normal.

—Es Nochebuena —apunté.

—Y mañana Navidad. El día de vuestra boda. No tenemos tiempo.

Ethan me miró. Yo me encogí de hombros. Resistirse era inútil.

El pueblo estaba precioso. Nieve, luces colgando de las farolas, olor a pan recién hecho. Parecía sacado de una comedia romántica de bajo presupuesto, pero con presupuesto en decorado. Thor trotaba delante de nosotros con un jersey de renos que la abuela insistió en ponerle.

—Esto parece un anuncio de turrón —dije.

—Uno muy caro —respondió Ethan—. Con protagonista que finge que no le gusta la Navidad.

—Y que en el fondo la adora.

—Eso todavía está por ver.

La tienda del pueblo era un híbrido entre supermercado, mercería y confesionario social. Apenas cruzamos la puerta, la dependienta nos reconoció.

—¡Los recién comprometidos! —exclamó—. ¡Feliz Nochebuena!

—Llevamos unos meses prometido, pero no hablamos de nuestra vida privada —intenté aclarar, pero ya era tarde.

—¡Ah, qué graciosos! —rio—. Lo mismo me dijo la abuela cuando llamó ayer para reservar nata doble.

Ethan soltó un suspiro tan resignado que la dependienta creyó que era ternura.

—Qué hombre tan paciente, hija. No lo pierdas. Los de ciudad duran poco aquí.

Yo me sonrojé. Él sonrió de medio lado, disfrutando demasiado del espectáculo.

Mientras esperábamos el turno en la caja, vi a Nate entrando por la puerta con una caja de vino y su eterna sonrisa de chico encantador.

—¡Clau! —saludó, acercándose—. Justo iba a buscarte.

Ethan giró la cabeza despacio, sin perder la compostura.

—Qué coincidencia —dijo, como si coincidencia fuera sinónimo de catástrofe.

—¿Vienes al ensayo de esta noche? —pregunté, intentando mantener la paz.

—Claro, la abuela me lo pidió. Y no se le dice que no a la señora Vega.

Ethan asintió, frío como el hielo que cubría las aceras.

—Una mujer persuasiva.

—La mejor —contestó Nate—. ¿Os ayudo con las bolsas?

—No hace falta —respondió Ethan antes de que yo abriera la boca.

—Tranquilo, Blake, no muerdo.

—No lo dudo —dijo él, sin sonreír—, pero no me gusta compartir tareas.

Thor ladró justo entonces, como si quisiera suavizar el ambiente o atacar al más tenso. La dependienta los miró con los ojos brillantes de quien huele un triángulo amoroso.

—Qué bonito —murmuró—. Como en las películas. Dos hombres, una mujer y un perro en Nochebuena.

Yo habría pagado por desaparecer.

El camino de vuelta fue silencioso. Thor dormía en el asiento trasero, ajeno al drama humano. Ethan conducía con el ceño fruncido, la mandíbula tensa, la mirada fija en la carretera.

—¿Vas a decir algo o vas a practicar el voto de silencio? —pregunté al fin.

—No hay nada que decir.

—Mentira. Llevas diez minutos sin parpadear.

—Estoy concentrado.

—En odiar a Nate.

—No lo odio. Solo me irrita su existencia.

—Eso se llama celos.

—No. Se llama diagnóstico preventivo. Ese tipo no ha cambiado: sigue queriendo lo que no puede tener.

Me giré hacia él.

—¿Y tú qué quieres?

Tardó en responder.

—Pensaba que lo sabía. Que era simple. Un trato, una farsa, unas semanas de calma antes de volver a la realidad. Pero luego… apareciste tú.

—Yo ya estaba.

—No así.

El tono de su voz me desarmó. No era el Ethan sarcástico ni el CEO que daba miedo. Era otro.

—No sé cómo gestionar esto —admitió.

—¿Esto?

—Enamorarme. —Giró la cabeza, y sus ojos, grises, sinceros, me dejaron sin aire—. No lo esperaba. No quería. Pero ya está.

El silencio que siguió fue tan intenso que ni los villancicos del pueblo lograron colarse.

La nieve caía despacio, como si escuchara.

—Ethan… —susurré.

Él frenó junto al camino, apagó el motor y se quedó mirándome.

—No tienes que decir nada. Solo… no lo niegues.

No lo hice. No podía.

Él se inclinó, despacio, y me besó.

Fue un beso distinto. Sin rabia, sin orgullo. Con ternura. Con verdad.

La nieve golpeaba el parabrisas como un aplauso mudo.

Thor ladró en el asiento trasero, rompiendo la magia justo a tiempo para que nos riéramos los dos.

—Siempre interrumpiendo —murmuró Ethan.

—Es el espíritu navideño —respondí, sonriendo.

Nos quedamos un rato allí, en silencio, con la nieve cayendo alrededor y la sensación de que, por fin, todo tenía sentido.

Cuando regresamos, la casa estaba llena de ruido, risas y olor a ponche. La abuela nos esperaba en el porche, envuelta en luces como si fuera el árbol principal.

—¿Habéis encontrado todo? —preguntó, examinándonos.

—Todo —respondí.

—¿Y el amor? —añadió, sonriendo.

Ethan soltó una risa breve.

—Eso también.

La abuela los miró a ambos con esa sabiduría ancestral de quien sabe mucho más de lo que dice.

—Perfecto. Entonces esta Nochebuena promete.

Y sí. Prometía.

Porque esa noche, bajo la nieve y las luces del pueblo, sin darnos cuenta, Ethan y yo dejamos de fingir.

Capítulo 20:
Ensayo de boda, ponche y un brindis peligroso

Claudia

La cena de Nochebuena en casa de los Vega no es una cena. Es un evento de supervivencia con final incierto. Desde las cinco de la tarde, la casa olía a pavo, especias y pánico. La abuela llevaba el mando de operaciones, los gemelos habían declarado la guerra al espumillón, y Thor, el perro, se había comido media bandeja de galletas "para catar la calidad".

Ethan, en cambio, parecía perfectamente compuesto, como si estuviera a punto de presentar un informe ante el consejo de administración. Llevaba camisa blanca, las mangas remangadas y esa mirada suya que combina paciencia y resignación. Yo, por mi parte, había decidido rendirme: vestido rojo, copa en mano y esperanza de que el ponche hiciera su trabajo.

—¡Familia! —gritó la abuela desde el salón—. ¡Todos a la mesa, empieza el ensayo general!

Nos miramos. Ethan arqueó una ceja.

—¿Ensayo de qué?

—De la boda. ¿Se te ha olvidado? —respondí, sin emoción.

—Perfecto —murmuró—. Ya nada puede sorprenderme.

La mesa parecía el escaparate de una tienda de Navidad con sobredosis de purpurina. Había velas, renos, un centro con luces parpadeantes y un cartel brillante que decía Ensayo de Amor Verdadero. La abuela se sentó en el centro, con Thor a sus pies, vestida de dorado como si fuera a presentar las campanadas.

—Queridos hijos y futuros yernos —empezó—, esta noche no es una cena cualquiera. Esta noche celebramos el amor, la unión y el hecho de que mi nieta, por fin, ha encontrado a un hombre que no huye ante la palabra compromiso. Y todo esto antes de morirme.

—Mamá, ¿vas a morirte? —intervino mi hermana.

—Aún no, pero… siento aquí un cosquilleo —se tocó el corazón.

Ethan levantó la copa sin mirar a nadie.

—Brindo por su talento para exagerar.

—Brindo por sobrevivir a esto —añadí.

Carl, el maestro de ceremonias no oficial, se levantó con el micrófono inalámbrico (que nadie recuerda haberle dado).

—Queridos comensales, bienvenidos al primer Ensayo de Boda Vega. A mi derecha, los novios; a mi izquierda, la familia, mis

vecinos, también mi familia.

Bea le lanzó una servilleta.

—¡Calla y sirve el ponche!

La abuela dio tres palmadas.

—¡Música!

Y, por supuesto, empezó a sonar Love Is in the Air.

El primer brindis fue inocente. El segundo, innecesario. El tercero, peligroso.

Nate llegó con el tercero.

Vestido con jersey verde y sonrisa neutral, se disculpó con la abuela por el retraso, saludó a todos y se sentó justo frente a Ethan. Perfecto.

—¿Todo bien? —le preguntó a Ethan, con ese tono amable que en realidad es una provocación con envoltorio navideño.

—Perfectamente —contestó él, con sonrisa de hielo.

—Me alegro. No todos soportan la energía de esta casa.

—He aprendido a sobrevivir a los entornos hostiles.

—Bien por ti.

La abuela, ajena al campo de minas que acababa de plantar, levantó la copa.

—Brindemos por el amor.

—Por el amor —repitió toda la mesa.

—Y por los ex que siguen siendo parte de la familia —añadió, mirando a Nate.

Yo estuve a punto de atragantarme. Ethan se tensó.

—¿Perdón? —pregunté.

—Ay, hija, no te pongas celosa. Nate es como un hijo para mí.

—Genial —murmuró Ethan—. Familia extensa. Qué maravilla.

Carl aprovechó la distracción para proponer "una dinámica".

—Vamos a practicar el brindis de la boda. Los novios se miran, dicen algo bonito y luego brindan.

—No, Carl —dije.

—Sí, Carl —corrigió la abuela.

Ethan me miró. Esa media sonrisa suya, entre resignación y reto, se le escapó sin permiso.

—¿Algo bonito, eh? —susurró.

—Ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

Se levantó, copa en mano.

—A ver, según las normas, tengo que decir algo bonito sobre mi futura esposa. —Hizo una pausa, mirándome con descaro—. Claudia Vega es la única mujer que ha conseguido lo que ni los mejores socios de mi empresa lograron: hacerme perder la paciencia… y las palabras.

La mesa entera suspiró.

—¡Ohhh! —dijo Bea, aplaudiendo.

—No está mal —añadió la abuela—. Aunque algo cursi.

—¿Quieres que repita con sarcasmo? —preguntó él.

Yo me levanté también.

—Brindo por mi futuro esposo, que aprendió a dejar de fingir que no siente nada, aunque lo haga fatal.

Los aplausos llenaron la sala. Ethan me miró con una mezcla de ironía y ternura que casi me desarmó.

—Casi lo haces bien —murmuró.

—Y tú casi te salvas.

Después del brindis vino el baile. Carl puso música, los gemelos encendieron una bola de discoteca improvisada y Thor se comió un adorno del árbol. La abuela nos empujó al centro del salón.

—Ensayo de baile —ordenó—. Si en la boda no lo hacéis, me muero.

No había escapatoria. Ethan me ofreció la mano, y entre risas y miradas, empezamos a bailar. Torpes al principio, pero cada paso más cerca, más natural. La música era ridícula, pero el momento no.

—Estamos dando el espectáculo —dije.

—Tú sonríe, yo finjo saber bailar.

—Lo haces bien.

—Llevo años improvisando.

Me giró con un gesto suave, la mano en mi espalda. Todo se volvió más lento, más cálido. Y, por un instante, olvidé el ruido, el público, incluso a Nate. Solo estábamos nosotros, bailando entre las luces y el desbarajuste.

Cuando la canción terminó, todos aplaudieron.

—¡Así se hace! —gritó la abuela, emocionada—. Si no fuera porque me da pereza, me casaba yo otra vez.

Ethan me susurró al oído, divertido:

—Prometo que el día de la boda no me escaparé.

—Prometo que intentaré no matarte antes.

Nos reímos los dos.

Y mientras el resto cantaba villancicos y brindaba sin control, supe que no importaba cuántos ensayos hiciera la abuela.

Ese era el único que contaba.

Más tarde, cuando la casa quedó en calma, salimos un momento al porche. La nieve caía en silencio, y las luces del jardín se reflejaban en sus ojos.

—¿Sabes? —dijo, con voz baja—. Nunca pensé que me vería en una escena así.

—¿Con una familia loca, un perro ladrando villancicos y un árbol que parece una discoteca?

—Con alguien que me hiciera desear quedarme.

No respondí. Solo sonreí.

Él también.

La nieve nos cubrió despacio. Y allí, en medio del frío, volvió a besarme.

Esta vez no hubo público, ni brindis, ni bromas.

Solo nosotros.

Y el tipo de silencio que huele a promesa.

Capítulo 21:
La boda, los titulares y el desastre perfecto

Claudia

Navidad amaneció con un sol traicionero y un silencio sospechoso. El tipo de silencio que solo antecede al desastre. Bajé las escaleras con la sensación de que algo no cuadraba, y me bastó abrir la puerta para confirmarlo.

La calle estaba llena de cámaras.

Micrófonos.

Y una periodista con gorro rojo y sonrisa profesional saludando al aire.

—¡Estamos en directo desde Snowy Hill, Vermont, donde se celebra la boda sorpresa del año! La nieta de la legendaria señora Vega se casa con el multimillonario Ethan Blake en una ceremonia navideña que ha conmovido a todo el estado…

Cerré la puerta. Despacio.

Respiré.

Conté hasta tres.

Y grité.

—¡ABUELA!

La abuela apareció desde la cocina, con un batín brillante y el peinado más voluminoso que he visto en mi vida.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Qué pasa? —repetí, sin aire—. ¡La prensa está en la puerta! ¡TODOS los canales de Vermont! ¡Y creo que uno de Nueva York!

—Ah, sí. Eso. —Se sirvió café, tan tranquila—. Anoche llamé a una amiga.

—¿Una amiga?

—Sí, la del periódico local. Le conté que te casabas y me dijo: "esto hay que cubrirlo". Y mira, cariño, lo ha hecho fenomenal.

Ethan bajó en ese momento las escaleras, impecable como siempre, aunque con la cara del hombre que preferiría estar en una guerra antes que en un reality.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

—Nada importante —dijo la abuela—. Solo la prensa nacional.

—¿Solo? —pregunté, al borde del colapso.

—Cariño, ¿qué esperabas? —añadió ella—. ¡El señor Blake se casa! Es un acontecimiento.

Ethan me miró, incrédulo.

—¿Le has contado a alguien que esto era falso? —susurró en mi oído.

—Intenté contárselo a Thor, pero no pareció entenderlo.

—Entonces bien. Perfecto para limpiar mi imagen, ¿recuerdas?

No sé si aquello que decía me gustaba o no.

La casa se convirtió en un campo de operaciones en menos de diez minutos.

Bea planchaba mi vestido con la precisión de una cirujana.

Carl instalaba altavoces en el jardín "por si querían buena cobertura de sonido".

Los gemelos gritaban "¡salimos en la tele!" mientras hacían coreografías con el perro.

Ethan, en cambio, permanecía de pie junto a la ventana, con el teléfono pegado a la oreja y la expresión de un hombre al borde que lo controla todo.

—Te vendrá bien —decía—. Sí, lo sé, es una boda. No, no está en la agenda de prensa. No, no hay comunicado oficial.

—¿Sabes controlarlo? Si no, te despido.

—Lo haré.

—¿A quién llamas? —pregunté.

—A mi jefe de comunicación.

—¿Tienes uno?

—De momento sí.

A las once, la abuela convocó una "reunión familiar de emergencia" en el salón.

—No os alteréis —dijo, como si no hubiera una furgoneta de CNN aparcada en la puerta—. Vamos a hacerlo bien.

—¿Bien? —Ethan estaba rojo—. ¡Esto no es una película, señora Vega!

—Claro que no. Las películas se ruedan con menos presupuesto.

—Yo no puedo casarme con periodistas en el jardín.

—Tranquilo, hijo, ya lo he pensado todo. He cerrado el portón, he pedido catering extra y he llamado al alcalde.

—¿Al alcalde?

—Por si acaso hay que legalizarlo.

Me llevé la mano a la frente.

—Esto se nos ha ido de las manos.

—Se nos fue en cuanto él puso un pie en esta casa —dijo Bea.

Ethan me miró, medio enfadado, medio divertido.

—¿Estás disfrutando esto?

—Un poco, sí —admití—. No todos los días la prensa nos convierte en portada.

—¿Sabes qué titular acabo de ver? "Del contrato al altar: el amor inesperado del magnate más reservado de Nueva York".

—No está mal.

—Claudia.

—¿Qué? Es pegadizo.

—Espero que no salga a la luz. Si no, lo que trato de hacer, se volverá en mi contra. Me comerán vivo, o tratarán de hacerlo. O peor, irán contra ti.

—Qué bonito. Te preocupas por mí.

—Nos casamos esta tarde. Vas a ser mi mujer.

—Ya, pero es de mentira, ¿no?

A mediodía, el jardín era un espectáculo. Luces, cámaras, periodistas, vecinos, y la abuela en el centro de todo, repartiendo chocolate caliente y declaraciones.

—¿Está emocionada por el enlace, señora Vega? —preguntó una reportera.

—Mucho. He esperado años para ver a mi nieta feliz.

—¿Y qué puede decirnos del novio?

—Que tiene los dientes muy blancos y cara de dormir poco.

Ethan la oyó y cerró los ojos.

—Voy a tener que mudarme a otro continente.

—Tranquilo, África tiene buen clima —le dije, riéndome.

—No ayudas.

—No intento ayudarte, intento sobrevivir.

Cuando el reloj marcó la una, empezó la ceremonia improvisada. El alcalde, nervioso, apareció entre los arbustos con un sombrero

ridículo y una carpeta.

—¿Es legal esto? —pregunté.

—Solo si dices "sí, quiero".

—¿Y si digo "sí, pero con matices"?

—Depende del tono.

Ethan me tomó la mano. Su gesto era firme, cálido. Me miró con esa mezcla de calma y electricidad que me desarma.

—¿Lista para el espectáculo?

—Nunca lo estoy.

—Pues improvisemos.

Las cámaras se acercaron. Los vecinos aplaudían. Y, de repente, todo se volvió lento: la nieve cayendo, la voz del alcalde, la mirada de Ethan fija en mí.

—Yo, Ethan Blake, prometo... fingir de la forma más convincente posible que me caso contigo —susurró, solo para que yo lo oyera.

—Yo, Claudia Vega, prometo… fingir tan bien que nadie note que ya no es del todo mentira.

Él sonrió, y el resto desapareció.

El alcalde tosió.

—Puede besar a la novia.

—Por contrato, ¿no? —bromeó Ethan.

—Por costumbre —contesté.

Y me besó.

Entre flashes, risas, aplausos y una nevada perfecta.

No sé si fue el beso, el ruido o la certeza repentina de que aquello —a pesar del caos, la prensa y el contrato— ya no tenía vuelta atrás.

Porque esa mañana de Navidad, delante de medio Vermont y un perro vestido de reno, fingimos casarnos.

Y lo único que no fue fingido… fue el beso.

Capítulo 22:
La boda, el brindis y el fin del mundo (en versión navideña)

Claudia

Hay una frase que resume a mi familia: si algo puede convertirse en espectáculo, lo hará.

Y la boda no fue la excepción.

El jardín de la abuela, que hasta hacía unas horas era un campo nevado tranquilo, se había transformado en algo entre un plató de televisión y una verbena rural. Había luces de colores, un arco con guirnaldas que parpadeaban, un grupo de música local contratado a última hora, y una furgoneta de televisión aparcada junto al seto. El alcalde se había quedado para el cóctel "por compromiso institucional" y los vecinos entraban y salían con platos, como si aquello fuera una romería.

La abuela, en el centro de todo, era una mezcla entre celebrity y diva de Broadway.

—¡Que suene la música, que los novios bailen! —gritó, levantando su copa.

—Ya hemos bailado en el ensayo —intenté.

—Esto es la función, cariño —respondió, guiñándome un ojo.

Ethan estaba a mi lado, traje perfecto, sonrisa forzada, mandíbula tensa.

—No me pagan lo suficiente para esto —susurró.

—Ni a mí —respondí—, pero el catering parece decente.

El baile comenzó con una canción lenta, de esas empalagosas que hacen suspirar a las tías y huir a los hombres. Nos movíamos torpemente, rodeados de cámaras, vecinos y el perro con un lazo gigante en el cuello que alguien le había colocado.

—¿Alguna vez has deseado ser invisible? —preguntó Ethan.

—Cada año en Navidad. Pero mi abuela cree que la discreción es una enfermedad.

—La respeto… y la temo.

Thor ladró justo entonces, como si lo confirmara.

A nuestro alrededor, la fiesta tomaba forma. Los gemelos improvisaban un número de baile, Bea lloraba de emoción (o de alcohol), y Carl… Carl hacía cosas que preferiría no ver.

Primero lo vi subir a la tarima con un vaso de ponche en la mano. Luego, abrazar al alcalde. Después, cantar. Y finalmente, la abuela.

—¡Esa canción es mía! —gritó ella, arrebatándole el micrófono.

El grupo se calló. Carl le ofreció el vaso.

—¡A tu salud, abuela! —brindó él.

—¡Por el amor! —brindó ella. Y sin previo aviso, la abuela se inclinó y le plantó un beso a Carl. En toda la boca. Lento. Escandaloso. Histórico.

—Madre mía —susurró Bea—, que alguien avise al Papa.

—No lo llames —dijo Mathew—. Que venga Netflix.

Ethan y yo estábamos paralizados.

—¿Acaba de…? —preguntó él.

—Sí —contesté, aún sin procesar—. Y creo que la lengua iba incluida.

La multitud estalló en aplausos.

El alcalde, rojo como el vino, gritó:

—¡Esto no estaba en el guion!

—En esta familia nada lo está —respondí.

La música volvió a sonar. El ponche corría. Las cámaras seguían grabando. Y poco a poco, la noche se convirtió en un cuadro surrealista: periodistas bailando con vecinos, Thor corriendo con el velo en la boca, Carl brindando con la abuela (otra vez), y Ethan y yo refugiándonos junto a la mesa del postre.

—Prométeme algo —dijo él, sirviéndose un trozo de tarta con más resignación que apetito.

—Depende.

—Que, si algún día volvemos a casarnos, lo hagamos en otro continente.

—¿Y perderte esto? Ni loca.

Nos reímos. Esa risa que llega cuando ya no puedes más, cuando la vida te supera y lo único que te queda es disfrutar del desastre.

Ethan apoyó el codo en la mesa, mirándome con ese gesto que me desarma.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que, en medio de todo este circo, lo único que me importa eres tú.

—Y eso que competías con un beso épico entre Carl y mi abuela.

—No es competencia justa.

Le sonreí. Él también. Y por un momento, el ruido se desvaneció.

La abuela seguía bailando sobre la tarima. Carl le gritaba que era "el amor de su jubilación". Los gemelos intentaban sacar a Thor de la fuente del ponche. Pero yo solo veía a Ethan.

Y por primera vez en días, todo el caos tuvo sentido.

Más tarde, cuando la música bajó y la prensa se retiró, la abuela se acercó tambaleándose, copa en mano, el maquillaje corrido y la dignidad en números rojos.

—Hijos míos… —balbuceó, abrazándonos—. Estoy tan feliz.

—Nosotros también, abuela —dije, intentando mantenerla en pie.

—Eres la mejor nieta del mundo. Y tú —le señaló a Ethan, con el dedo tembloroso—, tú eres mi yerno favorito. —Se fue cantando Bésame mucho con Carl detrás.

Ethan la observó marcharse, luego me miró.

—Tu familia es…

—Un espectáculo, lo sé.

—No. Es increíble.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí. —Se inclinó, rozando mi frente con un beso—. Aunque no sé si sobreviviré a otro brindis.

—Tranquilo —le susurré—. El próximo será sin cámaras.

—¿Promesa?

—Promesa.

Nos quedamos allí, en medio del jardín iluminado, mientras la abuela cantaba en el fondo y el perro perseguía un trozo de tarta. Y pensé que, si el amor era eso —caótico, imperfecto, lleno de risas y ponche—, tal vez valía la pena quedarse.

Porque al final, lo que empezó como un contrato había terminado en algo mucho más serio:

una comedia romántica de la que ya no quería salir.

Capítulo 23:
La noche en que todo fue verdad

Claudia

La fiesta fue apagándose poco a poco, como una vela que se niega a morir.

La abuela dormía en el sofá, con Carl de almohada y Thor a los pies. Los gemelos roncaban en el suelo del salón, envueltos en serpentinas, y el árbol parpadeaba en un silencio de posguerra.

Ethan y yo subimos las escaleras despacio, sin decir nada, como si cualquier palabra pudiera romper el hechizo de ese desastre maravilloso.

La casa entera olía a ponche, a tarta de manzana y a algo nuevo. Algo que ya no tenía nada que ver con contratos.

Él se detuvo en la puerta de la habitación y me dejó pasar primero.

El vestido me pesaba, no por el tejido, sino por todo lo que había ocurrido en ese día imposible. Cerré la puerta y me giré hacia él.

—No me lo creo.

—¿Qué parte?

—Toda. Que haya venido la prensa, que mi abuela haya besado a Carl, que te sigas viendo tan… tranquilo.

—No estoy tranquilo. Estoy… feliz. Confundido, pero feliz.

Sonreí, cansada y ligera a la vez.

—Ha sido una locura.

—La mejor de mi vida —respondió, sin dudar.

Nos quedamos frente a frente, en silencio. Él se acercó un poco más, lo justo para que el aire se cargara de electricidad.

Fuera, empezaba a nevar otra vez.

—Claudia… —dijo, con voz baja—. Nunca he sido bueno con las palabras, lo sabes. Pero hoy, cuando todos gritaban, brindaban y hacían fotos, solo pensaba en ti. En que esto, lo que empezó siendo una mentira, se me ha escapado de las manos.

Tragué saliva.

—Ethan…

—Te amo. —Lo dijo sin dramatismo, sin miedo, como quien por fin deja de resistirse a lo inevitable—. Te amo, y no sé en qué momento ocurrió, pero ya no puedo fingir que no es así.

El corazón me dio un vuelco tan fuerte que tuve que cerrar los ojos un segundo.

—No era parte del plan —susurré.

—No. Pero tú tampoco lo eras. Y aquí estás. Y no quiero que te vayas.

Di un paso hacia él.

—Yo tampoco quiero irme. —Le sonreí, y lo sentí tan claro como el aire frío del invierno—. Te amo, Ethan.

Él me tomó el rostro entre las manos, y el beso que siguió fue suave, lento, lleno de verdad. Nada que ver con los anteriores. Este no ardía: abrigaba. Era la paz después del caos, la certeza después del miedo.

Cuando se separó, apoyó la frente en la mía.

—Prometo que, si mañana vuelven los periodistas, no me esconderé.

—Prometo que, si vuelven, los invito a desayunar.

Reímos, y la risa se fue apagando despacio, como la música lejana que aún sonaba abajo.

Él me abrazó, fuerte, con una ternura nueva, y por primera vez desde que empezó todo, sentí que ya no había nada que fingir. Que no éramos dos actores en una comedia navideña absurda, sino dos personas que, sin querer, habían encontrado su propio milagro.

Horas después, la casa dormía del todo.

La nieve caía tras la ventana, cubriendo el jardín, el arco de luces, los restos del banquete.

Ethan respiraba tranquilo a mi lado, una mano sobre la mía.

Pensé en todo lo que había pasado: los contratos, los malentendidos, los celos, las risas, las discusiones, la abuela borracha cantando Bésame mucho.

Y me reí en silencio.

Porque, al final, el amor no siempre llega con violines ni finales perfectos.

A veces llega con nieve, un perro vestido de reno y una boda improvisada.

Y, si tienes suerte, con alguien que te mire como si todo eso —el desastre, la locura, tú— valiera la pena.

Ethan se movió en sueños y murmuró algo que apenas entendí.

Pero no hizo falta.

Ya lo había dicho todo.

Lo abracé despacio, cerré los ojos y pensé que, tal vez, la abuela tenía razón desde el principio.

Santa Claus, al final, sí había dejado un milagro bajo el árbol.

Y dormí con una sonrisa, sabiendo que, por primera vez, nada era mentira.

Capítulo 24:
Desayuno con lengüetazos y celos a domicilio

Claudia

La primera sensación fue calor.

La segunda, un peso agradable sobre la cadera.

La tercera, el ruido de ronquidos leves a mi lado y el olor a café mezclado con invierno.

Abrí los ojos y tardé unos segundos en recordar dónde estaba. En la habitación de la abuela, convertida en nuestra suite improvisada. El sol se filtraba entre las cortinas, la nieve seguía cayendo fuera y, por primera vez en mucho tiempo, el mundo parecía tener sentido.

Ethan dormía a mi lado, boca abajo, la sábana cubriéndole la mitad de la espalda, el pelo despeinado y la expresión serena. Sonreí. El día anterior había sido un desconcierto monumental: periodistas, brindis, la abuela besando a Carl… Pero esa mañana todo era silencio. Paz. Amor.

Y entonces, claro, Thor decidió arruinarlo.

El perro irrumpió como una pelota de pelo con la lengua fuera y un entusiasmo homicida.

Saltó a la cama, nos sobresaltó a los dos y fue directo al rostro de Ethan.

—¡Dios! —gritó él, incorporándose de golpe—. ¡Hay saliva en mi ojo!

—¡Thor! —intenté apartarlo entre risas—. ¡Deja al novio en paz!

—No soy su novio, soy su víctima. Y tu marido —protestó Ethan, limpiándose con la sábana—. ¿Qué tiene ese perro en la lengua? ¿Pegamento?

Thor ladró, encantado consigo mismo, y se tumbó entre nosotros, ocupando la mitad del colchón.

—Creo que te ha adoptado —dije.

—Perfecto. Mi primer matrimonio, y ya somos tres.

Reí, y él también. Después me miró, y el humor dio paso a algo más suave.

Me acarició el pelo, con ese gesto lento que desarma.

—Buenos días, señora Blake —murmuró.

—No soy tu esposa de verdad.

—A estas alturas, díselo al Estado de Vermont.

Nos besamos, sin prisa, con la risa todavía en los labios. Y cuando nos separamos, Thor nos observaba con la cabeza ladeada y una expresión claramente crítica.

—Ni se te ocurra —le dijo Ethan.

Una hora después, bajamos a desayunar. La abuela estaba en la cocina, resplandeciente en bata dorada y gafas de sol.

—¡Buenos días, recién casados! —exclamó.

—Abuela, ¿qué haces con gafas dentro de casa? —pregunté.

—Luz sensible. El amor me da migraña. —Bebió de su taza y añadió—: Ah, por cierto, Nate os ha invitado a almorzar.

—¿Cómo? —preguntó Ethan, sin disimular su entusiasmo.

—Sí, en la casa que ha construido él solito, con sus propias manos. Qué hombre más apañado, de verdad.

—¿Y para qué nos invita?

—Para celebrar que seguís vivos después de la boda.

Ethan y yo nos miramos.

—¿Tienes idea de lo que está tramando? —pregunté.

—Sí —contestó él, seco—. Hacerme perder la paciencia.

El camino hasta la casa de Nate fue… pintoresco. Los gemelos insistieron en venir "para ver si había pizza", la abuela decidió acompañarnos "para supervisar el almuerzo" y Thor se subió al coche sin que nadie lo invitara.

Cuando llegamos, entendí por qué todos hablaban de la casa.

Era preciosa.

De madera clara, con porche y ventanales enormes que daban al lago congelado.

Una chimenea encendida, coronas en las ventanas, aroma a pan recién hecho.

Y Nate, en la puerta, sonriente y con delantal.

—Bienvenidos —dijo, como si aquello fuera un anuncio de cacao.

La abuela suspiró.

—Si yo tuviera veinte años menos…

—Tendrías sesenta y cinco —replicó Ethan.

—Y mejor puntería —contestó ella, sin perder el ritmo.

Nate se acercó a mí y me dio dos besos.

—Estás radiante, Clau.

—Gracias, tú también.

—Has hecho un milagro con el jardín de mi abuela —añadió, sonriendo.

—He sobrevivido —contesté, diplomática.

Ethan no dijo nada, pero su mandíbula se tensó lo suficiente como para que los copos de nieve empezaran a derretirse.

Dentro, la mesa estaba servida con una decoración de catálogo: velas, manteles rojos, servilletas dobladas en forma de árbol. Nate se movía de un lado a otro, encantado de mostrarnos su "obra maestra": el horno, las vigas, el salón con chimenea.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —preguntó la abuela, fascinada.

—Sí, señora Vega. Cada tablón, cada clavo.

—Ay, qué manos… —dijo ella, suspirando teatralmente.

Ethan murmuró:

—Sí, seguro que le quedaron perfectas para medir hormigón.

Le clavé una mirada.

—¿Podrías intentar ser amable?

—Lo intento. No se me da bien.

Durante el almuerzo, el ambiente fue raro. Nate contaba anécdotas, la abuela reía, los gemelos jugaban con Thor bajo la mesa (hasta que tiraron una fuente de puré al suelo), y Ethan… bueno, Ethan no apartó la vista de Nate en toda la comida.

—¿Puedo servirte más vino, Ethan? —preguntó Nate.

—No, gracias. Prefiero mantener la conciencia intacta.

—Como quieras.

—Siempre quiero.

Yo pateé a Ethan por debajo de la mesa.

—Compórtate.

—Estoy perfectamente comportado.

—Eres un adolescente celoso.

—Un adolescente multimillonario celoso, matiza.

Nate, ajeno al intercambio, se levantó para sacar el postre.

—He hecho tarta de arándanos.

—Claro que sí —murmuró Ethan—. Como si el horno no pudiera resistirse a tu encanto.

Le lancé otra patada. Esta vez, más fuerte.

—¡Auch!

—Ups.

Los gemelos, mientras tanto, habían decidido lanzar bolitas de pan al perro "para ver si sabía atraparlas al vuelo". Una de ellas rebotó en la copa de vino de la abuela, empapándola entera.

—¡Mis reflejos ya no son los de antes! —gritó ella, de pie, mientras Thor aprovechaba para zamparse el postre.

Nate intentó rescatar la tarta. Ethan se levantó. El mantel cayó. Y en medio de aquello, yo solo pude reírme.

Cuando por fin salimos, la tarde empezaba a oscurecer. El aire era frío, la nieve se acumulaba sobre los abetos, y el silencio después del desastre era casi hermoso.

Ethan caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos.

—¿Vas a decir algo o seguirás fingiendo que todo ha sido un éxito?

—Ha sido un éxito. Nadie ha muerto.

—Por poco.

—¿De verdad vas a enfadarte porque Nate es amable?

—No es amable. Es… Nate.

—¿Y eso qué significa?

—Que te mira como si aún creyera que tiene una oportunidad.

Me detuve.

—Ethan, no la tiene.

—Lo sé. Pero eso no me tranquiliza.

Se giró hacia mí, con la nieve cayendo sobre su abrigo oscuro.

—No sé qué me pasa contigo. No soy así. No me reconozco.

—Lo sé —dije, sonriendo—. A mí me pasa lo mismo.

Él soltó el aire despacio.

—Te amo —susurró, como si aún le costara creerlo.

—Ya lo sé —respondí.

—¿Y tú?

—También. Aunque a veces me den ganas de lanzarte al lago.

Rio, y esa risa fue todo lo que necesitaba.

Nos quedamos allí, en mitad del camino, bajo la nieve que caía despacio, rodeados del silencio más bonito que he escuchado en mi vida.

Y cuando se inclinó para besarme, supe que no importaban los contratos, los celos ni los almuerzos fallidos.

Porque el verdadero milagro de Navidad era ese: nosotros.

Y, por supuesto, Thor, que eligió ese momento exacto para ladrar, saltar entre los dos y llenarnos la cara de nieve.

Ethan suspiró.

—Esto no se va a acabar nunca, ¿verdad?

—No. —Sonreí—. Y menos mal.

Capítulo 25:
El coche, el porche y el desastre inminente

Ethan

Sabía que la buena suerte no podía durar tanto.

Demasiado silencio, demasiada nieve cayendo con ese aire de postal. Lo supe en cuanto metí la llave en el contacto y el motor emitió un sonido que solo podía describirse como muerte prematura.

Lo intenté otra vez. Nada.

Solo un ronquido agónico y un pitido final, como un adiós.

—¿Qué pasa? —preguntó Claudia, envuelta en su abrigo, con las mejillas rojas por el frío.

—Nada grave —mentí, girando la llave una tercera vez. El coche respondió con un quejido.

—Eso suena grave.

—Es un coche alemán, solo se queja por deporte.

Pero no se movía. Ni un centímetro.

Los gemelos, desde el asiento trasero, se inclinaron hacia delante.

—¿Nos hemos muerto? —preguntó uno.

—¿Podemos empujar? —ofreció el otro, encantado.

—Nadie va a empujar —dije, intentando mantener la calma—. Solo está… meditando.

Thor ladró. Claudia me miró con esa mezcla de paciencia y diversión que ya había perfeccionado.

—Ethan, el coche no arranca.

—Lo he notado, gracias.

—Podríamos pedir ayuda.

—¿A quién? Estamos en medio de Vermont.

—A Nate —dijo ella, sin pensar.

Y ahí estuvo.

La palabra maldita.

Nate.

Como si el universo tuviera sentido del humor, en ese preciso instante la puerta de la casa se abrió y apareció él, sonriente, con una taza de café en la mano.

—¿Todo bien?

Tragué aire.

—Perfectamente.

—Ha muerto el coche —anunció Claudia.

—No ha muerto —corregí—. Está... descansando.

Nate sonrió, encantado de su suerte.

—Puedo echar un vistazo, si queréis.

—No hace falta.

—Soy bueno con los motores —insistió.

—Sí, y con las herramientas, las vigas, la carpintería y las metáforas de superación personal. Lo sabemos —murmuré.

—¿Perdón?

—He dicho que adelante —mentí otra vez, sonriendo con los dientes.

Bajamos del coche. Claudia intentó disimular su risa. Nate abrió el capó como si fuera un mago a punto de hacer un truco.

—Aquí está el problema —dijo, después de veinte segundos.

—¿Cuál?

—No arranca.

—Gracias, Sherlock.

El aire era cada vez más frío.

Claudia cruzó los brazos, el vapor saliendo de su boca al hablar.

—Tendremos que volver a entrar hasta que lo arreglen.

—¿"Lo" arreglen? —pregunté, arqueando una ceja.

—"Lo", sí. Nate.

—Genial. Entonces, además de todo, tiene superpoderes.

Ella rodó los ojos, se giró hacia la casa y echó a andar.

—Ven, gruñón, que te congelas.

La seguí, porque decirle que no a Claudia Vega era como intentar detener una tormenta de nieve a gritos.

El porche de la casa de Nate era cálido y olía a madera nueva. Claudia se frotó las manos para entrar en calor, y yo me quedé de pie, apoyado en la barandilla, observando cómo los copos caían sobre el lago helado.

—No es tan grave —dijo ella, tras un rato.

—Lo dices porque no eres tú quien tiene que aceptar ayuda de tu némesis de instituto.

—No es mi némesis.

—Claro que lo es. Es guapo, amable, sabe construir casas y te mira como si fueras la secuela que nunca se grabó.

Ella me miró con una sonrisa torcida.

—¿Celoso?

—Sí. —No me molesté en negarlo—. Mucho.

—Deberías confiar más en mí.

—Confío en ti. No en él.

Hubo un silencio.

Ella se acercó un poco.

—Ethan, ¿sabes que nunca había sido tan feliz como estos días?

—Yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué pareces siempre a punto de huir?

—Porque no sé cuánto tiempo va a durar esto.

Me giré para mirarla.

—Tú y yo… empezamos con un contrato. Con normas. Con fechas. Era una farsa, una idea absurda que se nos fue de las manos. Y ahora... —Respiré hondo—. Ahora me da miedo que, cuando se acabe el invierno, todo vuelva a ser mentira.

Ella dio un paso hacia mí.

—No se va a acabar.

—No puedes prometerlo.

—No —dijo—. Pero puedo intentarlo.

No la besé. No aún.

Solo la miré, y el mundo se detuvo un segundo.

Hasta que el mundo decidió reanudar la marcha con un portazo.

—¿Qué contrato? —preguntó una voz detrás de nosotros.

Nos giramos.

Nate estaba ahí, apoyado en el marco de la puerta, con las manos sucias de grasa y la expresión confundida.

—¿Qué habéis dicho? ¿Un contrato?

Claudia palideció.

—No es lo que parece.

—Entonces, ¿qué es?

Bajó las escaleras del porche, acercándose.

—¿Qué está pasando aquí, Claudia? ¿Qué haces con tu vida?

No gritó. No hacía falta. Su tono fue más duro que cualquier grito.

Y allí, entre el frío, la nieve y el humo del motor muerto, supe que la farsa que habíamos construido empezaba a resquebrajarse.

Capítulo 26:
La verdad a medio camino

Claudia

El silencio dolió más que cualquier grito.
Nate estaba ahí, frente a nosotros, con la mirada fija, el ceño fruncido y las manos aún manchadas de grasa. La nieve caía detrás de él, lenta, ajena al desastre que acababa de empezar.

Ethan dio un paso hacia delante, instintivo, como si su reflejo natural fuera ponerse entre los problemas y yo.

—No es lo que crees —dijo, la voz firme.

Le toqué el brazo.

—Déjame a mí. —Su mirada buscó la mía, tensa, preocupada—. Por favor.

Dudó un segundo, pero asintió y se apartó apenas un paso, lo suficiente para que respirara, aunque lo notaba a mi lado, como una sombra que no se va.

Me giré hacia Nate.

—Escúchame, por favor.

—Estoy escuchando —respondió él, con una frialdad que nunca le había conocido—. Has dicho "contrato". ¿Qué significa eso?

Tragué saliva. El corazón me latía tan fuerte que juraba que él podía oírlo.

—No es lo que parece.

—¿Y qué parece? —preguntó, mirándome con una mezcla de incredulidad y rabia contenida—. Porque desde aquí parece que te casaste con alguien por… ¿conveniencia? ¿Eso era?

Ethan dio otro paso, dispuesto a hablar, pero le sujeté la mano.

—No digas nada. Prométemelo.

—Claudia…

—Promételo. —Mi voz fue más baja, más suplicante—. No lo entienden. Nadie lo haría.

Él apretó los labios, con ese gesto que hace cuando está a punto de perder el control.

—Si no lo quieres, ¿qué haces con él? —preguntó al fin, la voz apenas un hilo—. ¿Por qué aceptaste casarte?

Respiré hondo.

—Todo empezó por conveniencia —dije despacio, sin apartar la mirada—. Era un acuerdo. Una locura temporal que tenía sentido solo en papel.

—Y ahora —interrumpió Nate—, ¿qué es?

—Ahora… —Tragué saliva—. Ahora nos hemos enamorado.

El silencio que siguió fue insoportable. Ni el viento se atrevió a soplar.

Nate me miró, primero confundido, después dolido.

—¿De verdad esperas que te crea eso?

—No espero nada. Solo que no digas nada. Por favor.

—¿Nada? ¿Ni siquiera a tu familia?

—Sobre todo a mi familia. Si la abuela se entera, le da un infarto.

Nate rio, sin humor.

—No puedo creerlo. No a ti. Pensaba que, si te casabas, sería por amor, no por un papel.

—No entiendes nada —dije, cansada.

—Tienes razón —contestó—. No entiendo en qué momento te convertiste en alguien que miente por costumbre.

Dio un paso atrás.

Ethan se movió, pero lo detuve con un gesto.

—Déjalo.

Nate negó despacio con la cabeza, sin apartar los ojos de mí.

—No sé si estás siendo tú o si este tipo te ha convencido de algo, pero no eres la Claudia que conocía.

Se dio la vuelta. Caminó hacia la casa sin mirar atrás.

El motor arrancó a la primera, por supuesto, como si hasta el destino se pusiera de su parte.

Y nos fuimos.

—¿Estás bien? —preguntó Ethan.

—No —contesté, sincera—. Pero lo estaré.

Él asintió.

—¿Crees que cumplirá su promesa?

—No ha prometido nada.

Hay mentiras que puedes sostener con una sonrisa. Pero esta ya no era una de ellas.

Capítulo 27:
Noche cerrada y verdades que pesan

Claudia

No dormí.

Ni un minuto.

La casa entera parecía contener la respiración, como si también supiera que algo se había roto y no sabía cómo recomponerse. Afuera seguía nevando, y el viento golpeaba las ventanas con un murmullo bajo, constante, como un recordatorio.

Todo era silencio. Un silencio espeso, tenso, incómodo.

Thor roncaba a los pies de la cama, ajeno al drama humano que flotaba en el aire. A veces me daban envidia los perros: dormían sin culpa, sin pensamientos, sin esa necesidad absurda de entenderlo todo.

Yo, en cambio, no podía parar de pensar.

En Nate. En lo que había oído. En su mirada cuando se fue.

Y, sobre todo, en Ethan.

Me giré despacio, y lo vi. Estaba sentado al borde de la cama, en la penumbra, con la espalda recta y las manos entrelazadas. La luz azulada de la nieve entraba por la ventana y dibujaba sombras sobre su piel.

—¿Estás despierto? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Desde hace horas —dijo, sin mirarme.

—Yo también.

Se giró un poco, lo justo para que el perfil de su cara quedara iluminado.

Parecía tranquilo, pero lo conozco. Ethan Blake no dormía cuando estaba tranquilo. Dormía cuando podía controlar el mundo. Y ahora, el mundo se le había salido del guion.

—¿En qué piensas? —susurré.

—En demasiadas cosas.

—Eso no es una respuesta.

—Ni una pregunta segura.

Me incorporé, envolviéndome con la manta.

—Puedo adivinarlo.

—¿Ah, sí?

—Estás repasando todo lo que ha pasado y calculando las consecuencias.

—Culpa profesional.

—Y emocional.

No respondió enseguida.

—No me molesta lo que Nate piense —dijo al fin—. Me molesta lo fácil que fue para él desmontarlo todo. Como si un par de palabras pudieran borrar todo lo que hemos construido.

—Porque una parte de él aún me recuerda como la chica de antes. Y no lo culpo.

—¿Y cuál de todas eras?

—La que se conformaba. La que no decía lo que sentía. La que pensaba que si se mantenía callada nadie saldría herido.

Ethan soltó un suspiro breve.

—No eres esa chica.

—No. Pero a veces me da miedo convertirme en otra que tampoco entiendo.

Me miró.

Esa forma suya de mirar: directa, sin adornos, sin esconder nada.

—No me molesta la verdad, Claudia. Me molesta que la verdad nos haga parecer culpables.

—No somos culpables.

—No, pero tampoco inocentes.

Había algo en su voz, un temblor leve que nunca le había oído. Lo vi frotarse la frente, como si quisiera borrar la idea misma de duda.

—Este matrimonio, esta historia, empezó siendo una mentira —continuó—. Una farsa útil. Y ahora, de repente, es lo más real que tengo.

—Lo sé.

—¿Y qué pasa cuando salgamos de aquí? ¿Qué pasa si Nate habla?

No supe qué responder.

No porque no tuviera palabras, sino porque ninguna bastaba.

—Nosotros sabremos la verdad —dije al fin.

—¿Y crees que bastará? —preguntó, en voz baja.

—No lo sé. Pero es lo único que tenemos.

Él asintió despacio, y se dejó caer hacia atrás, quedando tumbado en la cama. Me acerqué hasta que mi cabeza quedó sobre su pecho. Su respiración subía y bajaba despacio, como si se estuviera obligando a mantenerse firme.

—Hoy, cuando Nate se marchó, no me sentí culpable por lo del contrato —confesé—. Me sentí culpable por haberte metido en esto.

—Yo me metí solo.

—Pero fuiste demasiado generoso conmigo. Y no sé cómo voy a compensarlo.

—No hace falta que lo hagas.

—Sí que hace falta.

—Claudia —susurró, mirándome—. Yo te elegí. Desde el principio.

Me quedé callada. A veces las palabras sobran cuando alguien te desarma con tan poco.

—Mañana volveremos a Nueva York —dije, apenas para llenar el aire.

—Sí.

—¿Y después?

—Después, la prensa. Las preguntas. La empresa. Tu trabajo.

—Y la vida.

—Sí. La vida. Esa que se nos olvidó planificar.

Sonreí, cansada.

—¿Ves? Por eso los contratos sirven.

—No hay cláusula que cubra esto —dijo, sin humor.

—Tendremos que improvisar.

Me tomó la mano, entrelazando los dedos con los míos.

—No puedo prometerte que será fácil, ni que todo saldrá bien. Pero puedo prometerte que no me iré.

—Eso ya lo sabía.

—Entonces ¿por qué me lo pides?

—Porque a veces necesito oírlo en voz alta.

Nos quedamos un rato así, en silencio, escuchando la casa crujir, el viento rozar los cristales y la respiración tranquila de Thor.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —pregunté al cabo de un rato.

—Dímelo.

—Que, aunque todo empezó como un error, no cambiaría nada. Ni una palabra. Ni una mentira.

—Ni siquiera a Nate.

—Ni siquiera a Nate.

Él me besó la frente, despacio, como si sellara un pacto invisible.

—Yo tampoco lo cambiaría. Ni el contrato, ni la locura, ni la abuela, ni el perro.

—Ni Vermont.

—Ni Vermont —repitió, sonriendo contra mi piel.

Fuera, la nieve caía con más fuerza.

El fuego de la chimenea se apagaba poco a poco, dejando un resplandor naranja que lo envolvía todo.

Y pensé que, si el amor tenía una forma, debía parecerse a eso: a dos personas exhaustas, abrazadas en una cama ajena, tratando de creer que mañana el mundo no las iba a devorar.

Antes de dormir, lo oí murmurar algo, casi en sueños.

—¿Qué dijiste? —pregunté, medio dormida.

—Que ojalá no tuviéramos que volver mañana.

—No podemos quedarnos para siempre en Vermont.

—Lo sé. Pero me gustaría intentarlo.

No respondí.

Solo apreté su mano bajo la manta.

Y por primera vez en mucho tiempo, el silencio no dolió.

Cerré los ojos, con la certeza de que el amanecer de la realidad nos devolvería a Nueva York, a los titulares, a la rutina, a las preguntas sin respuesta.

Pero esa noche, bajo la nieve, no importaba.

Esa noche, solo éramos nosotros.

Sin mentiras.

Sin contrato.

Capítulo 28:
Adiós, Vermont (o el día en que el pueblo entero vino a despedirnos)

Claudia

Amaneció demasiado pronto.

Ethan dormía todavía, con un brazo extendido sobre mi cintura y el ceño relajado. Parecía un hombre en paz, y eso era algo que no había visto en él desde que lo conocía.

No quise despertarlo enseguida. Me quedé un rato mirándolo, grabando en la memoria cada detalle: el gesto sereno, el sonido de su respiración, la curva ligera de su boca al dormir. Pensé que, si todo lo demás fallaba, al menos me quedaría eso: la imagen de Ethan Blake durmiendo tranquilo, después de tanto ruido.

Pero, claro, no vivimos en un universo donde el silencio dure demasiado.

—¡Arriba, que hay churros! —gritó la abuela desde el pasillo.

Ethan abrió un ojo.

—¿Dijo "churros"?

—Dijo "ataque aéreo disfrazado de desayuno".

La cocina era un espectáculo.

La abuela freía churros mientras cantaba villancicos, Bea y Mathew empaquetaban las sobras de la boda y los gemelos se dedicaban a llenar las maletas de cosas "por si acaso". "Por si acaso" incluía una piñata, una maceta y un muñeco de nieve de tamaño real hecho de espuma.

Ethan observaba el panorama con una mezcla de ternura y trauma.

—¿Se darán cuenta de que nos hemos ido? —preguntó.

—Seguro que sí —respondí.

Thor ladraba bajo la mesa, intentando robar un churro. La abuela se giró, con una espátula en la mano y una sonrisa de satisfacción.

—¡Buenos días, recién casados! —canturreó.

—Buenos días, señora Vega —respondió Ethan, resignado.

—¿Listos para volver a la jungla?

—Más o menos.

—He hecho churros para el viaje, y he llamado al alcalde.

—¿Al alcalde? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Sí. Dice que quiere despedir personalmente a la pareja más famosa del estado.

—Genial —susurré.

—Tranquila, cariño, ya estás acostumbrada a las multitudes —dijo la abuela, sirviendo más café.

A las diez, el coche estaba listo. O eso creíamos.

El maletero parecía una cápsula del tiempo navideña: cajas, regalos, bolsas con comida, mantas, y un termo con más café del que podía beber un ser humano.

Cuando abrimos la puerta de la casa, me quedé sin palabras.

El pueblo entero estaba fuera.

Vecinos, periodistas, curiosos, el alcalde con banda ceremonial y, por supuesto, un cartel enorme que decía Gracias por devolvernos la fe en el amor.

No supe si reír o esconderme.

Ethan me miró, medio divertido, medio horrorizado.

—¿Esto es normal aquí?

—No. Hoy están tranquilos.

—¡Claudia! ¡Ethan! —gritó la dependienta del pueblo, la del súper —. ¡Llévense un pastel para el camino!

—No podemos aceptar más comida —protesté.

—¡Pues me lo comeré yo! —gritó ella, indignada, mientras nos metía el pastel igualmente.

El alcalde se acercó con solemnidad.

—Ha sido un honor presidir su boda, aunque improvisada.

—Igualmente, señor alcalde —dijo Ethan.

—Si alguna vez quieren renovar los votos, Vermont tiene tarifas especiales para celebridades.

—Tomaremos nota —respondí, conteniendo la risa.

La abuela apareció detrás de nosotros con gafas de sol y abrigo de leopardo.

—Foto familiar antes de irse —ordenó.

—Abuela…

—No se discute con una mujer que ha sobrevivido a tres Navidades contigo —respondió.

Nos juntamos todos frente a la casa. Los gemelos posaban haciendo cuernos detrás de Ethan, Thor se comió el gorro del alcalde en plena foto y la abuela, sin darse cuenta, se metió en medio del plano de la prensa y saludó a cámara como si fuera la protagonista de la historia.

Tal vez lo era.

Cuando por fin conseguimos subir al coche, el pueblo entero nos despidió con aplausos.

Ethan saludó por la ventanilla, divertido.

—Nunca pensé que saldría de un pueblo con más cobertura mediática que una cumbre del G7.

—Bienvenido al universo Vega.

—¿Lo firmé en el contrato?

—Venía en letra pequeña.

Condujimos despacio por el camino nevado. A través del retrovisor, vi a la abuela de pie en el porche, agitando la mano con su bufanda roja ondeando al viento.

Thor lloró un poco, los gemelos hicieron ruidos de despedida y yo me quedé en silencio, observando cómo la casa se hacía cada vez más pequeña.

—¿En qué piensas? —preguntó Ethan.

—En que no quiero olvidar esto. Ni un solo detalle.

—No lo harás. Yo me encargaré.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ya me veo contratando a un notario para que lo registre todo. "Día uno: conocí a una mujer que me cambió la vida. Día dos: su abuela casi me adopta".

—Y día tres: los periodistas me siguieron hasta el baño.

—Exacto. Una historia de amor moderna.

Nos reímos. Esa risa que llega cuando el alma está cansada pero feliz.

Horas después, cuando el cartel de Bienvenidos a Nueva York apareció en la carretera, el silencio se hizo más pesado.

La nieve había quedado atrás, la luz cambiaba, el ruido de la ciudad se filtraba poco a poco por las ventanillas.

Ethan apretó el volante, serio.

—De vuelta al mundo real.

—¿Te arrepientes?

—Ni por un segundo.

—Yo tampoco.

Nos miramos.

Y por un instante, el tráfico, el ruido, la ciudad entera desapareció.

—¿Listo para lo que venga? —pregunté.

—Contigo, sí.

—Pues agárrate, porque mi abuela ya ha mandado un audio al grupo familiar.

—¿Qué dice?

—"No os relajéis, que esto acaba de empezar".

Ethan se rio.

—Dios bendiga a tu abuela.

—No digas eso. Capaz que te adopta de verdad.

Y mientras los rascacielos se alzaban al fondo, pensé que sí, que probablemente todo estaba a punto de complicarse otra vez.

Pero también que no tenía miedo.

Porque ahora sabíamos lo que era la verdad.

Y, aunque el contrato hubiera sido el principio, el resto ya era solo nuestro.

Capítulo 29:
De vuelta a la realidad (y a los secretos que no descansan)

Claudia

Nueva York olía a lo de siempre: café, prisas y promesas por cumplir.

Después de Vermont, la ciudad parecía más ruidosa, más gris, más viva y más ajena a nosotros al mismo tiempo. La nieve se

derretía en las aceras, los taxis tocaban el claxon como si se pagara por nota, y yo no sabía si reír o llorar.

Ethan aparcó el coche frente al edificio donde vivía. "Edificio" era una palabra generosa. Aquello parecía más bien una obra de arte en vertical: cristal, mármol, portero de traje y ascensor con botones que brillaban como una nave espacial.

—¿Vives aquí? —pregunté, con el cuello torcido mirando hacia arriba.

—A veces.

—¿Y las otras veces?

—Por favor, que no te dé vértigo mi cuenta corriente.

El portero nos saludó con una sonrisa profesional.

—Señor Blake, bienvenida, señora Blake.

—Oh, no, yo no soy… —empecé, pero Ethan me tomó de la mano.

—Gracias, Thomas. —Sonrió con naturalidad—. Ha sido un viaje largo.

Subimos en silencio. El ascensor se movía tan suave que parecía no hacerlo. Cuando las puertas se abrieron, el piso me dejó sin palabras.

Era enorme, luminoso, elegante. Ventanas del suelo al techo con vistas al skyline, una chimenea moderna, muebles de diseño, una cocina digna de anuncio y una terraza que parecía sacada de una revista de arquitectura.

—Esto no es un apartamento. Es un museo.

—También tiene wifi —contestó, divertido.

—¿Tienes personal de limpieza?

—Sí.

—¿Y de ánimo?

—No. Por eso te necesito a ti.

Le lancé una mirada de fingida reprobación, aunque por dentro sonreía.

—No sé si podré vivir aquí.

—Claro que podrás. Es solo espacio y silencio. Y tienes experiencia en sobrevivir al ruido.

A la mañana siguiente, me desperté con el ruido del tráfico y la luz de los rascacielos colándose por las cortinas. Ethan ya se había ido. En la mesa del comedor había una nota escrita con su letra perfecta:

Reunión a las nueve. No huyas. Te quiero.

No hui. Aunque ganas no me faltaban.

Decidí ir a la oficina a media mañana. El edificio Blake Enterprises era todo lo que cabía esperar: imponente, elegante y con más seguridad que un banco suizo. En recepción me reconocieron al instante y no por mi nuevo estado de "señora de", que también, sino porque trabajaba allí.

—La señora Blake. —La recepcionista sonrió—. Enhorabuena por la boda, ha salido en todas partes. Antes me llamaba Claudia, o no sabía ni mi nombre.

—¿En todas? —pregunté, tragando saliva.

—Sí, incluso en Forbes. La foto en Vermont es preciosa.

Perfecto. Forbes. Lo que siempre soñé: convertirme en un cuento de Navidad patrocinado por la prensa económica.

Cuando llegué al despacho de Ethan, el equipo estaba reunido. Al entrar, todos aplaudieron.

—¡Felicidades, jefe! —gritó uno de los socios—. Y enhorabuena a la señora Blake.

—Gracias —contesté, intentando no parecer una impostora.

Ethan sonrió, con esa calma suya que engaña a cualquiera.

—Gracias a todos. Ahora, trabajemos antes de que conviertan esto en un programa de telerrealidad.

Me guiñó un ojo. Yo respiré hondo. Por fuera, todo parecía perfecto. Por dentro, sentía el hilo invisible de la mentira tensándose un poco más.

Al salir de la oficina, alguien me entregó un sobre.

—Esto es para usted, señora Blake —dijo el mensajero.

—¿De parte de quién?

—No lo sé. Lo dejaron en recepción.

El sobre era blanco, sin remitente.

Dentro, una hoja doblada con una sola frase escrita a máquina:

"La verdad siempre encuentra la forma de salir. Prepárate."

Sentí un escalofrío. Miré alrededor, pero nadie parecía prestarme atención.

El ruido de la ciudad era normal, el tráfico seguía, la gente caminaba. Todo era igual, excepto mi respiración, que se aceleró.

Guardé la nota en el bolso, como si esconderla pudiera hacerla desaparecer.

Pero el papel ardía.

Esa noche, mientras Ethan hablaba por teléfono en la sala, me senté en la terraza, con las luces de Manhattan reflejándose en los cristales. Saqué el sobre.

Lo miré durante un rato.

Y luego, sin pensarlo demasiado, marqué un número que no quería volver a marcar.

—¿Clau? —la voz de Nate sonó cansada.

—Hola. Necesito preguntarte algo.

—Si es por la prensa, no he hablado con nadie.

—Me ha llegado una nota. No sé quién la envió. Dice que la verdad saldrá a la luz.

—No fui yo.

—¿Seguro?

—Seguro. No soy tan cruel.

Suspiré.

—Entonces, ¿quién podría saberlo?

—No lo sé, pero tarde o temprano todo se sabe.

—¿Por qué me lo dices así?

—Porque te conozco. Porque te estás aferrando a una historia que no va a resistir el mundo real.

Me quedé en silencio.

—Nate…

—Solo dime una cosa, Clau —interrumpió—. ¿De verdad crees que puedes seguir viviendo con ese hombre y esa farsa sin pagar el

precio?

Su voz sonaba dolida, pero no enfadada.

Solo dolida.

Y, de algún modo, eso fue peor.

—Adiós, Nate —dije, antes de colgar.

Me quedé mirando las luces de la ciudad, con el corazón apretado y la certeza de que, por mucho que intentáramos protegerlo, el pasado empezaba a empujar las puertas.

Y esta vez, no estaba dispuesta a que nos encontrara desprevenidos.

Capítulo 30:
Ecos de papel y gente que sabe demasiado

Claudia

La ciudad no descansa, ni cuando uno lo necesita.
La mañana amaneció gris, con esa luz metálica que se filtra entre los edificios como si todo fuera un reflejo. Ethan ya no estaba en la cama. El lado donde había dormido aún conservaba el calor, y su reloj de pulsera descansaba en la mesilla.

Me puse su camisa. Olía a café, a él y a calma fingida.

Desde la cocina llegaba su voz, seria, baja, como si no quisiera despertar a nadie.

—No, no demos declaraciones… sí, sé lo que hacen los tabloides cuando no se les da material… pues que se inventen lo que quieran.

Entré descalza. Ethan colgó justo antes de que lo saludara, como si no quisiera mezclar el trabajo con lo personal.

—Buenos días —dijo, dándome una taza de café—. O la mejor versión posible.

—¿Ya peleando con el mundo?

—El mundo empezó primero. —Bebió un sorbo—. Las fotos de Vermont siguen circulando. Hay medios que ya están especulando con un "cuento navideño de conveniencia".

—Qué título tan inspirador.

—Podrían venderlo a Netflix.

Intentó sonar tranquilo, pero la tensión se le notaba en la mandíbula. Cuando Ethan se preocupa, se vuelve más eficiente, más frío, más él.

Yo, en cambio, me derrumbo hacia dentro.

—Hay otra cosa —dije, dejando mi taza sobre la encimera.

Saqué el sobre del bolso. Lo puse frente a él.

Su mirada cambió incluso antes de abrirlo.

Leyó la frase en silencio, sin mover un músculo. Solo el leve sonido del papel al doblarse rompió el aire.

"La verdad siempre encuentra la forma de salir. Prepárate."

—¿Cuándo llegó?

—Ayer, en la oficina. Me lo entregó un mensajero.

—¿Nombre, empresa, algo?

—Nada. Lo dejó y se fue.

—¿Lo ha visto alguien más?

—Solo yo… y se lo dije a Nate.

Su cabeza se levantó despacio.

—¿Por qué Nate?

—Porque pensé que podía haber sido él. Tenía que preguntar.

—¿Y?

—Dice que no. Y le creo.

—Yo no.

Ethan dejó el sobre en la encimera, cruzó los brazos y caminó hasta la ventana. Afuera, Manhattan era puro movimiento: taxis, ruido, gente que no sabe nada de los secretos de los demás.

—No me gusta esto —dijo—. Ni el tono ni el momento.

—A mí tampoco.

—Es una amenaza.

—¿Y si no lo es? ¿Y si es alguien jugando?

—Nadie juega con frases como esa.

Apoyó la frente en el cristal.

Yo, desde la distancia, noté ese gesto que solo tiene cuando se siente vulnerable: los hombros tensos, pero las manos abiertas, sin puños.

Se volvió hacia mí.

—No quiero que te preocupes.

—Demasiado tarde.

Vino hacia mí, despacio, y se apoyó en la isla de la cocina.

—Escúchame. No sabemos quién lo mandó ni por qué, pero no cambia lo que somos. Ni lo que decidimos.

—Si sale a la luz, Ethan…

—Lo enfrentaremos.

—Esto no es una fusión empresarial.

—Y menos mal. —Me miró, con una media sonrisa cansada—. Porque contigo no hay plan de contingencia que funcione.

No pude evitar reír. Un poco.

Eso es lo que hace él: convierte el miedo en ironía.

Y funciona. Casi siempre.

—No quiero que pienses que lo minimizo —añadió—. Solo intento mantener la cabeza fría.

—Yo no puedo.

Se acercó un poco más.

—Por eso te necesito. Tú sientes lo que yo intento esconder.

El resto del día se deslizó entre llamadas, silencios y frases que no terminaban. Ethan se encerró en su despacho y yo pasé la mañana intentando ser útil, aunque no sabía exactamente cómo.

La abuela me había mandado cinco mensajes, todos con emojis de corazones y un vídeo de Thor ladrando frente al televisor.

Ella seguía en su universo. Bendita sea.

A la hora de comer, Ethan salió del despacho. Tenía la chaqueta en la mano, la corbata deshecha y cara de pocas ganas de fingir normalidad.

—He preguntado en recepción. Nadie vio entrar al mensajero. No hay registros, ni cámaras.

—¿Qué significa eso?

—Que quien lo mandó sabía lo que hacía.

—¿Podría ser alguien de tu empresa?

—Podría ser cualquiera con acceso a información interna.

—¿Y si es alguien del pueblo?

—¿Tú crees que a Vermont le interesa nuestra vida?

—Después del circo que montó la abuela, no me sorprendería que ya tengan un club de fans.

Sonrió, apenas un segundo, antes de volver a ponerse serio.

—No vamos a entrar en pánico.

—¿Y si ya lo hicimos?

—Entonces que parezca estrategia.

Se sentó frente a mí, los codos sobre las rodillas.

—Claudia, no sé cómo empezó todo esto. Bueno, sí lo sé: empezó con un contrato ridículo. Pero lo que somos ahora no es una farsa.

—Lo sé.

—Y no pienso dejar que nadie lo convierta en una.

—¿Qué harás si la prensa se entera?

—Diré la verdad.

—¿Toda?

—La parte que no duela.

No supe si eso me tranquilizaba o me asustaba más.

Por la tarde, cuando él volvió a sus llamadas, salí a la terraza. El ruido de la ciudad era una especie de canción interminable.

Saqué el sobre del bolsillo. El papel estaba doblado, gastado ya de tanto mirarlo.

Capítulo 31. Vuelo de ida y cuentas pendientes

Ethan

No soporto los enigmas sin resolver.

Y desde que esa maldita nota apareció en la oficina, no había podido pensar en otra cosa.

“La verdad siempre encuentra la forma de salir.”

Palabras simples, pero precisas. Demasiado frías para ser una broma, demasiado personales para ser una amenaza genérica.

Y lo peor era que Claudia no podía dejar de mirarlas, como si cada letra fuera una cuenta atrás invisible.

Así que hice lo que hago siempre cuando el mundo amenaza: investigué.

Primero, revisé la seguridad del edificio.

Ni rastro del mensajero. Ni cámara, ni registro, ni descripción.

Después, pedí a mi equipo que rastreara la procedencia del papel. Solo había un dato útil: la carta se había impreso en una tienda de Vermont. Una copistería pequeña, en el centro de Snowy Hill.

Y en ese momento lo supe.

Nate.

No tenía pruebas aún, pero tenía ese presentimiento que uno odia porque suele tener razón.

Nate era el único que había escuchado la palabra contrato. El único que conocía lo suficiente a Claudia como para herirla sin querer matarla.

Pasé el resto de la noche dando vueltas por el apartamento, sin poder dormir.

Ella dormía en el sofá, exhausta. La miré durante un largo rato.

Y decidí no decirle nada.

A las siete de la mañana ya estaba en el aeropuerto.

Vuelo privado, discreto. Nadie podía saber que me iba.

Mientras despegábamos, Nueva York se extendía bajo las nubes, brillante y ajena a mis dudas.

Saqué el sobre del bolsillo. Lo observé otra vez. Era absurdo que una hoja de papel tuviera tanto poder. Pero lo tenía. Y yo no pensaba dejar que esa amenaza —por pequeña que fuera— se convirtiera en la sombra de lo que estábamos construyendo.

Vermont me recibió igual que la primera vez: con nieve hasta las rodillas y un silencio tan puro que casi molestaba.

El pueblo seguía igual. Las luces, las tiendas, la iglesia, el cartel oxidado que daba la bienvenida con un “We love Christmas all year”.

Mentían. En enero, Vermont olía a resaca.

Localicé la copistería. Confirmado. La nota se había impreso allí tres días antes, pagada en efectivo.

El tipo del mostrador, un hombre mayor con gorro de lana, me lo confirmó sin que tuviera que decir mucho.

—Sí, recuerdo a ese chico.

—¿Dijo su nombre?

—Era Nate. Lo conozco desde que nació.

Y ahí se acabó la duda.

La casa de Nate estaba al final del camino, cerca del lago, rodeada de árboles desnudos.

No hizo falta tocar el timbre: me vio desde la ventana y abrió la puerta con una mezcla de sorpresa y recelo.

—Vaya. El magnate ha vuelto al pueblo.

—Necesitamos hablar.

No esperó invitación. Entré.

—Bonito sitio para un mal amigo —solté.

—Buen traje para un marido falso.

Nos quedamos frente a frente. Dos hombres que, en circunstancias normales, jamás habrían coincidido.

—La nota —dije, sin rodeos.

Nate ni siquiera fingió sorpresa.

—Ya veo que llegó.

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Por qué?

Su respuesta tardó unos segundos, pero cuando llegó, fue tan directa como esperaba.

—Porque alguien tenía que hacerlo.

—¿Amenazarnos?

—Hacerle entender que vive en una mentira.

Inspiré hondo.

—No tenías derecho.

—Tampoco tú a usarla para limpiar tu imagen.

Me reí sin humor.

—Crees que sabes lo que pasó, pero no tienes ni idea.

—Lo suficiente. Sé que la arrastraste a algo que no entiende.

—Y aun así me eligió.

Esa frase lo atravesó. Lo vi.

Clavó la mirada en el suelo, luego en mí.

—Te estás engañando si piensas que esto puede acabar bien.

—Y tú si crees que puedes decidirlo por ella.

El silencio pesó unos segundos. Afuera, el viento movía las ramas, el lago crujía bajo el hielo.

Nate cruzó los brazos.

—No pretendía hacer daño. Solo quería que abriera los ojos.

—Pues lo lograste. Pero conmigo.

Dejó escapar una sonrisa breve, cansada.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a pegarme?

—Ya tengo suficiente práctica peleando con mi conciencia.

Me dirigí a la puerta. Antes de salir, me detuve.

—Nunca volverás a contactarla. Ni directa ni indirectamente. No quiero verla sufrir otra vez.

—No la subestimes, Ethan. Es más fuerte de lo que crees.

—Lo sé. Por eso la amo.

Salí sin mirar atrás.

El frío era insoportable, pero me sentía más ligero.

Nate no era un villano. Solo un hombre dolido que no supo dejar ir el pasado.

Pero había cruzado una línea, y yo no iba a permitir que volviera a hacerlo.

El avión despegó de vuelta esa misma tarde.

Mientras el paisaje nevado se hacía pequeño bajo las nubes, pensé en Claudia. En su risa. En cómo me miraba cuando creía que no la veía.

No podía contarle la verdad. No todavía.

Quedaban dos días para el fin de año, y lo último que necesitaba era una sombra sobre sus recuerdos.

Así que cuando llegara, la abrazaría, sonreiría y le diría que todo estaba bien. Porque lo estaba. Y yo haría que estuviera mejor.

Me había enamorado locamente.

Capítulo 32:
Uvas, caos y un plan perfecto

Claudia

Nueva York estaba más fría que nunca.

El aire olía a castañas, a nieve que no terminaba de caer y a promesas nuevas que nadie cumpliría.

Ethan y yo habíamos decidido pasar la noche de fin de año tranquilos. Una cena sencilla, una película, quizá una copa de champán y silencio.

Silencio. Qué palabra tan bonita.

Hasta que el timbre sonó.

—¿Esperas a alguien? —pregunté, mirando el reloj. Eran las siete y media.

—No. ¿Tú?

—Tampoco.

Ethan frunció el ceño y se levantó. Caminó hasta la puerta con esa elegancia suya de "puedo con todo".

La abrió.

Y la calma se fue por la ventana.

—¡SORPRESA!

La abuela, Bea, Mathew y los gemelos irrumpieron en el apartamento como si fueran una brigada navideña. Traían bolsas, maletas, abrigos, un pastel, y a Thor, que ladraba como si también tuviera derecho a gritar.

—¡Feliz fin de año, cariño! —exclamó la abuela, lanzándose a mis brazos.

—¡Abuela! ¿Qué… qué haces aquí?

—Celebrar contigo, por supuesto. ¿Qué creías, que iba a dejarte sola en la noche más importante del año?

—No estoy sola.

—Ya, pero te falta supervisión.

Bea entró detrás de ella con cara de disculpa.

—Lo intenté, Clau, lo juro. Ella no me dio opción.

—¿Y los gemelos?

—Dijeron que venían a ver los fuegos artificiales.

—Y a robar un taxi —añadió Mathew, agotado.

Ethan, mientras tanto, miraba la escena con una mezcla de sorpresa y… algo que no supe identificar.

Hasta que se giró hacia mí y sonrió.

—Feliz fin de año, Claudia.

—¿Tú sabías esto?

—Tal vez.

—¿Tú lo orquestaste?

—Tal vez.

Me quedé mirándolo, incrédula.

—¿Has traído a mi familia a Nueva York?

—Tu abuela estaba preocupada por ti. Llamaba cada día, y anoche me dijo que no podía soportar la idea de que pasaras el fin de año sin ella. Así que… los invité.

—Ethan, esto es…

—Un suicidio emocional, lo sé. Pero si sirve para verte sonreír, vale la pena.

No pude evitar reír.

La abuela ya había ocupado el sofá, encendido la televisión y abierto una botella de vino.

—¡Esto es mejor que Vermont! —gritó—. ¡Mira esas vistas! ¡Y sin nieve en los zapatos!

Bea suspiró.

—No va a durar mucho.

—¿Por qué?

—Porque los gemelos ya han descubierto el minibar.

Una hora más tarde, el apartamento parecía un campo de batalla elegante.

Thor perseguía a los gemelos por el pasillo, Bea intentaba evitar que rompieran una lámpara, y la abuela se había encaprichado con el interfono del edificio.

—¿Esto da a la calle?

—No, abuela, da al conserje.

—¡Ah! Entonces, ¿por qué no pide pizza?

Ethan la observaba fascinado.

—Tu abuela es una fuerza de la naturaleza.

—Lo sé. No se la puede detener. Solo se la puede amar.

—Empiezo a entender de dónde te viene lo de ignorar las normas.

—Cállate —dije, riéndome.

Después de la cena —donde la abuela brindó tres veces y los gemelos se atragantaron con las aceitunas— decidimos salir a Central Park para ver los fuegos artificiales.

Ethan se ofreció a conducir. Mala idea.

Los gemelos cantaban villancicos a gritos desde el asiento trasero, Bea intentaba que Thor no saltara por la ventanilla y la abuela grababa vídeos para "las chicas del dominó".

—¡Saludad, que esto lo verán mis amigas en el grupo! —dijo.

—¿Tienes grupo de WhatsApp, abuela?

—Claro. Se llama "Viudas, pero con brillo".

Ethan se atragantó con su propio aire.

En Central Park, la locura fue total.

Miles de personas, luces, confeti, vendedores de gorros y globos.

Los gemelos desaparecieron en cuanto bajaron del coche.

—Han dicho que iban a ver el lago —anunció Bea, pálida.

—¿Qué lago? ¡Si está congelado! —exclamé.

—Precisamente. —Ethan ya estaba corriendo en dirección contraria—. ¡Voy a buscarlos antes de que monten una pista de hockey!

Los encontramos diez minutos después, intentando "ver si el hielo aguanta".

Ethan los agarró de las capuchas.

—Escuchadme bien, pequeños agentes del caos: si alguno cae al agua, os dejo allí hasta primavera.

—Era un experimento científico —dijo uno.

—Sí, claro. Newton estaría orgulloso —replicó Ethan.

La abuela llegó jadeando.

—¡No les grites, Ethan, que son niños!

—Niños con instinto suicida.

—Tú también lo tuviste, cariño. Te casaste con mi nieta.

Bea soltó una carcajada. Yo también.

Ethan se pasó la mano por la cara y se rindió.

—No sé por qué me esfuerzo.

—Porque me quieres —dije, dándole un beso en la mejilla.

—Sí, y porque ya no puedo devolverlos a Amazon.

A medianoche, nos unimos a la multitud.

Las luces estallaron en el cielo, los gemelos gritaban "¡feliz año nuevo!", Thor ladraba al confeti y la abuela brindaba con un vaso de champán de plástico.

Ethan me rodeó con el brazo, y por un momento todo se volvió simple: solo ruido, risas y esa sensación de que, pese a todo, habíamos sobrevivido.

—¿Sabes qué pienso? —dijo, mirándome con una sonrisa cansada y feliz.

—¿Qué?

—Que al final, tu familia es el mejor caos que me ha pasado.

—Te lo advertí. No hay reembolsos.

—Ya lo sé. Pero creo que voy a quedármelos.

Nos besamos bajo las luces del nuevo año, mientras el cielo de Nueva York se llenaba de color.

Y pensé que, si 365 días podían empezar con tanto desorden y tanta belleza a la vez, quizá no íbamos tan mal encaminados.

Epílogo

Cinco años después

El coche se detuvo frente a la casa, y durante unos segundos nadie habló.

El paisaje era exactamente como lo recordaba: los abetos cubiertos de nieve, el lago medio congelado, el tejado adornado con luces rojas y doradas. Vermont. Otra vez.

Thor II ladró desde el asiento trasero, emocionado.

Ethan, en cambio, soltó un suspiro que resumía cinco años de matrimonio, dos hijas y una suegra hiperactiva.

—¿Seguro que no hay un hotel cerca? —preguntó.

—Calla, cobarde. Es Navidad.

—Precisamente. Y sé lo que pasa en esta casa por Navidad.

—Tranquilo, este año todo será más… tranquilo.

En ese momento, desde el asiento trasero, una voz gritó:

—¡Papi, mami, Emma me ha pegado con un bastón de caramelo!

—¡Mentira! Solo te lo puse en la cabeza para medir si tenías cerebro!

Ethan giró el cuello y las miró con la paciencia rota.

—Las gemelas del apocalipsis —murmuró.

—No las llames así.

—Son Emma y Olivia, ¿no?

—Sí.

—Pues deberían haberse llamado Caos y Destrucción.

Tenían tres años.

Tres años de energía nuclear condensada en dos cuerpos diminutos con trenzas rubias, ojos de Claudia y la capacidad genética de Ethan para no aceptar órdenes de nadie.

Llevaban gorros con pompones, bufandas con purpurina y las botas llenas de nieve porque, en algún punto del viaje, habían decidido salir del coche en marcha "para tocar un copo real".

—Ya verás, va a ser bonito —le dije.

—Eso mismo me dijiste la vez que tu abuela me emborrachó con ponche y me hizo cantar villancicos en directo para un canal local.

Sonreí.

—La tradición continúa.

—¿Cuándo vas a decirme cómo se llama la abuela?

—Se llama abuela. —Sonreímos.

La puerta se abrió antes de que pudiéramos tocar.

La abuela apareció envuelta en una bata con renos, gorro de Papá Noel y una copa en la mano.

—¡Mis niños! ¡Y mis terroristas favoritas!

Las gemelas corrieron hacia ella, gritando "¡abuela!" y abrazándola como si fuera una estrella de rock. Thor II ladró a Thor, que también ladró, Bea salió de la cocina con harina hasta en las cejas, Mathew venía detrás cargando bandejas, y los gemelos —los antiguos gremlins originales— aparecieron por el pasillo convertidos en adolescentes con cara de "nada de esto es culpa nuestra".

—Qué grandes están —dijo Ethan, estrechándoles la mano.

—Ya conducen —añadió Bea, pálida—.

—¿Conducen qué?

—El cortacésped. Dentro de casa.

—Bien —dijo Ethan, suspirando—. Lo que siempre soñé: vacaciones con licencia para desastre.

El reencuentro fue un desastre precioso.

La abuela había organizado una cena "discreta" para treinta personas, todos los vecinos del pueblo incluidos. En el salón había más luces que en Times Square y un cartel gigante que decía: Bienvenidos los Blake-Vega (y compañía).

Las gemelas, por supuesto, tardaron exactamente veinte minutos en ganarse la fama de mini–gremlins.

Primero, metieron a Thor II dentro del árbol "porque tenía frío".

Después, cambiaron el azúcar por sal en las galletas.

Y finalmente, convencieron a los gemelos adolescentes de que era buena idea "hacer un experimento científico".

—No suena bien —dije, viendo la cara de Bea.

—No lo fue. —Bea me miró, resignada—. Han puesto a Thor en el trineo decorativo y lo han lanzado por la cuesta del jardín.

—¿Y?

—Han olvidado los frenos.

Salimos todos corriendo al porche justo a tiempo para ver a Thor deslizarse cuesta abajo, ladrando de felicidad, con las gemelas y los gemelos gritando "¡por la cienciaaaa!".

El trineo chocó contra el muñeco de nieve gigante y todos terminaron cubiertos de purpurina, nieve y carcajadas.

—Están bien —dijo Ethan, cruzándose de brazos.
—¿Seguro?
—Físicamente, sí. Moralmente, están perdidos.
La abuela grababa el vídeo, encantada.
—¡Esto va directo a TikTok!
—¿TikTok? —pregunté, horrorizada.
—Me hice una cuenta. Tengo más seguidores que tú.
—No lo dudo.
Ethan soltó una carcajada.
—¿Por qué no me sorprende nada en esta familia?
—Porque ya eres uno de los nuestros.

Esa noche, cuando por fin las niñas se durmieron —en teoría, porque una de ellas roncaba con un gorro de Papá Noel puesto—, salimos al porche.

El cielo estaba despejado, la luna enorme, y el lago brillaba bajo el hielo.

—Cinco años —dije.
—Cinco años desde que firmamos un contrato absurdo.
—Y lo rompimos a los tres días.
—El mejor incumplimiento de mi vida.
Me acerqué, apoyando la cabeza en su hombro.

Dentro de la casa se oían risas, la voz de la abuela dando órdenes y Thor y Thor II ladrando otra vez.

—¿Sabes qué me hace gracia? —pregunté.
—Dime.
—Que el desastre siempre nos persigue.
—Bendito desastre. —Me dio un beso en la frente.
Reí bajito.

El aire olía a leña, a ponche y a esa felicidad imperfecta que solo existe cuando uno deja de intentar controlarlo todo.

—¿Y si dentro de unos años nos mudamos aquí? —dije.
—Jamás. Dime que no lo dices en serio.
—Sí lo digo en serio.
—Lo sé. Por eso te amo tanto.

Y allí, bajo el cielo de Vermont, con las luces reflejándose en el hielo y el ruido familiar de fondo, entendí que el contrato había sido solo el principio.

El amor vino después. Y con él, el verdadero milagro de Navidad: el desastre compartido por una familia disfuncional que se ríe y se ama a pesar de todo.

Hay amores que nacen en el momento equivocado.
Y hay otros que nacen firmando un contrato absurdo,
bajo una cláusula que ninguno piensa cumplir.
Este fue uno de esos.
No empezó con flores, sino con normas.
No empezó con promesas, sino con condiciones.
Pero acabó con un hogar lleno de risas,
otro perro con complejo de reno,
dos gemelas que heredaron la locura familiar
y una abuela convencida de que el amor se negocia…
y luego se desobedece.

Si algo aprendimos, es esto:
no existen los amores perfectos,
solo los que se eligen cada día,
incluso cuando el mundo se vuelve
un desastre con purpurina.

Firmamos un contrato por conveniencia.
Lo rompimos por amor.
Y, aunque ninguno lo admitirá en voz alta,
fue el mejor trato de nuestras vidas.

FIN